Liliana Viola







La hermana

**Premio Anagrama de Crónica /
Fundación Giangiacomo Feltrinelli**

ANAGRAMA
CRÓNICAS

Índice

Portada
1. Nadie sabe qué es un sapucai hasta que lo grita
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
2. Génesis: el caso María Soledad
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
3. Santos Lugares
31
32
33

34
35
Créditos

El día 30 de enero de 2025, el jurado compuesto por Martín Caparrós, Carlo Feltrinelli, Leila Guerriero, Juan Villoro y la editora Silvia Sesé concedió el 6.º Premio Anagrama de Crónica / Fundación Giangiacomo Feltrinelli a *La hermana*, de Liliana Viola.

1
Nadie sabe qué es un sapucai hasta que lo grita

1

¿Y usted no tiene miedo de que la maten?

No es la pregunta más recomendable para comenzar una entrevista, pero fue exactamente lo que dije en cuanto me señaló una de las cuatro sillas que había en la sala: una habitación pequeña ubicada en la planta baja de un edificio enorme, que bien podría ser un orfanato, un convento o un colegio católico, pero que, según me aclararon al entrar, era «una residencia de estudiantes donde una comunidad de hermanas misioneras teresianas ofrece un ambiente cálido y cordial».

Aquí mismo, pensé mientras tomaba asiento, se han de llevar a cabo las entrevistas a las jóvenes candidatas que llegan a Buenos Aires desde todas las provincias buscando un lugar donde alojarse. Luego supe que el edificio de la calle Paraguay 2877 era algo más que todo eso. En el año 2018 lo designaron sede de una provincia que no figura en ningún mapa. Una provincia de Dios.

Ella se acomoda del otro lado de la mesa y me dedica una primera sonrisa, creo yo, invitando a que empecemos.

–¿Y usted no tiene miedo de que la maten?

Es el único momento, a lo largo de toda la conversación, en que la monja me clava los ojos. No estoy segura de si es un gesto de indignación o desconcierto, pero afortunadamente esta parte pasa rápido.

–Tuviste suerte, me pescaste justo. En un rato me vuelvo para mi casa. Yo estoy jubilada, ahora vivo en el convento de Santos Lugares donde estamos todas las monjas viejitas.

Llevo el grabador en el bolsillo. No me animo a preguntarle si le molesta que registre la conversación. Mientras se dispone a servir dos vasos con agua fresca dice: «No te vayas a olvidar de encender el aparato... A veces les pasa y después tienen que volver a hacer todo de nuevo».

Apenas unos segundos entre mi primera pregunta y su esquiva respuesta bastan para imaginar las escenas que han de estar pasando por su mente, tal como dicen que corren las instantáneas de toda una vida en el momento de la muerte: cuando el 10 de septiembre de 1990 la avisan que ha desaparecido una alumna del colegio que ella dirige en San Fernando del Valle de Catamarca; cuando el padre de la niña le comunica que acaba de reconocer el cuerpo en la morgue; cuando las compañeras quieren salir a la calle a pedir justicia; cuando el jefe de policía, cuyo hijo figurará en la lista de sospechosos, la retiene en la dirección acusándola por adelantado de lo que pueda sucederles a sus alumnas. Cuando sale a la calle con ellas. Cuando uno, dos, muchísimos testigos la buscan para confesarle datos clave que más tarde negarán en el juicio. Cuando toma la decisión de acusar a los culpables sabiendo que son todos parientes de las familias más poderosas de la provincia y del país. Cuando advierte que está enfrentándose al mismísimo presidente de la nación y, aun así, sigue marchando, dos, tres, cien veces. Cuando el presidente, Carlos Saúl Menem, se ve presionado para intervenir la provincia gobernada por el caudillo Ramón Saadi, hijo de Vicente Saadi, personaje fundamental en el armado de su carrera política y de la alianza que lo ha llevado al poder.

Martha Pelloni es la mujer que a comienzos de la década de los noventa pasó a la historia como «la monja del caso María Soledad», la historia de una adolescente violada, asesinada y desechada en un zanjón que provocó que todo un pueblo, y luego todo un país, se levantara exigiendo justicia.

Muchas veces desde entonces pensé que alguien debería escribir la historia de esta monja que se hizo célebre poniéndose al frente de una lucha completamente desigual. Una lucha que, por otra parte, no ha terminado.

Ella encabezó las primeras marchas de silencio antes de que la nueva ola del feminismo recorriera el mundo; se enfrentó a jueces, políticos y testigos comprados o amenazados de muerte. Pero, además, se trata de una religiosa que, actuando desde adentro de la Iglesia, ha conseguido desmantelar muchas de las miserias que la

sociedad le reprocha a la Iglesia. En la prensa la llaman «la monja justiciera»; en los pueblos del litoral, «la hermana sapucai».

2

Tres veces pensé en entrevistarla. Tres veces me convencí de que no era yo la persona indicada. La monja vive recorriendo, como si se paseara por el patio trasero de un convento, los casi tres millones de kilómetros que conforman la superficie de la República Argentina. Hoy coordina una red que tiene más de treinta foros repartidos en veinte provincias, con profesionales y voluntarias que devinieron asesoras expertas a fuerza de haber sido víctimas. Cada foro nace a pedido de las personas interesadas en cada lugar; la hermana da una capacitación para el armado del equipo, que siempre es interdisciplinario. Atiende personalmente, conoce pueblos de los que la mayoría no sabe ni el nombre.

Yo, por mi parte, no soy una cronista de territorio, no salgo de casa por casi nada. He llegado a pensar, comparándome con los nombres que hicieron resucitar la crónica latinoamericana en los noventa, que dada mi resistencia a hablar con la gente o acercarme al lugar de los hechos ni siquiera soy cronista. Leo noticias, busco en archivos, uso la imaginación, encuentro incongruencias y asociaciones, pero siempre entre documentos. Mi timidez es más fuerte que mi curiosidad. Soy una cronista de escritorio, si es que eso existe.

Ahora mismo tengo sobre la mesa cientos de notas del «archivo Pelloni» que he ido recopilando durante los últimos años. Ella acude a la prensa cuando necesita hacer público algo que los poderosos han conseguido encubrir; y yo soy experta en rastrear esas declaraciones. Nada más.

Fue a mediados de 2019, poco antes de la pandemia del covid, cuando sin darme tiempo para pensarlo la llamé. Había aparecido, como en tantas ocasiones, en un programa de televisión. Esta vez, denunciaba con nombre y apellido a toda una lista de funcionarios públicos por el robo de bebés. Habló de ritos satánicos y de tráfico

de órganos. Imaginé a la monja como protagonista de un policial o de una película de terror. El periodista que la entrevistaba trataba aviesamente de desacreditarla preguntándole si se consideraba una persona mística, si tenía visiones, tal vez poderes. Ella miró a la cámara con una sonrisa y respondió con una voz tan cantarina como firme: «No señor, yo no soy mística. Soy racional. Miro la realidad. Y después sí, voy a la oración, soy contemplativa, es decir, me retiro a contemplar lo que veo. Y lo que veo es un problema social, por lo tanto es un problema de todos».

Como si hubiera recibido una orden, como si de pronto yo sí me hubiera vuelto mística, averigüé su teléfono y la llamé. Respondió enseguida, nunca se aleja demasiado de su celular. «Justo por estos días estoy en Buenos Aires, podríamos vernos mañana», dijo. La dirección que me dio quedaba a tan pocas cuadras de mi casa que yo podía ir y volver caminando. Una señal divina, pensé, haciéndome a mí misma una broma tonta.

Para darme ánimos y comenzar a escribir esta historia, me conseguí una coartada entre los cronistas del siglo XIX, padres de la crónica latinoamericana que, según registra la crítica, no le daban la menor importancia al trabajo *in situ*. Sigo esa huella, me digo, para justificar lo que sea que padezco –fobia o vagancia– y me cubro bajo estas palabras de la cronista María Moreno en las que también ella encuentra refugio y padrinos: «Al respecto, una imagen que me encanta es la de José Martí leyendo el diario *The Sun* para poder escribir sus crónicas norteamericanas. Él leía el diario y, a continuación, hiperescribía, no necesitaba de la experiencia directa del acontecimiento para poder elaborar sus piezas».

En septiembre de 2025 se cumplen treinta y cinco años del crimen que durante más tiempo mantuvo interesada a la prensa del país. Hay algo en el corazón de aquella historia que nos reclama desde el pasado, una voz atroz que regresa a decirnos algo que no terminamos de escuchar.

Los femicidios no suelen aparecer en los libros de historia. Sin embargo, este sí. Un gobierno feudal no cae por la muerte de una niña y las agallas de una monjita. Esta vez sí. Por algo será que en cada aniversario, como ahora, aparece alguien que tiene algo más para decir.

El 23 de febrero de 2025 Martha Pelloni cumplió ochenta y cuatro años, y se puede afirmar que lleva corridos más riesgos y aventuras que cualquier superhéroe de ficción. Me mira con una sonrisa. Dice que le pregunte lo que quiera, que ella va a responder a todo. Yo no creo que vaya a ser tan sencillo. Martha Pelloni es un misterio. ¿Una excepción? Una monja.

3

Nunca estuve en Catamarca. Pero estoy segura de que si antes del 10 de septiembre de 1990 me hubieran pedido que dijera algo sobre esa provincia del noroeste argentino, habría respondido lo mismo que tanta gente, sin pensar: «Un pueblito aquí, otro más allá, y un camino largo que baja y se pierde».

La zamba «Paisaje de Catamarca», que hizo tan popular el grupo folclórico Los Chalchaleros en los años sesenta, aparece tarde o temprano en todos los fogones y guitarreadas del país. Es una de esas canciones de las que todo el mundo conoce el estribillo –«Paisajes de Catamarca / con mil distintos tonos de verde. / Un pueblito aquí, otro más allá, / y un camino largo que baja y se pierde...»–, una promesa turística o alarde policromático que, algunos insisten, además, es cierta.

A Polo Giménez le gustaba contar que la había compuesto de apuro una noche de Carnaval de 1949. Estaba por llegar la madrugada, la gente, entonada, quería seguir bailando, y a él se le había agotado el repertorio, así que se puso a improvisar letra y música al ritmo de la zamba, todo para seguirle el tren a las parejas que insistían pañuelo blanco en mano. La cantó una vez y le pidieron bis. En la tercera vuelta la concurrencia empezó a corear junto con él: «[...] el cañizo aquí, el tabaco allá, / y en las sogas cuelgan quesillos de cabra. / Un pueblito aquí...».

«Esa noche», contó mil veces el autor, «me fui a dormir con la rara sensación de que se había operado un cambio en mi vida. Desde entonces, cada vez que actué en algún lado tuve que repetir al menos tres veces "Paisaje de Catamarca".»

Polo Giménez murió unos cuarenta años antes de que su canción fuera declarada «Himno cultural y popular de la provincia de Catamarca, uno de los símbolos provinciales». La ley 5768 fue promulgada en 2022.

Para entonces otro símbolo provincial se había instalado en el primer puesto del imaginario argentino. Desde el 10 de septiembre de 1990 Catamarca es, también, el caso María Soledad. Un crimen como tantos que sucedieron antes y que siguieron sucediendo después, pero que tuvo la potencia suficiente para marcar el espíritu de una época, un cambio en la percepción del lugar de las mujeres en los entramados del poder y en las decisiones de las políticas públicas. Símbolo de espanto, de la impunidad de los de arriba. Radiografía del femicidio antes de que naciera esa palabra. Radiografía de la trata de personas antes de que fuera considerada un delito internacional de lesa humanidad. Enfrentamiento de un pueblo pobre con un poder tan despótico como caricaturesco. Pero, además, y por sobre todas las cosas, testimonio de la fuerza de los débiles. *Las* débiles.

Si me preguntan hoy por Catamarca, el paisaje que aparece es una monja de unos cincuenta años que aparenta menos, ataviada con un hábito de color marrón y camisa de cuello blanco impecable, cruz al cuello, rosario en mano, que avanza en primera fila del brazo de un señor a su izquierda y de una señora a su derecha, padre y madre de la niña muerta: Ada Rizzardo y Elías Morales. Catamarca es una marcha encabezada por adolescentes con uniforme escolar exigiendo frente a la impertérrita catedral que los culpables conocidos por todo el pueblo paguen por el crimen. Ellas saben. Los vecinos saben. El obispo sabe. Pero ahora ellas han decidido dejar de callar.

¿Cuáles son las muertes que importan?

Es cierto que, como señala la periodista Adriana Carrasco en su crónica «Los gritos del silencio» para la revista *Haroldo*: «No mataron a una niña indígena, ni a una afrodescendiente, ni a una migrante, ni a una anónima indocumentada, ni a una mujer cis en prostitución, ni a una travesti, que vendría a ser lo de todos los días». Mataron a una chica que en tres días iba a cumplir dieciocho

años, que iba a irse a un viaje de egresadas que nunca se realizó, que quería ser modelo, que pensaba estudiar para maestra jardinera y ayudar a su madre ama de casa, y a su padre empleado público, en la economía de una familia que tenía seis hijos más.

Es cierto, esta vez unos muchachos del círculo de privilegiados asesinaron a una estudiante católica de familia obrera. Pero esta descripción de la víctima no basta para explicar por qué el caso se convirtió en una revolución. ¿Cuáles son las muertes que importan?

Casi treinta y cinco años después, cuando escribo esta crónica, la sociedad argentina vuelve a despertarse horrorizada ante la inexplicable desaparición de un niño de cinco años en la provincia de Corrientes. La televisión se ocupa del caso veinticuatro horas al día durante algunos meses. En las redes, la anónima multitud pide justicia. Loan Danilo Peña había ido con su padre a almorzar a la casa de su abuela, ubicada en Paraje Algarrobal, a ocho kilómetros de donde vivía, en la localidad de 9 de Julio, provincia de Corrientes. Luego de comer fue con sus primos, un tío y dos adultos a buscar naranjas a un terreno cercano. Y desde entonces no se sabe nada de él. En la comitiva que lo acompañaba la última vez que se lo vio había parientes y funcionarios públicos. Prácticamente todos ahora sospechados de trata. Circula la versión de que alguien de la misma familia canjeó al niño por dinero. Nuevamente pericias incompletas. Nuevamente echan a un abogado defensor que apunta a nombres de funcionarios públicos.

En la televisión, la abuela del niño declara que ella está pensando que tal vez a su nieto se lo ha llevado el pomberito, que, además, no es el primer niño que se lleva. El público se espanta. ¿De qué habla esta mujer? ¿En qué país vive? ¿En qué país estamos viviendo? El pombero es una figura mítica del folclore guaraní que puede variar en apariencia y hábitos según la región pero que, en general, es un ser peludo, con vello en la planta de los pies, lo que le permite no

dejar huellas; aparece durante la siesta y roba cosas, embaraza a mujeres, se lleva a los niños que se portan mal.

¿Es ignorancia lo que dice esta señora o es sabiduría popular? ¡Pregúntenle a la hermana Pelloni! Hay algo innegable: la descripción de este personaje imaginario responde al identikit del criminal impune de carne y hueso, un delincuente que roba, viola, secuestra y huye protegido por un poder tan diabólico como un Estado todopoderoso y cómplice.

Hace pocos meses, en diciembre de 2023, una mayoría votó a un presidente que en su campaña prometió regresar a los años noventa. ¿Serán los noventa del caso María Soledad? Ese mismo presidente, Javier Milei, prometió también legalizar la venta de órganos y la venta de hijos como una expresión del libre mercado... La audiencia se espanta, las encuestas dan cuenta de la reacción adversa y entonces el candidato se retracta. Pero lo cierto es que no ha hecho más que tratar de oficializar algo que ocurre desde hace mucho tiempo en las zonas más pobres del país, que son muchas.

Pelloni encabeza una marcha federal concentrada en el Obelisco, pleno centro de Buenos Aires. Reclama la aparición del niño y reclama mucho más. No solo hace referencia a las redes políticas implicadas en el secuestro de niños pobres, sino que dice a viva voz: «Ya llevamos cuarenta y cinco días. Le pedimos al obispo de Corrientes que nos explique por qué no aparece Loan. Él es conocedor de la cultura de Corrientes». Cuando se cumplan ochenta días habrá otra marcha. Y luego más. Hasta que aparezca el olvido con el que trafican los culpables.

La hermana, ante este nuevo caso tan convocante, vuelve a ser invitada central de muchos programas de televisión porque es una voz autorizada, experta en algo que nadie quiere saber del todo. La escuchamos decir lo que viene diciendo todos estos años: «Hay que prestar atención a lo que dicen y callan las personas. Viven con miedo. Saben mucho. No conocen sus derechos. Estamos

naturalizando antivalores que nos destruyen como seres humanos. Investiguen a la familia del niño, investiguen a los funcionarios... No tengo dudas de que Loan ha sido vendido para la trata o la venta de órganos. El pombero y otras creencias populares son eso, creencias... Los poderosos se aprovechan de la pobreza económica y también de las creencias, porque estamos hablando de gente con mucha fe. Se mantienen felices por esa fe. Aman la naturaleza, aman a los chicos que traen al mundo, pero la fe es muy fuerte en estas personas. El problema no está en las creencias donde, dicho sea de paso, convive tranquilamente la devoción a una Virgen cristiana con el pombero o el San La Muerte..., sino en que los criminales sacan partido de todo eso».

4

No tiene mucho tiempo, eso me ha dado a entender. En unas horas sale el micro que la lleva al convento.

Tuviste suerte, me pescaste justo.

Martha Pelloni ha venido a pasar unos días para saludar a las hermanas de Buenos Aires y hacer trámites en la capital. Me cuenta que en 2018 eligieron esta residencia de las Carmelitas Misioneras Teresianas como sede de la provincia de América: la provincia Virgen de Guadalupe. Es una provincia imaginaria, pienso, mientras ella me explica que «por decreto canónico se le han concedido a este espacio los derechos y deberes propios de una provincia religiosa». Como mi completa ignorancia en asuntos canónicos me impide entender lo que dice, y como temo malgastar nuestro tiempo en cuestiones que seré incapaz de transmitir, cambio de tema.

Desde 2017 vive en Santos Lugares, partido de Tres de Febrero, oeste de la provincia de Buenos Aires. Es el mismo convento donde ingresó al noviciado en 1965, cuando tenía veintidós años. Ahora mismo comparte piso con dos o tres monjas que superaron los ochenta, mientras que en otras áreas del edificio hay unas diez o quince más, la mayoría ancianas.

Algunos estudiosos de por allí dicen que el pueblo fue bautizado como Santos Lugares porque cuando excavaron la tierra para hundir los cimientos de la futura basílica de Lourdes se encontraron con restos humanos que, se supone, correspondían a algunos de los cientos de caídos en la batalla de Caseros de 1852, en la que se enfrentaron el Ejército de Buenos Aires y el Ejército Grande; uno al mando del gobernador porteño Juan Manuel de Rosas, y el otro, del entrerriano Justo José de Urquiza. No son restos, si es que efectivamente están por allí, son documentos históricos, fantasmas nacionales.

Las investigaciones del historiador de pueblos bonaerenses

Horacio Callegari contradicen esta versión. La casa de Rosas, el ombú bajo el cual se sentaba y toda la mitología sangrienta entre unitarios y federales habría ocurrido del otro lado de las vías del tren. Pero sea cual sea la versión más precisa, el nacimiento de nuestra patria organizada, bien o mal, descansa sepultada en alguno de estos pueblos que conforman el partido de Tres de Febrero, nombrado así en honor al día de la batalla en la que el caudillo unitario fue derrotado. La instauración del federalismo entendido como una manera de controlar al poder central está hundida y sepultada. Se supone que, así como existe la división entre los poderes ejecutivo, legislativo y judicial, existe una división en términos verticales: presidente por un lado y gobernadores por otro. Los presidentes, a la hora de gobernar, también tienen que llegar a acuerdos con los poderes provinciales, que a su vez pueden fijar las reglas del juego político dentro de sus fronteras. Esa distribución de poder, traducida en un intercambio de favores para el encubrimiento de los culpables, se hizo transparente en el transcurso del caso María Soledad, porque además, hasta 1983, año de la recuperación democrática, ninguna provincia permitía la reelección de su gobernador. A finales de esa década llega una oleada de reformas que empieza habilitando la reelección un mandato y termina permitiendo que algunas provincias –Santa Cruz, Formosa y Catamarca– establezcan la reelección ilimitada.

Pero más allá de la ley, el año en que María Soledad fue asesinada, la familia Saadi, que venía gobernando la provincia casi ininterrumpidamente desde 1949, ocupaba, entre provincia y nación, alrededor de diecisiete puestos de poder. Ramón, gobernador; Vicente hijo, intendente. Y los demás parientes: senadores, diputados, ministros, fiscales, jueces, embajadores. Entre los catamarqueños circulaba un chiste que decía que cuando algún funcionario tenía que jurar en el Congreso no elegía hacerlo ni por Dios ni por la patria, decía simplemente: «Sí, juro, tío».

Las marchas de silencio lograron cuestionar no solo los hábitos sexuales de funcionarios e hijos, sino las prácticas turbias de los recién establecidos gobiernos democráticos en el país y en la región. Los violadores y asesinos de la adolescente de diecisiete años eran

los hijos de esos representantes de los poderes legislativo, judicial, policial y ejecutivo. A casi diez años de recuperada la democracia, la población comenzaba a sospechar que con esa democracia no necesariamente «se comía y se educaba» como había prometido en su campaña el presidente Raúl Alfonsín. Con el Gobierno de Menem se fue instalando una pregunta más: ¿con esa democracia también se viola, se asesina y se encubre a los culpables? La pregunta sigue en el aire.

Está cansada de hablar de Catamarca, no se queja cuando le saco el tema, pero comprendo que esté cansada. Después de aquel caso, llegaron y siguen llegando cientos de miles a las puertas de su convento en busca de justicia.

–Disculpe que insista, pero ocurre que nadie había marchado así antes en el país.

–Hasta ese momento, no. Pero después, sí. Yo no paro de marchar, me llaman de todas partes y voy. Este es el país de Messi, Maradona, la grieta, la soja, el papa y las marchas. Y así va a ser mientras los cargos de jefes de policía y los jueces sean nombrados por las autoridades del Gobierno para poder perpetuar la corrupción. Es decir, el narcotráfico y la trata. Siempre hay alguien marchando por algo. ¿Sabes por qué? Porque cuesta mucho que los funcionarios vean algo si no ven que la gente marcha.

–¿Le molesta que la asocien constantemente con aquella historia?

–No me molesta ni estoy cansada. Lo que pasa es que hay cosas que siguen sucediendo. A propósito, no te vayas sin que te cuente de unos personajes muy particulares, las videntes; son unas personitas que se presentan cuando ocurre un caso que las autoridades no quieren resolver. Recordame luego que te hable de eso, porque es un espanto.

–¿A qué se refiere con «cosas que siguen sucediendo»?

–Cuando las autoridades de la Iglesia me sacaron de Catamarca y me trasladaron a Corrientes, empecé a recibir mensajes de gente confiándome cosas atroces. Pensaban que como yo había buscado justicia contra viento y marea, ahora podía luchar contra todas las mafias que operaban en la zona. Y ahí se me abrió un mundo de cosas que siguen sucediendo. Yo lo que quiero es que quede bien

claro que lo que pasó en Catamarca fue un hecho de los tantos de reclutamiento de trata. No fue un caso aislado. Era lo que hacían esos tipos todos los fines de semana para estar con una chica distinta. Aquello fue el puntapié inicial para empezar a comprender esto que hay que entender como una mafia, como un crimen organizado. Quiero que vean que la trata y la droga van juntas y cuáles son las metodologías de seducción. Ahí entran los ritos satánicos, la perpetuación de la ignorancia, el endeudamiento de los más pobres para volverlos objeto fácil de manipulación...

–¿Cuál sería para usted el primer paso para salir de todo esto?

–Falta escuchar, conversar con las personas que viven una realidad muy diferente de la que se ve en la capital o en las redes. Además, los problemas no son siempre los mismos. Hoy tenés a papás y mamás muy jóvenes, sin trabajo, que se drogan y maltratan a sus hijos a tal punto que el Estado interviene y los llevan a guarderías donde muchas veces vuelven a recibir malos tratos. Es una rueda perversa con muchos intereses y mucho desinterés.

La hermana Pelloni vive hoy con los pies sobre los restos de una gran batalla. Más de mil kilómetros la separan de Catamarca, el lugar donde libró la primera de las suyas. Una batalla cultural, se dirá ahora. Una batalla feminista. Un camino largo que baja y se pierde.

5

La sorpresa que ha causado mi primera pregunta *–¿Y usted no tiene miedo de que la maten?–*, no en ella, que ha evitado responderla, sino en mí, que no dejo de pensar que por algo la habrá evitado, me lleva a recurrir a mi cuaderno de notas. No sé cómo seguir ahora la conversación. ¿Qué viene después de sugerir que es muy raro que no la hayan asesinado todavía? Me quedé en blanco. Pero sabiendo que esto podría ocurrirme traje conmigo una lista de preguntas básicas. Soy consciente de que mi falta de práctica en el arte de la entrevista me inhabilita para llevar una conversación con espontaneidad ni nada que se le parezca. Por suerte para mí, ella habla sin necesidad de mis intervenciones, sabe lo que quiero saber. Lo ha aprendido enfrentándose a las cámaras de televisión en Catamarca; desde entonces mantiene con la prensa una relación de familiaridad. Nosotros preguntamos casi siempre lo mismo, ella dice lo que quiere decir. Leo la primera pregunta de mi lista:

–¿Usted se enamoró de Jesús?

–Sí.

–¿Cuándo?

–Mirá, yo el último año de la escuela secundaria lo hice en las Carmelitas, en Olivos. Fue ahí, en ese momento, por esa época me enamoré de Jesús.

–¿Qué le vio?

–Me gustó esa imagen de hombre de valores, de abrir camino. Para mí, Jesús es... La imagen que yo tengo es que era un hombre de pueblo, un hombre con valores, un educador. Con todo eso vino mi vocación por la vida religiosa. Pero nunca pensando una vida para llevar en clausura sino en comunidad, en fraternidad.

–¿Ser monja es casarse con Jesús?

–A mí Jesús me flechó. Vi a ese hombre que vivió por y para la

humanidad y sin discriminación, sin nada que pudiera destruir la dignidad humana que los humanos nos ocupamos de destruir diariamente. Yo de ese Jesús me enamoré. Dije: este amor quiero vivir yo.

–Me cuesta entender lo que me dice...

–Mirá, yo veía que las otras chicas se iban casando, empezaban a tener hijos, y pensaba: yo no podría dedicar todo mi amor a un solo hombre, a una sola familia. Dedicarlo a Jesús es dedicarlo a una comunidad.

Me sigue costando dar crédito a semejante respuesta, pero no me atrevo a decirle lo que estoy pensando: «Basta, Martha, terminemos con esta fantasía, dígame por qué se hizo monja, por qué habla de enamorarse de un hombre que hace más de dos mil años que no existe». Y como no me atrevo a decir todo esto, pierdo la oportunidad de tener una conversación que imagino muy interesante. O muy frustrante. Porque ella no sale de su biblia cuando habla de su amor por Cristo. He notado que en otras entrevistas responde exactamente lo mismo. Tal vez sea una biblia que las religiosas aprenden en el noviciado. O tal vez, sin advertirlo, está describiendo una época en que mujeres y hombres tenían una actividad única en la vida, cuando el trabajo era uno solo, el matrimonio para toda la vida y el gran logro consistía en mantenerse siempre en el mismo puesto. El modelo de mujer que espanta a la joven Pelloni es ama de casa y madre, nada más. No tiene otra salida. No se divorcia, no trabaja, no viaja sola. Y del otro lado en el menú: la solterona, virgen o puta, discriminada siempre. La monja, en cambio, atada a sus votos, puede recorrer barrios, conocer gente, callejear, tener una profesión y gozar del respeto general.

–Usted hizo muchas cosas que no suelen estar en la rutina de una monja...

–Muchas, es verdad. He pasado por muchas situaciones y he tenido que hacer cosas a las que no estaba acostumbrada... ¡Ni apta!

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, en Catamarca, hubo un tiempo en que yo iba con el grabador a todos lados, era para poder después usar en un juicio lo

que me decían los testigos. Una vez fui a hablar con una enfermera que había atendido a María Soledad en el hospital donde los mismos que la violaron la llevaron de urgencia cuando se dieron cuenta de que se les iba. Afuera me estaba esperando la policía, y yo tenía el mandado de hacerle preguntas y registrar la conversación con el grabador que tenía escondido. De repente el aparato empezó a hacer un ruido terrible. Resulta que me habían dado un grabador tan pero tan bueno que me estaba avisando que se iba a quedar sin batería. Imaginate la situación. Salí corriendo muy ofuscada y les dije a los policías que no podía más, que eso no era para mí. Me calmaron, me convencieron de volver como si nada y seguir con la conversación. Al rato volví a entrar con cara de piedra, y por supuesto que no pude conseguir nada de esa enfermera. Pero hay más todavía, porque después me di cuenta de que me habían dado ese aparato para que me pasara eso mismo que me pasó. Para que no encontrara nada.

–A partir del caso María Soledad ¿se mantiene la vocación religiosa o aparece un nuevo llamado?

–No, lo que apareció fue una capacidad que no sabía que tenía. Una veta social más profunda. De pronto me encontré en la calle, de pronto estaba conduciendo a una masa de gente, después aparecieron los medios y de pronto aparezco yo misma en la pantalla.

Esta vía superadora de lo que ella en su juventud entendió como «el amor focalizado en un solo ser, en una sola familia» hoy ya no es una opción ni tampoco una necesidad. Posiblemente sea una de las razones por las que la cantidad de monjas y sacerdotes viene mermando de un modo dramático en las últimas décadas.

La Iglesia católica ha perdido en España 2.387 sacerdotes, el 12,3 por ciento del total que tenía en 2012, y 2.160 monjas de clausura, según datos recopilados por la Conferencia Episcopal española. El *Anuario Estadístico Pontificio* que publica anualmente el Vaticano

indica que en menos de quince años se ha reducido un 40 por ciento el número de monjas. En la Argentina, cuyos primeros registros datan de 1970, la cantidad de seminaristas va en caída constante desde 1985. En el 2000 había 2.003 candidatos a cura, mientras que en 2020 fueron 1.070, según contabiliza la revista *El Esquiú*.

Las monjas que hoy son noticia son las que desertan. Una búsqueda superficial en Google recorre los testimonios de mujeres que eligieron una vida de fe siendo muy jóvenes y ahora exponen las causas de su arrepentimiento junto con intimidades de los claustros. Florencia Luce, por ejemplo, es autora de un libro donde narra en forma de ficción su propia experiencia. Fue monja desde los veinte años hasta los treinta y dos, y según cuenta para el diario *La Nación*: «Yo sentía que tenía un llamado de Dios muy palpable y quería dejar mi vida por una causa mayor. Profesé en un monasterio de clausura porque las personas con las que me contacté pertenecían a esa orden, pero también podría haber sido misionera en África. Básicamente el día transcurría entre rezos, misas, momentos de meditación personal, estudio y labores domésticas. El silencio marcaba prácticamente todo. Mientras comíamos solo se escuchaba la voz de una monja que leía salmos». Se confiesa arrepentida de haber perdido tantos años, y su libro promete alimento para el morbo que la clausura suscita en quienes tratamos de espiar desde afuera de los muros.

En abril de 2023 se estrenó el documental *Amén. Francisco responde*, donde diez jóvenes fueron convocados para hacerle preguntas incomodas al papa. Lucía Zegarra Ballón, una joven que estuvo diez años en un convento peruano, le dice a Francisco: «Fui monja, fui católica, fui creyente», y luego le cuenta por qué dejó de serlo. Una entrevista en el diario *Infobae* reproduce sus palabras: «Creo que la formación religiosa está basada en el abuso psicológico. He vivido en una casa de formación en la que se me prohibió ver a mi familia, en la que se me prohibió tener comunicación con personas: todos los mensajes, correos electrónicos, llamadas, eran monitoreados. No tenía acceso a la información, no podía salir de ahí [...] En 2015, cuando dejé los hábitos, salieron ocho chicas más. Cuando me fui, no había salido

aún una de las compañeras más cercana a mí. El día que yo me fui, ella llevaba dos semanas en cama. Al tiempo se fue. Ya no soy católica, ya no soy creyente, no sé qué existe, no sé qué no existe. Y estoy más tranquila, me siento más feliz».

En la congregación de Martha Pelloni las bajas también son notables. En 2021, bajo el título «Quién quiere ser monja hoy», el diario local anuncia que «el 4 de junio a las 10 horas, en la catedral, se ofrecerá la misa de despedida a las últimas hermanas carmelitas, que dejan Catamarca con un nuevo rumbo. Ese día, María Carmen Sandoval, Blanca Velázquez Jiménez y Carlina Salas, las últimas tres hermanas carmelitas que quedan en Catamarca, se despedirán casi oficialmente después de más de doscientos años. La congregación las enviará a nuevos destinos y el colegio del Carmen y San José estará totalmente administrado por laicos».

En una entrevista para la televisión pública, disponible en YouTube, el periodista Mario Glantz le pregunta a Martha Pelloni cómo es convivir con otras mujeres y, en tono de broma, agrega: «Sobre todo, mujeres que aman al mismo hombre...». Ella sonríe y es evidente que le sigue el juego: «Además es un hombre que les da lo mismo a todas».

A continuación se pone un poco más seria y reconoce que esa convivencia no es fácil –«la humanidad sale por todos lados»–, que más que un trabajo es un servicio. Se reconoce como una persona muy impulsiva: «Yo cada dos por tres tengo que pedir disculpas». De pronto, reflexionando para sí, agrega una confidencia que probablemente esté revelándonos una vocación que la figura de Jesús en su momento supo encarnar: «Si tuviera que empezar a vivir ahora, creo que estudiaría Asistencia Social».

6

La primera vez que pensé en escribir su historia, todo indicaba que su historia estaba llegando a su fin. Fue en enero de 1992. Los diarios anunciaban que dejaba su cargo como rectora del colegio del Carmen y San José en Catamarca. La trasladaban a otra provincia, lejos. Del noroeste al noreste del mapa. Goya es la segunda ciudad más poblada de la provincia de Corrientes, ubicada a orillas del río Paraná y a 224 kilómetros de la capital de la provincia.

«No se fue, la fueron», comentaban por todas partes. Primero se dijo que su congregación había decidido el traslado y que era de lo más habitual que una religiosa cambiara de destino periódicamente; de hecho, ella ya había vivido en otras cuatro provincias antes. Estaba volviendo a una ciudad de donde se había ido para su misión en Catamarca. Cuestión de protocolos. No duró mucho esa versión. Un periodismo comprometido con la verdad como nunca antes ni después aseguraba que se trataba de un castigo y un paso más en la trama de encubrimiento.

En el diario *El Cronista* del 5 de enero de 1992 se puede leer: «La monja Pelloni fue enviada a "retiro voluntario" y no son pocos los dirigentes locales que creen ver una maniobra en la que confluyen intereses políticos y eclesiásticos detrás del éxodo [...] Al cabo del proceso de la intervención federal, el senado, los jueces, la curia y la policía provincial están en manos directas de Ramón Saadi».

Debió de sufrir mucho, no solo porque la silenciaban sino porque le arrancaban su flamante hábito de monja popular. ¡La habían nombrado personaje del año en la revista *Gente*!, ¡la habíamos visto ocupar la pantalla de televisión día tras día durante poco más de un año! Llegó a sentarse a la mesa de *Almorzando con Mirtha Legrand*, ese programa de televisión que sigue en pantalla desde 1968 y al que se supone que solo llegan los que logran algo en la vida.

Confiesa que lloró, cumplió con el voto de obediencia y no

preguntó por qué la sacaban del medio.

–No me había despedido de mis padres cuando a los veintidós años me fui de casa para entrar al convento... Esta vez me fui sin dar discursos.

No habría dado un discurso, pero sí lo que ya se le había vuelto una costumbre: rueda de prensa. Haciendo equilibrio sobre su voto de obediencia, les dijo a los medios lo que estaban esperando oír: «La orden de mi traslado viene *de arriba*». ¿De quién? «No lo sé, pero me lo imagino. Fue de la jerarquía de la Iglesia, no de la congregación. No sé si Primatesta, Quarracino o Calabresi, cualquiera de los tres cardenales.»

Otra cosa podría ser que el obispo de Catamarca, Elmer Miani, le hubiera pedido a Menem su traslado y que el presidente le derivara el trámite a Quarracino. Se decía que el obispo de Catamarca le mostraba apoyo públicamente, pero que en sus encuentros cara a cara le recriminaba su actitud y trataba de ponerle límites.

–Hoy te lo puedo decir, no nos apoyaba nada, jamás en todos esos meses tremendos hizo una sola misa por María Soledad.

La Iglesia católica estaba en deuda con los Saadi porque cuando se promulgó la nueva Constitución de Catamarca en 1988, ellos habían accedido al pedido del entonces obispo Pedro Alfonso Torres Farías de mantener la exigencia de que gobernador y vicegobernador profesasen el culto católico apostólico romano. Torres Farías murió ese mismo año, y la deuda pasó al obispo Miani, que no estaba dispuesto a sacrificar la buena relación que tenía con el poder. Entonces, la dejó hacer, si no con completa vía libre, al menos lo bastante para no quebrar el delicado equilibrio de una Iglesia que no podía –ni puede hoy– perderse esa gran oportunidad de mejorar su imagen con la figura de una religiosa comprometida con los de abajo y con la verdad. A los casos de sacerdotes que durante la dictadura militar (1976-1983) bendijeron torturas y torturadores, a los numerosos casos de pedofilia comprobados y a la distancia cada vez mayor con el dolor de su grey, la institución había sumado, apenas un año antes, el crimen no resuelto de otra niña en un colegio católico de Buenos Aires.

Jimena Hernández tenía once años cuando el 12 de julio de 1988 apareció ahogada en la pileta del colegio Santa Unión de los Sagrados Corazones en el barrio de Caballito.

Cuatro jueces pasaron por la causa que investigó su muerte, más de cien testigos y nueve imputados, aunque ninguno fue preso. El único que conoció la cárcel fue el papá de la nena por cuestionar el trabajo de la justicia y afirmar que su hija había sido asesinada porque había visto «algo que no debía ver», algo asociado al narcotráfico. Escándalo, encubrimiento y un caso archivado.

La Iglesia, en los albores de la democracia, se confirmaba completamente incapaz de salvaguardar la vida de niñas y niños. María Soledad, después de todo, había sido violada y asesinada a la salida de una fiesta de egresadas de una escuela católica.

La monja recuerda que, llorando y mordiendo bronca, le preguntó a Jesús cómo debía seguir. ¿Le daría una misión a la altura de la que acababa de dejar? Se sentía triste y humillada. Sin embargo, se fue con una sonrisa.

Ni ella ni nadie sospechaba que la estaban sacando de un feudo para mandarla a otro. Del dominio de los Saadi en Catamarca la trasladaron al de los Romero Feris en Corrientes. A Romero Feris más le valdría haber temblado al verla llegar, pero no lo hizo. Y también cayó. La monja, recién llegada, participó de las huelgas docentes que ocuparon las plazas y los diarios del país. También se puso al frente de las denuncias de corrupción que terminaron con la cabeza del gobernador.

Jesús, mientras tanto, no dejó que pasara mucho tiempo hasta hacerle saber cuál sería su próxima misión.

7

A pocos días de su llegada a Goya suena el teléfono en el instituto Santa Teresa de Jesús. La flamante rectora atiende. Del otro lado una mujer llora, balbucea, pide auxilio y corta varias veces hasta que logra articular un ruego: «Ayúdeme». Le quitaron a su bebé el mismo día en que nació. Fue hace dos años más o menos. Llora más fuerte, no puede seguir. Vuelve a llamar. Le pide, a ella que lo pudo todo en Catamarca, que ahora consiga que le devuelvan a su hijo. «¿Y quién se lo quitó? ¿Lo dio voluntariamente? ¿Por qué? ¿Está arrepentida? ¿Y quién lo tiene ahora? ¿Su nombre?», quiso saber la monja.

No hubo respuesta, pero desde entonces el teléfono no dejó de sonar. El mismo ruego con otras voces. Dos chicas fueron las primeras que se atrevieron a contarle cara a cara que habían quedado embarazadas de sus respectivos empleadores y que, luego, sus patronas las habían amenazado con echarlas del trabajo si no entregaban a sus bebés. Los dieron contra su voluntad, no tenían escapatoria, nadie a quien recurrir. Se los habían llevado a Europa, eso sabían. Estarían mejor cuidados allá, eso querían pensar. Tenían terror. Pero ¿de quién?

No hay dudas, pienso sorprendiéndome de lo que estoy pensando: Jesús le acaba de responder. Ahora tendrá que hacerse cargo de cada llamada que reciba, porque la monja que había llegado a Goya no era la persona anónima que había salido de allí pocos años atrás para ser trasladada a Catamarca. Si ella no le solucionaba la vida a cada desamparado que pedía ayuda, ¿entonces quién?

La espera en Goya la misión más angustiante de su historia. Porque no va a poder encontrar nunca a esos bebés.

–Fue angustiante por lo imposible y porque al principio tuve que llevarla en total silencio y sin que nadie se enterara. La gente venía a mí sabiendo que no podía confiar en la justicia. Y yo tampoco podía.

Además, desconocía por completo toda esa trama que me estaban contando. Pensar que yo había vivido ahí mismo varios años y nunca me había enterado de todo eso... ¡No había visto nada!

–Puedo imaginar el tiempo que esas mujeres vivieron callando. Y también entiendo que a usted la obligaron a convertirse en detective.

–Pero, a la vez, tampoco podía sola, porque cuando me piden pruebas, apenas tengo lo que dice una testigo. No pongas «monja detective», no soy una investigadora, los que tienen que investigar y ordenar allanamientos son los fiscales. Por suerte, en Corrientes me encontré con muchos grupos, colectivos e instituciones ya funcionando muy bien. Ahí fue que empezó a rondarme la idea de armar una red. Porque si en Catamarca yo había sido una francotiradora, en Corrientes aprendí que había que hacer un trabajo más profundo y sostenido.

En 2008 nace la red de capacitación, investigación y apoyo legal que ella misma coordina desde entonces y que bautizó como Infancia Robada, primero en Goya y luego en otras provincias. Eligió colaboradores entre diversos profesionales, pero sobre todo capacitó a voluntarios en diferentes áreas. Infancia Robada se crea con el propósito de luchar contra las redes del narcotráfico, la trata y el tráfico de personas, la violencia de género y las diversas formas de abuso y explotación sexual.

–Tenemos dos objetivos: la atención de las víctimas más vulnerables, que no pueden pagar un psicólogo o un abogado, y todo un trabajo de prevención educativa para evitar el machismo y sus distintas violencias. ¿Sabés por qué es el nombre? Por todo lo que le roban a la niñez: salud, educación, familia, contención, felicidad.

Si en Catamarca la trama había sido de adolescentes pobres reclutadas para la diversión de una noche, aquí eran familias acomodadas que usaban «chinitas» como reservorio sexual para la iniciación de los hijos y como incubadoras de niños y niñas de exportación.

–Resulta que una vez vimos que una pareja se estaba peleando a los gritos en la puerta de un juzgado. La mujer con el recién nacido

en brazos; el marido tironeando del bebé. El hombre repetía a viva voz y sin reparar en la cantidad de testigos que pasaban por allí: «¿Vos creés que por un cable de luz y una manguera de conexión con agua les voy a dar mi bebé?». Vivían en uno de esos colectivos desvencijados, en la calle.

»De pronto, aparece un abogado que se lleva al bebé y entra al juzgado donde la pareja adoptante estaba esperando a la nena, que ya habían pagado. Se la llevaron, no pudimos hacer nada.

»Yo seguí en contacto con el padre. Y tiempo después, mirá si esto no es un milagro, me viene a ver un muchacho que me dice que está seguro de que un matrimonio que tiene una panadería en el barrio es el que ha comprado a la beba. Llamé a un cura y a un abogado, y los dos, cada uno por su lado, se pusieron a investigar. Conseguimos hacer la denuncia. Y era nomás. El papá, finalmente, pudo recuperar a la nena.

–¿Cómo puede ser tan fácil traficar con recién nacidos?

–En el interior del país, sobre todo en las zonas más pobres, no es difícil conseguir testigos que presten falso testimonio sobre nacimientos. Antes con eso bastaba para adoptar. En Corrientes, para custodiar los locales donde prostituyen menores, los policías cobran un extra. Por darte un ejemplo, luego de una investigación nuestra se supo que el juez a cargo en estos casos sospechosos había intervenido antes en una cantidad de casos de «adopciones» desproporcionada si se la compara con la tasa de natalidad. Esto, a su vez, destapó la existencia de una agencia de adopciones internacionales con sede en Oslo, Noruega, que había intervenido en la adopción de más de tres mil niños latinoamericanos y asiáticos por parte de familias europeas. Lo pensaban tapar, pero yo les mandé a la prensa y se destapó todo.

Por esta época ha de ser que la gente de Corrientes comenzó a llamarla «la hermana sapucai». Sapucai es un grito de dolor o de alegría. Pero, sobre todo, es un grito que se hace oír a la distancia. Uno de sus grandes hallazgos, comienzo a sospechar, es haber sabido buscar cajas de resonancia para ese grito.

–Por suerte el bebé quedó con sus padres biológicos.

–¿Qué fue lo que le hizo pensar que había una organización detrás

de todo aquello?

–Cuando vi que la condición para poder seguir en el trabajo cuando las muchachas quedaban embarazadas era entregar el bebé, ahí fue que sospeché que había un negocio. Acá encontramos una mafia organizada de gente rica. Después me pregunté qué poderes provinciales hacían que esa gente reaccionara con tal miedo. Tardamos seis años en averiguarlo.

Una chica, finalmente, se animó a hacer la denuncia y entonces, con todos los datos que ya había recabado –estaban implicados nada menos que la asesora del Juzgado de Menores y su marido, un conocido letrado–, los abogados pudieron seguir la pista. La monja y su equipo interceptaron en el aeropuerto de Ezeiza a un matrimonio de alemanes que acababa de comprar a la beba justo cuando estaban a punto de subir al avión.

–No sabés qué alegría. Pudimos recuperarla. ¿Sabés qué nombre le puso a la nena?

–¿Martha?

–Soledad.

8

La hermana dio testimonio ante la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos acusando a miembros del poder judicial de participar en la adopción ilegal y el tráfico de niños. Un informe elaborado en 1993 por la Corte Suprema de la provincia de Corrientes reconoció que los niños se entregaban sin ninguna supervisión ni regulación.

–El sistema judicial es cómplice y, además, menosprecia a la población. Cuántas veces hemos llevado niñas y niños abusados a tribunales y los jueces nos responden que «bueno, esto es algo cultural, hermana». Yo les contesto: «Pero usted y yo tenemos una formación y sabemos que los antivalores hay que tratar de transformarlos en valores. Yo vengo a pedirle justicia, y una responsabilidad en la prevención, no que me responda que es un problema cultural». Pero, claro, qué puedo esperar si me he encontrado con jueces pedófilos. Y esto lo sé porque más de una vez me lo han confesado sus mismas esposas.

La hermana Pelloni advirtió sobre un vacío en la ley de adopción vigente entonces.

–Ahí fue donde denunciamos que había un gris en la legislación que hacía que todo esto que pasaba se considerara legal. Luchamos mucho para que se quitara del código la adopción por escritura.

–¿Qué es eso?

–Antes podías contratar a un escribano que certificaba que ese chico era tuyo. Ya no. A la madre se lo habrían robado, comprado o le habrían mentido con que había nacido muerto en el parto, y luego a ese niño o niña nadie le contaba la verdad. O con suerte se enteraba tarde y por un tercero.

Esta lucha se cruza con la de las Abuelas de Plaza de Mayo, y logra que en la reforma de la Constitución de 1994 se reconozca el derecho a la identidad. La reforma de la Constitución influyó en la

forma de considerar la adopción en la Argentina. Finalmente, con el apoyo de algunos profesionales y políticos se comienza a redactar en el Congreso una nueva ley de adopción que toma en cuenta ese derecho. La nueva legislación también establece que la ilegalidad en el trámite de adopción es argumento suficiente para anularla. Una de las exigencias de la ley es que desde un primer momento actúe un juez que debe guardar en su juzgado todos los antecedentes de la familia biológica, y el o la interesada, desde sus dieciséis años, tiene derecho a exigir el acceso a esa información.

–Ahora estamos luchando para que se tipifique el delito de venta. Porque hoy está penada la apropiación, pero no la venta. Hay otro gris ahí. Hemos ido con nuestra Red al Congreso de la nación, donde todo el mundo está de acuerdo, todos los partidos políticos dicen que sí, pero la ley no aparece. Yo te propongo una pregunta: ¿por qué será?

9

Lo primero que hace cuando se despierta a las cinco de la mañana es decirle a Dios: «Gracias porque hoy, otra vez, amanecí y no me duele nada». Ronda los ochenta años, pero dice que se siente de sesenta y cinco. Es una de las más jóvenes de un grupo de monjas que, en su gran mayoría y aunque no sea esa su función, están a su cuidado. Lo segundo es apagar la alarma. Luego se baña, va a misa, reza en comunidad con las hermanas y luego media hora en la intimidad. Comienza a trabajar. Recibe alrededor de cinco denuncias o pedidos de auxilio a diario. ¿Y para distraerse? Escucha los cuentos del cómico chaqueño Luis Landriscina. Sin humor, no hay nada. Bicicleta fija, caminatas por el parque del colegio Santa Teresita. «Un lugar muy lindo con gente muy linda», dice, «pero lleno de chorros.» Trámites previsionales y del servicio de salud; ver qué falta en la capilla que queda a unos pasos, y los 11 de cada mes atender a toda persona que venga con un problema a la carpa de Infancia Robada instalada en el patio de la basílica de Lourdes, a pocas cuadras de donde ella vive. Siempre con el celular a mano. Y sí, habla con Dios.

–¿Fluidamente?

–Lo necesario.

Soy consciente de que la pregunta pudo resultar irrespetuosa, por eso le confieso que me recuerdo a mí misma pidiendo y prometiendo cosas a la Virgen antes de dormirme cuando era chica. Le cuento que estudié en una escuela católica con monjas francesas que nos enseñaban a rezar en francés: «Je vous salue, Marie, plein de grâce». Quiero darle a entender que conmigo puede hablar en términos de catequesis, que puede decir «votos», «consagración», «penitencia», que la voy a entender. Pero ella no habla en esos términos, y es evidente que no me aporta ningún punto esto que le digo. No valora a la gente por sus creencias. Sexualidad, política y

religión no son credenciales válidas o inválidas para sumarse a sus filas.

–Pero ahora ya no creo en Dios.

Algo que no puedo explicar me acaba de empujar a hacer esta confesión. No será la única vez que me encuentre diciendo cosas que me había propuesto no decir. Mi distancia de la fe, mi distancia de la Iglesia, las sospechas y fantasías que me despiertan las religiosas. Es como si necesitara estar presentando todo el tiempo credenciales de franqueza que mi entrevistada no me pide.

–¿Ah, no? Bueno, no te preocupes, ya vas a volver a creer.

Lo dice restándole importancia a una declaración que, comparada con las que viene escuchando todos los días desde hace más de cincuenta años, es una completa frivolidad.

Se mete la mano en el bolsillo y me pregunta si quiero un caramelo. Casi siempre lleva caramelos para repartir. Acepto. Yo también traje algo para ella. Saco de mi cartera un libro que publiqué hace unos años. Es la biografía de Alberto Migré, el autor de telenovelas de la época en que ella era joven y estaba encerrada en un noviciado. No lo traje pensando en que le pudiera interesar –¿mirarán telenovelas las monjas?– sino como una prueba de que soy confiable. Quiero decir, que trabajo como periodista, no soy una impostora. Yo doy por hecho que ella debería desconfiar de todo el mundo. Que tiene que haber enemigos agazapados dentro de la misma Iglesia, en la política, en las corporaciones.

–Nunca fui de mirar telenovelas, pero claro que sé quién es Alberto Migré, por supuesto, el rey del amor romántico. Mi madre las miraba todas.

–Cuénteme sobre su madre.

–Mi mamá era como una niña, le gustaban la ropa, los adornos, la buena vida. Un ama de casa de la alta sociedad, aunque venida a menos, que siguió extrañando horrores los lujos perdidos y se empeñaba en vivir como si aquel viejo esplendor no se hubiera evaporado.

Una madre de novela, le digo. Algo así, responde, pero enseguida agrega que debe reconocer que compartió con ella el gusto por la moda, la coquetería, los paseos. Se llamaba Marta.

–Pero sin hache. No sé por qué me agregaron esa letra. Me llamo Martha Amelia, soy la mayor de cuatro hermanos: Osvaldo, María Rosa, Leticia y yo.

–Nació en 1941 en Vicente López, una zona elegante de la provincia de Buenos Aires. ¿Es correcto?

–Sí, nací en Buenos Aires, pero viví por casi todo el país. Como mi padre era veterinario militar, pasé mucho tiempo en distintas provincias, sobre todo en lugares de frontera, cambiábamos de colegio todo el tiempo. El primer grado lo hice en Jujuy y luego cambié ocho veces de ciudad y de colegio.

–Sería muy difícil hacer amistades en esas condiciones.

–Para mí no. Lo social es un don que tengo. Cuando era chica era muy tímida, pero mi papá me sacó esa timidez. Tenía sus métodos. Por ejemplo, cuando estábamos en un negocio me mandaba a mí a ir y preguntar los precios de esto o de aquello. Y así, de a poco, lo fui superando. Pero fijate que yo me hacía amiga de las empleadas domésticas, por quienes siempre me sentí muy querida. Siempre me junté con quien me sintiera a gusto, nunca en relación con si eran o no eran de nuestra clase social, cosa que mi madre no podía entender. Ella estaba siempre muy atenta a las apariencias, a las relaciones sociales.

–¿Tiene algún recuerdo particularmente feliz?

–Los momentos de juegos y paseos que armaba mi papá para que aprendiéramos a ser alegres y felices con poco y en familia. Un detalle: siempre incluyendo a mamá como una hija más. Yo agradezco que me hayan dado la responsabilidad de hija mayor, porque eso me ayudó a ser madura desde la niñez.

10

Junio de 2013. Su nombre había vuelto a ocupar las páginas de los diarios, y a mí, de nuevo, me pareció urgente entrevistarla. La hermana Pelloni aparecía como la principal responsable de un acto de justicia que bien podía calificarse de milagro: «Por primera vez en Argentina se procesó a un propietario y productor agropecuario bajo la figura de homicidio».

Fue por la muerte de un niño de cuatro años que en abril de 2011 pisó un charco contaminado e inhaló agroquímicos provenientes de una tomatera, en el pueblo de Lavalle, provincia de Corrientes. Este procesamiento sentaba un antecedente respecto de la responsabilidad de los productores en el posible efecto mortal del uso de agrotóxicos. La hermana figuraba en todas las noticias como la cara más visible de una acción colectiva que durante larguísimos años había sostenido una causa imposible.

Nicolás Arévalo y su prima de siete años, Celeste Abigail Estévez, jugaban cerca de su casa, ubicada en el Paraje Puerto, Lavalle. Pisaron unos charcos, nada más que eso. Chapotearon en una especie de río artificial muy poco profundo, donde el dueño del campo vecino drenaba los líquidos con los que fumigaba su plantación de tomates. Esa misma tarde Nicolás se descompuso. Esa misma noche su madre lo llevó al hospital más próximo, donde le recetaron reposo y un medicamento para detener los vómitos. ¿Quién iba a pensar que estaba intoxicado si no había probado ningún alimento en mal estado? Al día siguiente, al ver que no mejoraba, la madre lo llevó al hospital de Goya, desde donde lo trasladaron al de Corrientes capital, donde el niño murió enseguida.

La madre de la otra nena, al detectar los mismos síntomas, la llevó directamente a ese hospital, donde ya alertados de que se trataba de un caso de contaminación aguda le practicaron una limpieza de sangre y la trasladaron al hospital Garrahan, donde le

salvaron la vida. También se dice que la niña corrió mejor suerte porque solo había aspirado el veneno y no había llegado a pisar la agüita. Estuvo tres meses internada en ese hospital de Buenos Aires en estado de coma, mientras la familia en Corrientes era acusada de desidia. Gente pobre, gente bruta. Según los medios locales, que en ningún momento sugirieron la hipótesis de la contaminación, el problema era que la familia entera sufría hacía mucho tiempo de hepatitis y, por un descuido tan típico de su clase, no se había ocupado de tratarse.

Lavalle es un pueblo de tres mil habitantes situado a cuarenta kilómetros de Goya, que es donde vivía la hermana cuando la llamaron para que fuera a marchar con la familia.

Desde ese día recorrió kilómetros, juzgados y estudios de televisión para denunciar lo que estaba pasando. Infancia Robada se ocupó de financiar y seguir el juicio al dueño del tomatal durante los casi diez años que se tardó en alcanzar un veredicto más o menos justo. Se sumaron organizaciones locales como la Federación Campesina Guaraní, Amigos de la Tierra y Guardianes del Iberá. La familia destaca la intervención del cura Rodolfo Barboza, «uno de los últimos tercermundistas de Corrientes», porque luchó sin tregua para desmentir lo que hoy se recuerda como «el estigma de los Arévalo»: médicos y asistentes sociales trataban a los padres de la niña que sobrevivió como si no hubieran sido lo bastante responsables como para seguir los tratamientos necesarios para supuestas enfermedades que no tenían.

La familia había vivido toda su vida en el campito heredado de sus mayores. Un día llegaron las tomateras. «Se iniciaron justo frente a nuestra casa», cuenta la tía de los chicos a la periodista Adriana Melo de la Agencia Pelota de Trapo, que siguió el caso hasta que el culpable fue condenado a tres años de prisión, «y un día los tomatales rodearon la casita, se metieron en el patio, en los juegos, en todo...»

–Los que manejan el poder son los mismos que manejan los campos. La gente adinerada de la provincia, incluido el poder judicial, tiene campos. La familia del niño muerto no tenía un peso para pagar un abogado.

Los que no tienen campo ni poder en la Argentina del siglo XXI, a diez años de esta historia, siguen respirando veneno. Uno de los testigos, referente de la organización Amigos de la Tierra, explicaba entonces: «No pasa por qué químico, o si es legal o no es legal. El problema es que la agricultura basada en insumos químicos no es de precisión, no es controlable y genera contaminación en los alimentos, en el ambiente y en las personas que tienen contacto con él. Hay muchos productos legalmente permitidos, que se usan conforme a la ley, pero son tan peligrosos y con condiciones tan específicas de uso que es difícil no hacer daño».

La fiscalía determinó la causa de la muerte a partir de certificados médicos, historias clínicas, informes químicos y los resultados de una primera autopsia: «Edema agudo de pulmón producido por intoxicación». La autopsia del hospital pediátrico Juan Pablo II de Corrientes ratificó: «Intoxicación con endosulfán».

El endosulfán es un plaguicida que se aplica contra escarabajos, insectos que extraen jugos de las plantas, larvas de polillas y moscas blancas. Si se llega a inhalar, tragar o absorber a través de la piel, afecta directamente al sistema nervioso central.

Ese mismo mes en que Nicolás moría, el Convenio de Estocolmo sobre Contaminantes Orgánicos Persistentes prohibía mundialmente el endosulfán luego de una larguísima puja de intereses que había durado años. Pero el gran acuerdo internacional consistió en el compromiso de dejar de usarlo recién en 2016, calculando que para esa fecha se terminaría el stock. Muchos años antes, en 2009, la Comisión Nacional de Investigación sobre Agroquímicos –encabezada por el médico Andrés Carrasco, presidente del CONICET y jefe del Laboratorio de Embriología de la Universidad de Buenos Aires– había detectado los efectos del hoy famoso glifosato y también había recomendado la prohibición del endosulfán.

La nota de 2013 decía algo más: «Pericias posteriores demostraron la presencia del agrotóxico herbicida endosulfán en toda la zona». Y a un año de esa noticia aparecía otra: «José Carlos Rivero, un niño de cuatro años, murió a causa del uso indiscriminado y descontrolado de agrotóxicos en una finca de la localidad de Lavalle». La ONU declaraba por esas mismas fechas que los

científicos dedicados a cuestiones climáticas habían demostrado que las personas éramos las responsables del calentamiento global de los últimos doscientos años. La noticia circulaba como el aire. La respirábamos sin pensar.

Aquella vez no llegué ni siquiera a buscar el contacto de la hermana. A los pocos días, me distraje con mis problemas, mis cosas. Mi gran preocupación por la contaminación de aguas y suelos terminó arrasada por una invitación a ver una obra de teatro y luego a una fiesta, un aviso de corte de luz por no haber pagado la cuenta y un drama sentimental del que hoy no puedo recordar ningún detalle. Nunca más pensé en el niño, ni en su familia, ni en otros niños y niñas que también morirían por meter los pies en un laguito lleno de veneno en la misma provincia de Corrientes, en Córdoba, en Entre Ríos, en Misiones. La hermana, mientras tanto –si contamos los cientos de casos en los que ha trabajado, consignados en un libro que publicó la Editorial Claretiana bajo el título *Infancia Robada* y que prácticamente nadie leyó–, siguió ocupándose de cada una de estas historias, consiguiendo mucho, poco o nada, según la ocasión.

Recién en noviembre de 2016 se llevó a cabo el juicio oral y público contra el productor Ricardo Prieto, quien el 8 de diciembre de ese mismo año quedó absuelto. El periodista Daniel Pardo, enviado especial de la BBC, registró el momento en que el flamante inocente se retiraba en una camioneta con vidrios polarizados mientras la madre del niño y otros campesinos de la zona gritaban: «¡No nos van a pasar por encima con su plata! ¡Era una criatura, no un perro! ¡Esto no se va a quedar acá! ¡Se ríe de nuestro dolor! ¡Tiene miedo de que le vayamos a hacer algo!».

La defensa llegó a argumentar que Nicolás se habría intoxicado con una planta tropical que le dieron sus propios familiares. Alegaban que ese porotico, venenoso para las vacas, históricamente usado como medicina en las poblaciones locales y muchas otras zonas de Latinoamérica, era el verdadero culpable. Una vez más, la cultura propia de una población vulnerada aparecía como responsable de lo que otra cultura, apoltronada en las prácticas de saqueo, había provocado.

«Uno de los jueces de ese tribunal tiene campos justo al lado de

donde murió el niño», aseguraba Martha Pelloni a quien la quisiera oír. La oyeron. Finalmente, en 2020, la justicia correntina reconoció, en un segundo juicio, la responsabilidad del empresario y dictó tres años de prisión.

Concluyo en voz alta que, si bien fue una lucha demasiado larga, también es cierto que por fin no terminó ganando la impunidad. La monja asiente, aunque es evidente que algo la distrae. Tal vez esté buscando en esta pausa ese optimismo que la mantiene viva. Al rato, agrega:

–Estamos comunicados con la familia de Rocío Pared, la nena de Mburucuyá. ¿Conocés esa historia?

–No.

–Rocío agarró una mandarina que se había caído de un camión en la ruta. A las pocas horas, la nena murió. La mandarina estaba contaminada con carbofurán. Esa fruta se utilizaba como cebo para matar a los pájaros que merodeaban los cultivos de arándanos. Después lo prohibieron. Ese mismo veneno es el que mató a casi todos los cóndores de la región. ¿Sabías eso? En dos años, casi no hay cóndores, dicen.

11

Decido mostrarle a una amiga lo que llevo escrito hasta aquí. María Eugenia Salinas es antropóloga. Busco una opinión crítica, pero también busco compañía. Mi amiga vive y trabaja muy lejos de Buenos Aires, en la Universidad de Oxford, Inglaterra, país adonde llegó en 1975, a sus diecisiete años, exiliada del Chile gobernado por el dictador Augusto Pinochet. Se lo envío a ella porque es una mujer declaradamente atea, feminista y de izquierda. Apasionadamente agnóstica, dice. Es una activista que, desde que la conocí a mediados de los noventa, ha participado en diversas luchas. «Siempre es la misma lucha», me corrige. Por los derechos de las mujeres, por las personas migrantes, por la salud mental y sexual de la adolescencia y ahora por la vida y la paz en Palestina, por el cese del fuego en Gaza.

Pero también la elijo como primera lectora porque fue ella quien, en una larguísima noche, tal vez sin proponérselo, dejó fijada en mí la imagen de las monjas como muñecas farsantes y perversas, capaces de esconder las crueldades más obscenas bajo el hábito de la bondad y la pureza. Por ella conocí la historia de las lavanderías de la Magdalena, asilos católicos para la redención de «mujeres caídas» donde las monjas mantenían condenadas a un trabajo esclavo de por vida a madres solteras, jóvenes que habían perdido su virginidad y prostitutas rescatadas. Aquel año, 1993, habían hallado 155 cadáveres en los terrenos del convento de una de las lavanderías en el norte de Dublín.

Esa misma noche supe del robo de bebés y niños, mucho antes de que la historia se hiciera popular con la película *Philomena* (2013), que protagoniza Judi Dench y dirige Stephen Frears. Es la historia real de Philomena Lee (Newcastle West, 1931) que, al quedar embarazada a sus diecisiete años, fue confinada por su padre en un convento con la intención de escapar de la vergüenza que una

madre soltera significaba en la sociedad de entonces. La película cuenta los esfuerzos de esta mujer por encontrar a su hijo cincuenta años después de que se lo arrebataran las monjas de la abadía de Sean Ross, una institución encargada de dar asilo que, en realidad, se ocupaba de vender hijos ajenos a familias de Estados Unidos. Luego se supo que más de mil niños y niñas murieron de hambre, enfermedades curables y malos tratos mientras que otros fueron vendidos. María Eugenia me presentó a una amiga suya que había nacido en esa abadía y que, sin ninguna chance, buscaba su origen.

Creo que es la persona ideal para juzgar lo que vengo escribiendo. Aquí se narra una historia inversa, pero no quisiera que mi admiración por el trabajo de la hermana Pelloni terminara convirtiendo este libro en una celebración católica.

Al día siguiente tengo una respuesta en mi correo. Mi amiga, para mi sorpresa, ha pasado por alto el hecho de que la monja sea monja. En cambio, me dice que lo que realmente la ha espantado es la pregunta con la que decidí comenzar este libro. No le asombra mi torpeza para las relaciones públicas, que conoce y hasta le despierta cierta gracia, sino la naturalidad con la que yo asumo la muerte violenta de quien lucha, y acaso la sospecha de que «por algo turbio» se ha salvado.

«Ese tipo de pregunta, que encierra una condena, o al menos cierta complicidad con el estado de las cosas, es el tipo de cuestionamientos que suele recibir una activista: ¿Por qué tanto interés en la ecología, la paz, la muerte digna, el robo de bebes...?»

Se siente identificada con la mirada de la monja, que, según ella, todavía no he logrado descifrar del todo: «No pierdas de vista que esta persona podrá ser una religiosa, pero sobre todo es una activista». Quiero saber qué dice ella cuando le preguntan por las causas de su activismo. Su contestación llega enseguida: «Hace un tiempo que decidí contestar con otra pregunta: ¿Y por qué no eres tú activista? Estoy convencida de que quien hace la pregunta también se sintió comprometido alguna vez con la idea de un mundo mejor. Entonces, la cuestión a investigar no es por qué alguien se convierte en activista, sino cuándo y por qué olvidamos que lo hemos sido. Todas las personas ingresamos al mundo con

sentimientos de compasión, generosidad y amor por la gente que nos rodea. Pero tenemos un problema: vivimos en una sociedad que no permite tiempo para pensar. Creo que me hice activista leyendo libros».

A continuación, envía una foto de su escritorio donde se pueden ver títulos de Noam Chomsky, Naomi Klein, John Berger, Arundhati Roy, Tanya Reinhart, que propone como consejeros y que yo interpreto como una invitación a continuar. A no abandonar lo que empecé. Lo que empezamos, lo que empezaron otras.

En febrero de 2014, Philomena Lee, ya para entonces convertida en una destacada activista por el derecho a la identidad, pidió una entrevista con el papa Francisco para reclamarle la cooperación de la Iglesia católica en las investigaciones de niños robados y vendidos a familias extranjeras, y también en la petición al Gobierno irlandés de la apertura de los archivos que contienen las historias de esas adopciones forzadas en institutos católicos, que se calculan en alrededor de seiscientas mil. Luego de esa reunión declaró: «Como muestra la película, siempre he puesto mucha fe en la Iglesia y en la buena voluntad para corregir los errores del pasado».

12

–¿Cuándo diría usted que descubrió su vocación?

–En la típica crisis de la adolescencia que, en mi caso particular, fue muy fuerte porque la viví en los tiempos de la Revolución Libertadora, durante los años 1955 y 1956. Mi papá era militar y, aunque no era de carrera, porque era un militar veterinario, la idea del peligro era constante. En 1965 fue el levantamiento contra la dictadura y él se salvó de los famosos fusilamientos en los que cayeron Valle y Cogorno, que estaban en el mismo grupo.

–Es la historia de los fusilamientos que cuenta Rodolfo Walsh en *Operación Masacre*. ¿Usted recuerda detalles de aquellos días?

–Por ese entonces yo no entendía mucho de política, pero sí estaba al tanto de lo que eran los golpes y las revoluciones. En ese contexto aparece la pregunta sobre qué voy a ser en la vida.

–¿Su padre se salva de la matanza y usted comienza a pensar en ser monja?...

–No. Mi vocación no era ser religiosa. En realidad, yo era muy sensible a la música y tenía muy claro que en una elección profesional había que guiarse por lo que uno sentía. Y lo que yo sentía era la música. Quise estudiar piano y ser concertista. Mi padre en un primer momento no estuvo de acuerdo.

–¿Por qué?

–Era muy común en aquella época empezar un estudio como ese por moda, sin ninguna seriedad, y abandonarlo al poco tiempo. Además, no existía en mi casa ninguna tradición artística. Pero te aseguro que yo estaba muy convencida de que quería seguir esa carrera. Después de varios tira y afloja decidimos hacer un trato de honor: él me dejaba estudiar piano y yo terminaba mis estudios pasara lo que pasara. Sabía que había que estudiar, que había que practicar mucho y sacrificar muchas cosas. Me lo propuse y lo hice. Pero sucedió algo terrible. Cuando llegué a la mitad descubrí que no

tenía oído. Estudiaba ocho horas por día para suplir lo que me faltaba. ¡Ni te imaginás! ¡Era durísimo! Me faltaba la aptitud.

–Y entonces...

–Cumplí con el juramento. Con mucho dolor continué los años que me quedaban, pero el día en que terminaron las clases, lo senté y le dije: «Papá: vendé el piano». Creo que no se infartó porque tenía un corazón muy fuerte. Pero yo tuve que explicarle mi dolor con honestidad. Para entonces ese dolor que yo sentía había madurado en el sufrimiento. Porque una cosa es el dolor y otra el sufrimiento.

–¿Cuál es la diferencia?

–Durante mucho tiempo me había dolido no poder oír la música, pero ese dolor a esa altura había madurado en un sufrimiento que iba a llevar siempre conmigo.

–¿La vocación de religiosa surge a partir de una frustración?

–No. Yo le doy gracias a Dios por lo que me pasó. No es lo mismo el fracaso que la frustración. Siempre he bendecido los pequeños fracasos, y este fue uno de los primeros que tuve, porque sin duda me costó mucho aceptar que no servía para lo que tanto me gustaba.

–De haber tenido talento musical, no habría sido religiosa...

–Digo que no es una frustración porque me pude levantar. En esa vocación basada en el sentimiento estaba la pasión de vivir para la música. Todo en mí pasaba por el sentimiento de entregarme a algo, y pude descubrir que lo que se mantenía más allá de mi falta de oído era la capacidad de amar que yo había depositado en la música. Aquella pasión que me hacía ir a conciertos, óperas, todo lo que fuera el mundo de la música, aun cuando en mi casa, como te decía, no había una inteligencia hacia las artes, era una fuerza poderosa hacia determinado fin. Cuando la música desapareció del espectro de posibilidades el dilema que se me presentaba era averiguar hacia dónde iba a dirigir el amor que yo sentía.

–¿Cómo recibieron en su casa la decisión de ser monja?

–Cada vez que se hablaba de lo que íbamos a ser en el futuro mi padre nos decía: «Ustedes pueden elegir ser verdulero, diariero, ministro, médico. Yo los voy a apoyar muy contento en lo que elijan. Lo único que les pido es que sean siempre un "señor diariero", "un

señor verdulero”... Todo se estudia, pero el “señor” es algo que se construye».

–Entonces, su padre la apoyó en su vocación religiosa. Y usted decidió convertirse en un «señor monja».

–¡No! Mi padre no me apoyó. Fue mi gran enemigo.

–¿No quería una monja en la familia? ¿Desconfiaba de su vocación religiosa?

–Lo que pasa es que yo era una chica, digamos, muy normal, bastante tímida pero muy enamoradiza. Me arreglaba, quería estar linda, salía con amigos. Era, y siempre he sido, de un temperamento muy alegre, así que tenía una fuerte vida social, me gustaba divertirme y hacer todo lo que a una mujer le puede interesar.

–¿Cómo describiría a su padre?

–Mi padre, Osvaldo Pelloni, era muy recto, hablaba muy bien. Yo era muy cercana a él, eso es así. Cuando nos retaba nos daba unos sermones bárbaros.

–Como los curas que dan sermones...

–Era muy religioso, eso es así. Yo, después de que él nos hablaba, me iba a mi cuarto a tratar de analizar todo lo que me había dicho, me hacía reflexionar mi padre, siempre me dejaba pensando. Tuve una infancia muy linda.

–¿Una infancia peronista?

–Se puede decir que sí. Mi padre era peronista y yo también lo fui; él me llevaba a todos los actos. Me inculcó todo aquello que conocí como lo popular, el trabajo para los pobres. Tengo el recuerdo de haber visto a Evita en persona. También me acuerdo de cómo me impresionó en Jujuy, donde vivimos un tiempo, un hospital con cinco mil camas que era especial para los collas que no llegaban a bajar a la ciudad.

«Mirá, Marthita, si viera que realmente tenés vocación religiosa, yo te dejo entrar. No quiero contrariarte. Pero creo que estás pasando un momento difícil y no estoy seguro de tu decisión. Si te viera con vocación te diría que sí y me daría una alegría, pero la verdad que no te la veo. Vamos a hacer así, vos llegá a los veintidós años y si seguís decidida, andate sin pedirme permiso, pero hasta entonces lo

que te voy a pedir es que hagas una vida normal.» Eso le dijo su padre cuando ella le planteó su segunda vocación.

–¿Vida normal?

–¡Más que eso! Tuve novios, pretendientes, amigos, tuve salidas y hasta corrí algún peligro.

Le pregunto por esos peligros y ella de inmediato regresa años atrás a su adolescencia laica, a cuando se fue de viaje a Mar del Plata con una amiga, las dos solas. Muy audaces ellas y muy permisivos los padres. «Porque con tal de que se me fuera la idea del convento, en casa me daban una libertad total a los dieciocho años.» Las dos chicas, inexpertas en el trato con varones pero muy osadas, hacían amistades en la playa con muchachos de su edad, o un poco más, que enseguida las invitaban a salir a la noche. Y ellas iban. «Me acuerdo de que una vez tuve miedo.» La hermana recuerda como si fuera hoy el momento en que los nuevos amigos pasan a buscarlas en un auto, ellas se suben y el auto arranca hacia quién sabe dónde. No recuerda de qué hablaron ni tampoco puede asegurar que ellos hubieran hecho o dicho algo ofensivo. Recuerda el miedo. Una alerta que mujeres y trans conocemos muy bien, y que forma parte de una cultura de la violación en la cual la figura masculina viene naturalmente asociada con el riesgo. «Estaba fresco y entonces, como algo debo haber intuido, la pellizco a mi amiga y le digo: "Sabés, disculpame pero estoy sintiendo mucho frío, vayamos a casa a buscarnos un saco y volvemos". Y ahí nomás nos bajamos. Yo, al día de hoy estoy segura de que esa noche iba a pasarnos algo.» Describe la misma alerta que María Soledad no pudo sentir sencillamente porque confiaba en su novio, el mismo que la entregó como trofeo para diversión de otros muchachos a quienes aspiraba a agradar.

La conclusión de la hermana me sorprende, pero a la vez me recuerda que estoy hablando con una monja: «Dios me llevó de su mano siempre. Por eso soy una agradecida. Fijate hasta qué punto me ha cuidado que ni siquiera me ha mostrado el peligro, me sacó del peligro antes de que yo tuviera que experimentarlo». Fue un milagro, repetirá algunas veces a lo largo de nuestras dos conversaciones. Lo dice cuando ocurre algo bueno, una coincidencia,

algo que termina salvándola a último momento o dejando en evidencia a un criminal. Yo creo leer en esa afirmación una voz que se dice a sí misma «cómo no voy a creer en milagros, tengo que creer».

Cumplió veintidós años, hizo la valija, escribió una nota, no se despidió de nadie y se fue de su casa. Tomó al pie de la letra la palabra de su padre. Se unió a la orden de las Carmelitas Misioneras Teresianas, una congregación fundada en España y dedicada especialmente a la educación cristiana de la juventud y a la asistencia sanitaria de ancianos y enfermos. Se recibió de maestra antes del noviciado y en 1968 se graduó en el profesorado de Filosofía y Pedagogía, en la Universidad de Cuyo, Mendoza. Es evidente que se siente orgullosa de que su congregación sea una de las pocas que no fue fundada en la Argentina por ningún sacerdote.

–Fue la gente del pueblo, no la curia. Fueron los laicos quienes quisieron tener un colegio católico, una congregación de hermanas. Te diría que más o menos con el mismo espíritu con el que Sarmiento trajo a las maestras norteamericanas, los fieles se ocuparon de fundar en Goya la primera casa, traer a las maestras españolas, las Carmelitas Misioneras Teresianas.

–Una vez que una se decide y toma los hábitos, ¿es natural que aparezcan dudas? ¿Qué hacer, por ejemplo, con el deseo?

–A lo largo de mi vida religiosa, en momentos de crisis me llegué a preguntar el porqué de ese celibato, y obviamente fue motivo de muchas confesiones. Pero desde el principio tuve claro que en una vocación matrimonial la prioridad es la familia y a mí me quedaba chica: el amor que yo sentía no lo podía reducir a una familia. El problema era cómo canalizar ese sentimiento.

–¿Cómo definiría la elección que hizo desde el punto de vista sexual?

–Opté por ser fecunda, no biológicamente, sino desde el punto de vista espiritual. Donar mi vida, mi existencia, lo que valgo. Lo comparo con una madre no biológica que ama a su hijo: muchas veces es más madre aquella que adoptó. No vengo de una familia pobre, tuve que entender qué es desprenderse de lo material y también de lo ideológico, e incluso de lo político.

–Una «chica normal» ¿renuncia a una «vida normal» al entrar en la vida religiosa?

–Yo no renuncié. A la sexualidad, por ejemplo, no podés renunciar, en todo caso, evitás la sexualidad. Soy una persona sexuada y lo soy desde que nací hasta que me muera. Hice una opción, no una renuncia. La renuncia fue una de las consecuencias de la elección. Como opto por esto, entonces tengo que dejar aquello. Cuando mi padre me puso ese plazo, me puso en una encrucijada, ya que en esos años armé mi vida, mis afectos, mi puesto de maestra..., y aun así, se mantuvo mi opción.

–¿Nunca pasó nada equívoco, con un sacerdote, con una religiosa? ¿No sintió atracción o sintieron algo por usted?

–Soy heterosexual, lo aclaro. Y lo digo con orgullo porque es mi naturaleza. Así como la naturaleza de otras personas es ser homosexual y es igual de respetable. Hubo un sacerdote, sí, trabajábamos juntos, gran compañero, que se enamoró de mí. Fue un tema. Lo conversamos, pedimos ayuda y pudimos superarlo.

13

Mientras hablábamos esa tarde en el edificio de la calle Paraguay, se me ocurrió pensar que cuando escribiera esto debería describirla como un poco infantil, candorosa, algo ingenua. Y si bien rechazo completamente esa descripción, hay algo suyo –¿o mío?– que insiste en verla así. Podría estar influyendo el hábito que estratégicamente deja ver parte de una cabellera castaña prolijamente peinada, un gesto de coquetería que aparece señalado por muchos periodistas. Dicen que pide peinarse antes de que se encienda la cámara. Podrían ser esos ojos celestes que mantienen un brillo casi sobrenatural; la sonrisa constante aun cuando describe cuerpos desmembrados o todo tipo de crueldades; el tono de la voz tan cantarina; las palabras que elige. Algo de todo eso me está impidiendo descartar la imagen de la monjita buena y –digámoslo– un poco tonta que toda una serie de ficciones con religiosas cantantes que hacen rondas y protegen a los niños nos enseñaron a fantasear.

Sonia Budassi, en su libro *Mujeres de Dios: cómo viven hoy las monjas y religiosas en Argentina*, publicado en 2014 por Editorial Sudamericana, también va en busca del misterio, del «modo monja», y en esa búsqueda llega a entrevistar a una hermana que también pertenece a la congregación de Carmelitas Misioneras Teresianas y que no solo conoció a Martha, sino que fue la profesora de Matemáticas de María Soledad. Esta hermana alude a una identidad de mujer religiosa asociada a la domesticación femenina para la servidumbre: «Hasta hace veinte años, cuando las mujeres entraban a un convento renunciaban a su nombre y escogían uno nuevo. Era una manera de morir a la vida anterior y de ser, a partir de ese momento, una persona distinta».

Le pregunto a Martha qué piensa de esa cita y me dice que ella fue eso mismo que describo, o peor.

–Fue en el noviciado. El modelo del noviciado era en ese momento casi una caricatura de aquello que mostraban las películas y las pinturas de principios de siglo. Superioras estrictas y novicias ingenuas o traviesas, dedicadas a quehaceres domésticos. Cuando entré con toda la alegría del mundo, imaginate, no sabía que me esperaba un infierno. Me infantilicé. Y te digo que tardé mucho en volver en mí. No fue nada fácil.

–¿Cómo volvió?

–Se lo tengo que agradecer a monseñor Devoto y a todo su trabajo de base, que hice al salir de allí. Cambié mi mentalidad, porque antes de esto yo no tenía una línea social definida. Cuando me recibo de profesora de Filosofía y Ciencias de la Educación me trasladan a Córdoba. Fueron tres años muy lindos porque pude trabajar como docente. Pero eso fue mucho después. La época del noviciado fue algo patético.

–¿Por ejemplo?

–Eso que te imaginás, multiplicalo por diez.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo, había pianos por todas partes.

–Qué horror, estaba su vieja vocación esperándola para burlarse de usted.

–¡Imaginate! Todas las monjas tenían que cantar en coros celestiales y todas aprendían a tocar el piano. ¡En un momento era un sinsentido de melodías en el convento! La rutina era obedecer órdenes tontas de las superioras y, por supuesto, educarse para acatar el machismo de los curas. Sentía que perdía el yo. Sentía que tenía que ser como no era.

–¿Por ejemplo?

–Por ejemplo: me dieron a entender que como yo venía de un estatus sociocultural medio alto comparado con otras chicas, tenía que dedicarme a bordar sábanas, ajuares, manteles, que después se vendían. Pero para mí eso era muy difícil, porque yo soy muy torpe con las manos. Entonces, cuando no aguanté más esa situación de pseudoartesana, le dije a mi superiora que yo no era para las artes ni para las manos, que no tuviera miedo de ponerme a lavar ropa y baldear pisos. Y así empecé a ser feliz.

–¿Lavando pisos recuperó su ser?

–¡No! Lavando pisos me puse a jugar con la espuma. Agarré feliz escoba, trapo y fratacho, todo tomado de una manera muy infantil. En esos años, definitivamente, involucioné.

–Más que una enamorada de Cristo, la preparación de la monja parece ser para que los curas la tengan de hija.

–Hay que decir que ese estado era muy común en los noviciados de aquella época y que ahora no es así. Actualmente, en nuestros centros de formación hay una preocupación más intimista que pone el acento en lo psicológico. En el noviciado de Santos Lugares la vida era como en todos los noviciados antiguos: muy estricta en todo. Mi familia se dio cuenta y estaba algo asombrada. Me parece que había una tendencia a convertirte en lo que no eras.

La Iglesia dice haber tomado nota de las inconveniencias de esa despersonalización, ya que ahora, cuando las religiosas, vuelven en sí, dejan los hábitos. En algunos seminarios han empezado a hacerles exámenes psicológicos a las postulantes antes de dejarlas entrar. Las congregaciones ultraconservadoras se siguen resistiendo a estas pruebas, y toman a quien se presente aun sabiendo que muchas veces funcionan como refugio de adolescentes vulnerables o que están escapando de la sociedad por alguna razón. El papa Francisco, durante el curso para formadores y rectores de 2020, hizo referencia a este problema: «Han surgido congregaciones religiosas que son un desastre, que hubo que ir cerrándolas de a poco, congregaciones de rígidos "que no, que no, que no". Y en el fondo, detrás de esa rigidez, se esconde la verdadera podredumbre».

–Manden curas o aparezcan monjas que sobresalen de la media, el lugar de la mujer en la Iglesia es siempre subalterno.

–Eso desde ya. Y yo te estoy hablando de mediados de los años sesenta, además. No nos olvidemos de toda la historia de matriarcado y patriarcado, en la cual la Iglesia tiene mucho que ver. La mujer fue siempre considerada para la tarea doméstica, para ser la madre y la esposa. Y la Iglesia tiene un machismo mucho mayor que el de la sociedad civil. En nosotras, las religiosas, hay una doble preocupación en la figura del sacerdote, que además de ser machista como cualquiera, y esto es lo más grave, no fue formado

para trabajar en equipo. Por lo general, es individualista y trabaja desde el autoritarismo. Para nosotras es muy difícil. Solo hay que ver que en la Iglesia las mujeres no mandan.

–¿Cómo se vive la diferencia de jerarquía entre monjas y curas?

–La diferencia entre monjas y curas se debe a que a Jesús le tocó vivir en una época machista, mucho más machista que la nuestra, y eligió apóstoles porque eran hombres los que representaban a cada uno de los sectores de la sociedad. La mujer estaba desplazada, mucho más que ahora. En un momento yo me rebelé contra el tema de la exclusividad de los curas para celebrar misa. No por una cuestión de género sino por atribuciones. Pero luego entendí bien cómo era la cosa, que el servicio y el poder del servicio pasan por otro lado. Yo trabajaba al lado del párroco, codo a codo, pero a la hora de la misa tenía que ponerme atrás de la pantalla, qué le vas a hacer.

–¿Y la Iglesia?

–Siento un gran respeto por aquellos obispos a los que he imitado: monseñor Hesayne, la escuela De Nevares, Angelelli. Mi gran maestro, monseñor Alberto Devoto, nunca recibió un peso del Gobierno, y fue eso lo que le permitió estar con las manos libres cuando detenían a su gente. Fijate que en tiempos de dictadura iba a ver a Cristino Nicolaides o a cualquier general y le decía: «Quiero permiso para ver a mi gente» y avanzaba. Cuando se cayó una torre de la catedral de Goya, reunió al pueblo en una asamblea y dijo: «¿Ustedes quieren que pongamos la torre? El pueblo tiene que levantarla. Si no, la dejamos así». Se levantó con dinero del pueblo.

–Su postura contra la discriminación de la diversidad sexual parece chocarse con la línea general de la Iglesia.

–Bueno, tengo mis diferencias. Mi visión sobre la ley de salud reproductiva, por darte un ejemplo de las cosas que no me cierran, me ha costado que un obispo me prohibiera la entrada a su provincia y me denunciara ante el Vaticano de Ratzinger, con el que tuve muchos problemas. He ayudado a monjas que se descubrieron lesbianas y enamoradas a que buscaran su camino. Lo mismo con celebraciones de matrimonios entre varones. Estoy a favor del control de natalidad, y siempre me pronuncié abiertamente. No

sabes cómo lloré cuando nombraron papa a Ratzinger. Pero no cambio de posición. Es que no entiendo cómo se pudo negar el uso del preservativo. Primero por nuestros jóvenes, que de otra manera se exponen al sida; y segundo, ¿en qué sentido es benéfico que en una familia sin recursos nazcan ocho, diez, catorce hijos, muchos con enfermedades producto de la mala alimentación de la madre durante el embarazo? Yo a las monjitas que están haciendo misión en el campo les pido que expliquen los cuidados para evitar el embarazo y el sida. A las médicas, que trabajan allí voluntariamente, les digo que si no pueden entregar preservativos y enseñar –no es fácil esta tarea en el campo– acepten cuando las mujeres piden ligazón de trompas. Yo tengo la conciencia tranquila, Dios no puede querer que nazcan hijos de padres alcohólicos con el destino de la discapacidad o el abandono.

–¿Y la complicidad de la Iglesia con los poderes no tan santos?

–Existe. Te decía que monseñor Devoto jamás aceptó un peso. Bueno, otros obispos aceptan dinero y por eso tienen las manos atadas, porque obviamente no podés darle publicidad a una denuncia si debés plata. A mí me ocurrió con un sacerdote que es un viejito, no voy a dar el nombre porque él lo hizo de corazón y dio la vida fundando hogares para infancias en Rosario. Imaginate qué ganancia era para el Gobierno que este viejito mantuviera en orden los hogares. Pero son hogares que yo tuve que denunciar porque comprobamos que ahí había violación de menores, corrupción de menores, tráfico de niños, adopciones ilegales... Se quería morir el viejito cuando le hice esto, y no pudo reconocer abiertamente que yo tenía razón porque sus hogares funcionaban con la plata que el Gobierno le había dado. Claro, le daban el dinero, pero le ponían una condición. Le seleccionaban el personal.

–¿Qué opina de la separación entre Iglesia y Estado?

–Se pide la separación, pero yo creo que debe ser independencia, porque es fundamental para sanear parte de la corrupción de los poderes entre sí: el político, el judicial, el de las instituciones.

–¿Y no tiene miedo de que la Iglesia la expulse?

–Miedo no. Pero tengo hace años mi renuncia preparada en este bolsillo –señala el mismo sitio de donde sacó hace un rato los

caramelos de miel–, y cada tanto la vuelvo a escribir, le hago siempre alguna modificación, pero la tengo conmigo.

14

Hermana, pero ahora yo no creo en Dios... Pego un salto cuando vuelvo a recordar esa declaración. ¿Cómo puedo ser tan torpe? En el decálogo de temas que me había propuesto evitar, mi relación con la fe y mi distancia con la Iglesia figuraban en rojo.

–Ah, ¿y en qué colegio estudiaste?

–En el Euskal Echea, con monjas que nos hablaban en francés y que de pronto nos comenzaron a hablar de la teología de la liberación, de la opción por los pobres. Era a finales de los setenta. Y allí empezó el problema.

–Ah, es un colegio vasco. ¿Están en Llavallol las hermanas?

–Sí, nosotras no les decíamos hermanas, las llamábamos «bonnes sœurs». Un año antes de la dictadura, en 1975, la comisión de padres, que era claramente de ultraderecha, las echó con el objetivo de protegernos del comunismo. Les molestaba también la presencia del padre Bernardo Hughes, que venía muy seguido a dar charlas con las chicas más grandes, párroco de la iglesia de Santa Cruz, de donde poco tiempo después desaparecieron las monjas francesas. El éxodo de las monjas fue un episodio muy desolador para todas las alumnas, o al menos lo fue para mí. En aulas y pasillos, y sobre todo en esos cuartos secretos donde habían dormido ellas, quedaron flotando muchas fantasías. Las imaginábamos apareciéndose en las salas de los pianos, jugábamos a encontrarlas entre las mesas del comedor, escondidas o muertas.

Ahora pienso que nuestras imaginaciones infantiles habrían estado bebiendo del espíritu de violencia que se respiraba en los meses previos al golpe de Estado de marzo de 1976. Nuestras monjas podrían haber corrido la misma suerte que las monjas francesas, pero se salvaron porque se fueron antes.

–Con Alice Domon y Léonie Duquet, las dos monjas asesinadas por la dictadura, pertenecíamos a la misma diócesis de Goya,

aunque yo no las llegué a conocer... ¿Sabías que cuando las asesinó Astiz ya no eran monjas?

Lo dice como quien le regala un caramelo a una niña huérfana. Transmite un particular entusiasmo cada vez que recuerda algún dato que vuelve la historia conocida mucho más interesante, o cuando hay algo que contradice lo que creíamos saber. La he visto en muchas entrevistas romper el tono de la conversación con un dato que se supone solo se puede revelar *off the record*.

–No lo sabía. ¿Las monjas francesas no eran monjas?

–Habían solicitado ser relevadas de los votos de la congregación pasionista sin renunciar a su misión y su fe. Esto no se dice mucho... No se sabe tanto... Pero la Iglesia lo sabía, y más allá de esto, junto con el Gobierno francés, se jugaron y se comprometieron por ellas para buscar la verdad.

Luego, cuando me disponga a chequear este dato, voy a encontrarme con una coincidencia. El diario *La Nación* del 27 de febrero de 1990, unos meses antes del crimen de María Soledad, titula «La sombra de Astiz llegó con Menem a Francia». Se refiere a que la visita del presidente a ese país, adonde ha ido para buscar inversiones, coincide con la condena de la justicia francesa a Alfredo Astiz (en ausencia y perpetuidad) por su participación en el secuestro y desaparición de las religiosas francesas Léonie Duquet y Alice Domon, mientras que en Argentina continuaba sin ser juzgado gracias a la intervención del presidente de la nación. El diario dice «religiosas». Apenas unos días antes, el excapitán de corbeta Adolfo Scilingo había confirmado ante el Juzgado Federal de San Isidro que las monjas habían sido arrojadas vivas desde un avión de la Armada argentina a las aguas del delta del Tigre, previamente sedadas con pentotal sódico. El diario destacaba que el presidente, ante la evidencia y el dictamen de la justicia francesa, negaba la veracidad de la declaración del militar arrepentido, que había participado de lo que hoy se conoce como «los vuelos de la muerte», y con ello intentaba poner olvido y confusión donde estaba asomando una verdad: «El primer mandatario consideró que Scilingo era "un delincuente que además está preso por defraudación, un mitómano, que no puede molestar en lo más mínimo"».

En 2003, bajo el Gobierno de Néstor Kirchner, el Congreso Nacional anuló las leyes de Punto Final y Obediencia Debida, lo que permitió la reapertura de las causas que finalmente, en 2011, condenaron a Astiz a cadena perpetua e inhabilitación absoluta.

Encuentro documentos que confirman que las hermanas habían pedido la dispensa. Léonie llegó a Buenos Aires en 1949 y Alice en 1966. Alice se había volcado en el trabajo social con los habitantes de las villas miseria de Lugano, donde ella misma vivía en compañía de otra religiosa. Era conocida como la hermana Cathy. En 1974 se marchó al pueblito correntino de Perugorria, donde participó en el desarrollo de las Ligas Agrarias junto a otras religiosas de su congregación. Trabajó como campesina a cambio de un salario mínimo, comida y un lugar para dormir. En 1975 viajó a Francia como representante de su comunidad para participar de una asamblea general en la que afloraron fuertes disidencias. Antes de regresar a nuestro país, efectivamente, solicitó ser relevada de los vínculos jurídicos que la unían a su congregación, lo cual no atenuó en lo más mínimo su vocación de religiosa.

–Ahora, mirá vos hasta dónde llegan las trampas del patriarcado que los militares, además de asesinarlas como las asesinaron, tirándolas al río, en el juicio trataron de cubrirse ensuciándolas. Siempre se ensucia con lo sexual. Cuando el embajador de Francia le preguntaba a Harguindeguy [ministro del Interior de Videla] por el destino de las monjas, él no solo negaba todo sino que consignaba que habían dejado los hábitos y que seguro estaban trabajando como alternadoras en un cabaret de alguna ciudad de un país vecino, Asunción del Paraguay, si mal no recuerdo.

–La categoría «mujer común», sin ningún atenuante, como pudiera ser «la monja de clausura» o «la madre adorada», es un motivo suficiente de sospecha y también de defección.

–Fijate: cuando se hace el juicio a los militares, el represor de la Escuela Mecánica de la Armada, que es donde estuvieron cautivas ellas, el Tigre Acosta, las nombra todo el tiempo como «las mujeres». ¿Te das cuenta?

Me doy cuenta. Al despojarlas de su investidura religiosa buscaba

rebajarlas, no tenían hábito, no tenían uniforme, eran mujeres a secas, objetivos a exterminar.

15

«Los perros están enloquecidos. ¿Qué mierda pasa que hay tanto ruido un domingo a la mañana?, se queja una mujer, recién levantada. Debe ser una gallina muerta, de las que tira seguido la vecina, piensa. Camina hacia el bulto, decide sacarse la duda. Lo que tiene ante sus ojos es el principio sin fin del horror: el cadáver decapitado de un chico de doce años, Ramón González. Ese 8 de octubre de 2006, la madre del gurí flaquito y morochito que tenía el ojito izquierdo defectuoso no pudo reconocer el cuerpo, pero asumió que se trataba de su hijo mayor.»

Así comienza la periodista Silvina Friera su reseña del libro *La misa del diablo* (Tusquets), crónica que Miguel Prenz escribió en 2013, cuando el crimen que llevaba siete años dormido en los juzgados comenzaba a esclarecerse. Fue la misma hermana Pelloni quien se ocupó de conseguirle un lugar donde alojarse para que pudiera avanzar con su investigación. A veces, si es necesario, puede volverse una eficiente productora periodística: consiguió alojamiento en la casa de un matrimonio voluntario de Infancia Robada, donde una tía de la víctima trabajaba como empleada doméstica, y además le dio un consejo útil: «Háblale, acércate, ella algo te va a contar. Cuando desaparece un chico, en la familia, en los amigos de la familia, en los más cercanos, siempre se encuentra alguna clave».

Hacía un tiempo que la hermana venía exigiendo que se investigara la insólita aparición de fetos a los costados de las rutas de las afueras de Mercedes. Según ella, existía un mercado para ritos satánicos con la complicidad de empleados de la morgue, gente de los hospitales y vaya uno a saber quiénes más.

Pienso ahora, y muchos habrán pensado entonces, que tratándose de una religiosa podría estar interfiriendo aquí un prejuicio católico que ve en las devociones populares un error y una competencia. Las autoridades le respondieron: «No hay ningún indicio de una secta

satánica que sacrifique a menores o use fetos de manera sistemática».

–¿Cómo se le ocurrió sospechar semejante cosa?

–Sospechar no. Estaba segura. La gente habla. La gente me cuenta.

Esa negación oficial y sostenida fue una de las razones por las que el crimen de Ramoncito González se mantuvo impune tantos años. La otra razón: los miembros de la secta eran parte de la dirigencia local.

En Mercedes todo el mundo conocía al niño porque era uno de los tantos que pasaban horas en la estación de trenes pidiendo dinero. Muchas veces se los veía durmiendo sobre cartones en el andén. Hasta que un día se los vio menos. Y luego se los vio más limpios, mejor vestidos. A nadie le llamó la atención el cambio hasta mucho después de que se supiera todo. Los habían reclutado como correos proponiéndoles un juego muy sencillo: llevar unas bolsitas de aquí para allá. El premio por cantidad de viajes era a veces plata, a veces ropa y comida, y sobre todo, subir de nivel. Ramoncito era uno entre esa docena de niños que iban y venían repartiendo droga. Cuando el forense revisó el cadáver, consignó: «Cabeza totalmente separada de un corte preciso en el cuello, arriba de las clavículas, que han sido perfectamente seccionadas y separadas con elementos con filo y punta. Ausencia completa de sangre y tejidos blandos en la cabeza».

El caso estaba a punto de archivarse por falta de pruebas y nadie hacía caso a la conexión con los ritos satánicos hasta que el cura de Mercedes convocó una marcha y llamó a la hermana Pelloni.

Entre 2003 y 2006 la habían trasladado nuevamente. Ahora desde Goya hasta Curuzú Cuatiá, muy cerca de Mercedes, siempre en la provincia de Corrientes. Todavía no había organizado la red Infancia Robada, pero ya contaba con recursos para intervenir en casos tan complicados como este. Tenía organizado un grupo de derechos humanos con personería jurídica que funcionaba como una recepción de catástrofes varias. Un día, una denuncia por abuso y al día siguiente, el reclamo por la falta de agua potable en todo un barrio. La hermana iba recorriendo juzgados, ministerios,

organismos, y en cuanto detectaba a alguien con sensibilidad, saberes y agallas, se las arreglaba para invitarlo a la lucha.

En 2006 Ramona tiene catorce años, todos la conocen como Ramonita. Nadie sabe que le encargan que busque niños para sacrificar en rituales. Necesita contar lo que pasó, no solo por el dolor de lo que le ha ocurrido a su amigo, sino para evitar que la ejecuten en el mismo sitio donde lo asesinaron a él. Ha presenciado el ritual conocido como «la misa blanca», pero no hay nadie, no hay amigos, no hay adultos a la redonda, no hay autoridades a las que pueda contarlo. La hermana y la gente de Infancia Robada son las únicas capaces de escuchar sin intimidarla y de protegerla, pero todavía no han aparecido en su horizonte. Ramonita está sola, muerta de miedo. Ella sabe que Ramoncito no estaba originalmente en la lista de víctimas sacrificiales, que fueron el azar y el amor los que lo llevaron allí. Había escuchado desde la puerta de una de las habitaciones donde se reunían los mayores que el jefe del clan iba a «casarse con la niña virgen», Ramonita, para luego sacrificarla en el ritual. Ramoncito enfureció. Adoraba a esa chica. Comenta la gente de por ahí que iba con ella a todas partes y que es muy posible que estuviera experimentando el primer enamoramiento de su vida. Como un héroe de novela pero sin la protección de una ficción ni de nadie, entró de golpe a la habitación y les dijo a los mayores que lo había escuchado todo y que si le hacían algo a Ramonita él los iba a denunciar. Inmediatamente se convirtió en el siguiente.

Fue el cura de Mercedes, amigo de la casa, quien por esos días organizó una marcha exigiendo justicia por el niño asesinado.

Allí fue invitada Martha Pelloni. Estando en la primera fila, le extrañó mucho la irrupción de un hombre que se apuró para colocarse al lado de ella y que se presentó como dueño de un supermercado de la zona y gran defensor de los derechos humanos.

–Me dijo que me ofrecía los recursos que necesitara. Muy comedido. «Cuando la limosna es grande, hasta el santo desconfía», dice el refrán. Resulta que ese tipo resultó ser el capo máximo de la mafia pero, además, era bastante amigo del cura porque como era dueño de un gran supermercado le regalaba pan y alimentos para

que el sacerdote lo repartiera entre los pobres. Esto lo supe después.

Por esos mismos días, un muchacho muy joven se presentó en la parroquia y pidió hablar con la hermana. Era el secretario de la fiscal, que venía a advertirle que tuviera cuidado con cierta gente. Le dio el contacto de la policía de Corrientes que estaba dispuesta a ayudar y le confió que su jefa, la fiscal, cada vez que ordenaba un allanamiento, antes llamaba para avisar que lo iba a hacer.

–Esta fiscal era muy allegada a la Iglesia porque estaba casada con un diácono y, además, era umbanda. Bueno, hicimos un trabajo de hormiga en conjunto con todos los aliados, y al final logramos un allanamiento donde se encontraron fotos de chicos de la zona pinchados con alfileres y fotos de los ritos también. Allí surge el nombre de Ramonita, que era la amiga del nene asesinado y la que seguía en la lista de los sacrificios. Todos conocían a Ramonita. La detectan fácilmente porque ella, desde la primera marcha organizada por el cura, había estado presente pidiendo justicia para su amigo en primera fila. La encuentran y la fiscalía decide, para su seguridad, alojarla en la cárcel del Buen Pastor, una cárcel de mujeres, con monjas encargadas de la seguridad y los cuidados.

–A los dos días me llama el ministro de Justicia para decirme que la monja que dirige la cárcel no quiere que la nena se quede allí ni un día más. Resulta que estaba enloqueciendo a las otras presas. Fuimos hasta allí con Wanda, una abogada buenísima que conocí en el Ministerio de Justicia de Buenos Aires por los derechos humanos. Llegamos a la cárcel y la monja me llama aparte enseguida y me dice: «Mirá, Martha, la primera noche les dijo a las otras muchachas: "Vamos a la terraza a cortar todos los cables de teléfono y televisión". Nos dejaron incomunicadas. Al segundo día les propuso: "Nos vamos a suicidar todas tirándonos de bien alto, la que muere muere..."». Wanda, que escuchó todo esto, se ofreció a hablar con Ramonita. Las dejamos a solas. Antes de comenzar la conversación,

muy hábil, le preguntó qué música le gustaba y ahí mismo salió a comprarle un CD. Le preguntó si quería algo más y después salió a comprarle algunas pinturas para la cara. Fue un gran hallazgo Wanda, muy entradora ella, que se ganó su confianza y consiguió que le contara todos los detalles del crimen y de cómo funcionaba esta organización. Todo esto, además, lo declaró en el juicio.

Esta intervención, esta alta dosis de humanidad desplegada en el trato con una niña que, si bien era claramente una víctima, también había sido disciplinada en las redes de una organización macabra, es, a mi juicio, lo más heroico de todo el trabajo que ha decidido llevar a cabo Martha Pelloni. Si por aquí asoman palabras tan católicas como *piedad* o *compasión*, habrá que agregar que vienen secundadas por una gran inteligencia política. Porque, por ejemplo, todo lo que se sabe de esta historia y de la trama de los ritos satánicos en el país se le debe a este testimonio. Es una información muy valiosa que solo pudo ser obtenida con amor. Las palabras de Ramonita dieron cuenta de un *modus operandi* que ha servido para detectar otros casos similares en otras provincias. Que los hubo, los hay y son muchos. Basta con poner en el buscador las palabras clave junto a Infancia Robada y Martha Pelloni para encontrarlos.

Ramonita contó que después de varias horas, que incluyeron oraciones, quemaduras con cigarrillos y cortes en varias partes del cuerpo, los que participaban de la ceremonia comenzaron a tomar vino en copas a las que les agregaban un líquido rojizo con una jeringa, y mientras bebían uno comenzó a aullar y los demás lo siguieron bailando alrededor del nene, del que abusaron varias veces. Después de matarlo lo pusieron arriba de un círculo negro y anunciaron los nombres de las próximas víctimas. Todas estas acciones quedaron registradas en fotografías que ellos mismos tomaron. Para la etapa final del rito, la secta contrató a un *pai* umbanda de Buenos Aires apodado «el carnicero» por su destreza para descuartizar cuerpos. Cosa que hizo. Ramonita dio nombres de personas muy reconocidas en la ciudad: políticos, funcionarios, candidatos a las próximas elecciones desfilaban en el relato. En su investigación, Miguel Prenz transcribe esas declaraciones: «Ramoncito estaba sentado en un sillón marrón. Estaba medio

boludo y se reía. Le acostaron en una mesa, le sacaron el pantalón, rezaron una alabanza de veneración, le abrieron las piernas y en cada una le pusieron un cosito que parecía una regla azul. Después le inyectaron una inyección en sus partes de abajo, en los testículos; para que no sienta dolor se suponía que era eso. [...] Dani le dio a Ramoncito un vuelo fuerte, rápido, pero no le desprendió del todo la cabeza. No sé si Ramoncito ya estaba muerto, pero ya no hablaba. Le sacaron la cabeza y la pusieron arriba de la hostia negra. El cuerpo quedó saltando. Salía mucha sangre».

La defensa consistió en argumentar que la chica había sido inducida a dar un testimonio con datos escalofriantes para desprestigiar a funcionarios. Como esto no resultó, Ramonita y su hermano estuvieron dos veces a punto de morir en «accidentes de tránsito». Antes de que sucediera un tercero, el caso fue elevado a la Defensoría de Menores. Infancia Robada, que para entonces ya existía, se ocupó de los gastos y del seguimiento del caso.

–La sacamos de ahí y le pedimos al ministro que nos asignara un lugar para tenerla protegida. Nos consiguió una comisaría vieja, desvencijada y perdida en un barrio donde nadie la pudiera encontrar. Nos ocupamos de trasladar a la abuela para que la chica no estuviera sola, y también a su hermano mayor, que resultó que era esquizofrénico. Se sumó al grupo una guardia policial de veinticuatro horas en la puerta. Un desquicio. Una comedia de enredos. El primer mes el ministerio mandaba cajones con comida. Después no mandó nada más y tuvimos que sostenerla nosotros. Íbamos a verla todos los meses. De a poco se fue normalizando, cada vez se fue poniendo más linda, más tranquila.

Recién en 2012, seis años más tarde, se logró un pedido de captura de los acusados y se llegó a la conclusión de que el plan consistía en el cumplimiento con diversos niveles de ofrenda a Satanás, que habían empezado con fetos, como anticipó la hermana, hasta llegar al sacrificio humano.

José Miceli, director del Gabinete de Investigaciones Antropológicas de Corrientes, definió el caso como «un crimen ritual mágico-religioso de culto realizado en carácter de ofrenda», porque aunque la secta no se identificaba con ningún nombre, se regía por

«una cosmovisión que mezclaba satanismo y magia negra, cultos afrobrasileños y creencias populares correntinas, como el Señor de la Muerte. [...] Los participantes tomaron posesión del cuerpo y sometieron el espíritu a través del sufrimiento. [...] El proceso de la muerte fue una ofrenda hecha por el grupo para obtener poder, estableciendo un acuerdo con seres sobrenaturales que pueden manejar el destino». El Tribunal Oral Penal de la tercera circunscripción judicial de Mercedes recibió la denuncia que hizo la monja y luego la convocó también como testigo. Pero su gran hazaña fue llevar la atención más allá del morbo.

–Yo no quería que el tema se quedara en el rito satánico, porque el componente religioso en realidad se usa para atraer a colaboradores que efectivamente creen en estos rituales. Pero los que arman la historia son personajes que los están usando como carnada o como piezas necesarias para diversos tipos de delitos, mucho más terrenales, como el narcotráfico. Por un lado hay un «sí, creemos en esto», pero también eso lo usamos para otra cosa. Descubrimos a políticos y empresarios que financiaban a la gente que intervenía en el rito. Venta de droga a través de sesenta y tres nenas y nenes convertidos en mulas en la ciudad de Mercedes.

–¿Podemos asegurar que existe el tráfico de bebés para estos fines?

–Es así. Se compran bebés no solo como hijos e hijas sino también para rituales. La vez pasada me convocaron para una causa como testigo donde conté cómo le pagaron a una madre para que entregara a un bebé al que luego en un rito violaron y mataron.

–¿Lo declaró en el juicio y además se pudo comprobar?

–Efectivamente. Le sacaron algunos huesitos que guardaban como parte del ritual para tirarlos frente a la casa de personas de Mercedes a las que querían hacer algún daño. El 3 de julio de 2015 se dictó la última sentencia. Los nueve participantes del rito de muerte fueron condenados a cadena perpetua.

–Podemos decir que se hizo justicia.

–Sí, pero no nos olvidemos de que hay todo un grupo de estancieros que manejan el negocio del turismo internacional, además de otros negocios. Hay un lugar que creo que está dentro

de una estancia muy grande de la zona y que se ofrece para el turismo, pero si te fijás, no tiene nada de espectacular, qué gracia tiene ese lugar habría que preguntarse. Y yo te respondo: droga y turismo sexual.

Las pericias realizadas por el Gabinete de Investigaciones Antropológicas confirman que existen también otras zonas rojas en la provincia de Corrientes: Mercedes, Goya, Esquina, la Isla Apipé Grande, Paso de los Libres y otras localidades a orillas del río Uruguay. Este organismo independiente del Estado es el único que investiga en Corrientes esta realidad.

–¿Y Ramonita?

–Todavía sigue protegida. Ya tiene más de treinta años. Hace poco se me apareció en un congreso a saludarme. Estudió para pedicura. No, perdón, para manicura. Muy linda, muy arregladita, vino a darme un beso.

16

Una amiga, Marcela Mora y Araujo, opina que yo debería salir un poco de la ciudad, apreciar la naturaleza. Demasiada computadora, demasiados archivos. Propone un viaje a los Esteros del Iberá. Hace un tiempo que está de moda la zona. Ante mi indiferencia, lee en voz alta la información que le ha mandado la agencia de viajes que acaba de contratar. Si no voy con ella se irá sola, amenaza. «Un parque natural con enormes pantanos, ciénagas y lagunas, un extenso humedal que abarca unos veinte mil kilómetros de Corrientes. Los Esteros del Iberá son un depósito de agua estancada, con una profundidad que varía entre uno y tres metros. En su superficie vive una gran cantidad de plantas acuáticas. Es el segundo humedal más grande del mundo. Las características de los Esteros del Iberá lo convierten en un lugar único en Argentina que merece una visita al menos una vez en la vida.»

A mí se me ocurre que podría aprovechar sus vacaciones para conseguir información para el trabajo que estoy haciendo. No voy a ir a Corrientes, pero irá mi enviada, que además también es periodista. Periodista deportiva, aclara, mientras yo empiezo a preparar una libreta con algunas preguntas para que ella le haga a los vecinos y vecinas de la zona. Es mi método de trabajo. Hice lo mismo cuando escribí la biografía del autor de telenovelas. Otras periodistas y algunas amigas entrevistaron a más de cincuenta actores y actrices llevando mi larga lista de preguntas, que incluía comentarios y repreguntas. No solo me daba vergüenza conversar con las estrellas que en mi infancia había visto en televisión, sino que intentaba evitar el momento de transcribir esas charlas. Escuchar mi voz titubeando, haciendo preguntas fuera de lugar, interrumpiendo justo cuando alguien está por decirme algo importante me produce tanta vergüenza ajena ante esa persona que

soy yo pero no termino de ser yo, que muchas veces abandono el trabajo para no escucharla.

No le gusta la idea, me dice que su intención era alejarse por unos días de la realidad, irse de vacaciones, todo lo contrario de lo que yo le propongo. Contraataco apuntando que la hermana Pelloni ha dicho muchas veces que cerca de donde ella va a ir a pasar una semana avistando pájaros hay lugares donde ahora mismo se venden niños, hay trata de personas y se sigue muriendo gente por la contaminación de aguas y terrenos.

La estoy extorsionando, estoy apelando a su culpa, no sé bien si culpa burguesa o culpa feminista. Yo, cuando la siento, no la sé diferenciar. Me responde que no piensa jugar a la investigadora y mucho menos de casos tan pesados. Le explico que yo solo quiero que averigüe qué significa exactamente «sapucai». Quisiera descubrir por qué una palabra que se refiere a un grito estridente y gutural, tan asociado a lo masculino, se aplica a una figura reconocida por haber iniciado las marchas de silencio, y cuyo mayor don, según lo que he podido comprobar, es el de saber escuchar, muy lejos del alarido. La monja sapucai.

Quiero saber qué significa para los mismos que lo gritan y para quienes lo oyen. No quiero quedarme solo con lo que dicen los libros.

Después del panorama que había imaginado, a Marcela este encargo le resulta bastante divertido, una excusa para comenzar conversaciones con extraños.

Semanas después regresa con la libreta que le di llena de anotaciones, y además, para mi tormento, con aires de que ahora ella lo sabe todo sobre el sapucai.

La lista de definiciones da cuenta de que el significado vuela de boca en boca. No hay contradicciones, pero es evidente que cada informante tiene su diccionario personal. «Sapucai quiere decir que le quema el sonido en los ojos.» Eso le ha dicho el dueño de una

vieja pulpería que queda cerca de una estación de servicio en plena ruta a la cabaña. «¿Palabra? Sapucai no es una palabra..., es otra cosa», rectificó un cliente que escuchó la conversación.

La mayoría de las personas consultadas se asombra ante la pregunta –cosa de porteños preguntar por lo que es obvio– y prefiere el silencio o detenerse en todo lo que el sapucai no es.

Entre las definiciones que mi amiga consideró oportuno consignar yo elijo estas: «Sapucai es algo muy breve, como un canto, como un suspiro, pero no es eso, porque es dicho en voz alta». «Dicen que los primeros que lo lanzaron fueron los indios de acá en los días de eclipse para pedirle a sus dioses que no se acabara el mundo. Pero creo que no es así, sapucai es el grito que va a poder escuchar de un mensú o también de un hachero cuando derriba un árbol, se le suele escuchar también a los pescadores. Pero no se quede con lo que yo le digo, el sapucai tiene muchos significados.» «No. Sapucai es algo muy propio del chamamé. No hay chamamé sin sapucai. Cantando o bailando, grapa de por medio, siempre aparece más de uno que lo larga.» «Sapucai es una manera de conversar entre los que entienden.»

Estas definiciones conseguidas en persona y en el lugar de origen son más poéticas y más precisas, pero no contradicen lo que pone en mi diccionario guaraní: «Grito, pregón y clamor, esencia que acude a soltar un estado de ánimo compartido o no. Soledad de palabras y celebración del goce. Un código que involucra mensajes especiales, un ritual ancestral que contiene arcaicas señales de un idioma que ya casi no se habla».

El escritor y también letrista de canciones José Porfirio Zappa se ocupa del sapucai en su libro *Ñurpi*: «El grito del paisano de Corrientes, tan comentado por apologistas o detractores del tape, es en verdad la expresión que lo muestra de cuerpo y alma, lo desnuda, lo exhibe tal cual es: limpio y tremendo». En el trabajo «Sapucai como arte de la existencia. Modos de "vivir siendo" tarefero en Misiones», la investigadora María Luz Roa propone una descripción técnica del grito: «Es realizado mediante un falsete en el que se imposta la voz desde el paladar blando de la cavidad bucal, estimulando una vibración sonora corporal que transforma el estado

anímico del sujeto [...] [y] permite una apertura para con el otro desde una relación precomunicativa que se podría caracterizar como de sintonía mutua. En la misma, el yo y el tú son experimentados en una presencia vívida compartiendo el flujo de vivencias en el tiempo interior».

Pero el mayor hallazgo, asegura mi amiga, es el testimonio de un hombre que estuvo en la guerra de Malvinas. Él le ha dicho que un compañero suyo salvó a su batallón entero gracias al sapucai. La transcripción de la libreta dice así: «Un grupo de soldados, de un batallón donde la mayoría éramos de Corrientes, había salido de corrida un poco antes de que se hiciera de noche y de que empezaran los cañonazos ingleses. Otros quedamos esperando, así eran los turnos asignados. Pero pasó un tiempo demasiado largo y los soldados nuestros no volvían».

El mar muy cerca con su ruido, que puede resultar enloquecedor, la neblina que crece y el frío que paraliza el cerebro, eso recuerda el excombatiente. No vuelven. Se perdieron. Entre los que quedaban esperando aparece el horror, empiezan a compartir en silencio la negrura de un duelo feroz e improvisado. Nadie se atreve a decir que los chicos están perdidos y que no van a volver nunca, que se los va a tragar la nieve.

«De pronto, de la nada, oímos un acordeón en dos hileras. Alguien estaba tocando un chamamé. Fue uno de los muchachos, que se ve que no aguantó la espera y que salió a la oscuridad a buscar a los demás. Usó un método nuestro que sabe que es cien por ciento efectivo. Al ratito, como respuesta, se oye un sapucai. En la nada, un sapucai y otro sapucai, y otro más. Empiezan a brotar los sapucais como señales de fuego que van ayudando a los perdidos a encontrar el camino. Y vuelven todos.»

Esa misma noche el soldado músico murió alcanzado por las balas de las tropas inglesas. Le digo a Marcela que me parece una tremenda historia, pero temo que sea una leyenda. Ella asegura que su informante no era ningún fabulador y se ofende porque puse en duda su relato: «¿Sería más cierta la historia si la hubieras escuchado vos?». Reconozco que tiene sentido lo que me dice pero,

aun así, busco alguna referencia en las redes. Escribo en el buscador: Sapucai + Islas Malvinas.

En YouTube aparece el teniente general Martín Balza, veterano de Malvinas que estuvo al mando de una unidad integrada por conscriptos que cumplían con el servicio militar obligatorio de la provincia de Corrientes. Es un aniversario de Malvinas. El general Balza muchas veces ha definido esa guerra como un acto criminal, la aventura de una junta militar desprestigiada en el mundo por la violación de los derechos humanos y de un grupo de obsecuentes y aduladores. Ha confirmado también que de cada diez combatientes solo uno era oficial o suboficial, que el resto fueron jóvenes de menos de veinte años que cumplían el servicio militar obligatorio y que apenas habían disparado alguna vez en su vida en un polígono. En su discurso, de pronto, les dedica un párrafo a sus soldados litoraleños. Dice la palabra «sapucai». Balza llora mientras declara: «No los voy a olvidar en mi vida, seguramente los voy a olvidar cuando esté en el Jardín de Paz. Los sapucais de ustedes por la noche mientras hacíamos fuego nosotros y lo recibíamos de los británicos no los voy a olvidar nunca, los tengo en mis oídos hasta el día que me muera, muchísimas gracias».

17

–¿Cómo vivió los años de la dictadura? ¿Dónde estaba usted el 24 de marzo de 1976?

–Aquello me agarró cuando era muy joven, tendría treinta y seis años... De Córdoba me mandaron a Goya como rectora del único colegio católico de la ciudad. Caigo justo cuando los militares empiezan a perseguir a las Ligas Agrarias, el movimiento de campesinos que empezó en Chaco pero que estaba también en Misiones y en Corrientes. Es un momento crucial en la historia argentina, porque de ahí desaparecen las monjas francesas que te conté antes. Yo era muy amiga de Yvonne, que fue la única de ese grupo que se salvó de la muerte, porque se pudo esconder.

Se refiere a Yvonne Pierron, la monja que había llegado a la Argentina enviada por la orden de las Misiones Extranjeras de París en 1955, con diecisiete años. Había sobrevivido a la Segunda Guerra Mundial ocultándose en un sótano con su familia, y para cuando cruzó el océano Atlántico ya era monja y había iniciado los cursos de enfermería. En la Patagonia conoció las opresiones que vivían los mapuches en Neuquén y, desde entonces, siempre estuvo del lado de los indígenas. En Corrientes, como recuerda Pelloni, colaboró con las Ligas Agrarias, uno de los grupos campesinos más fuertes y más castigados por la última dictadura. Fue una de las monjas luego desaparecidas quien le aconsejó que se fuera del país porque la estaban buscando. El Gobierno francés colaboró para que pudiera cruzar la frontera disfrazada de anciana, en silla de ruedas y con pasaporte falso. Regresó para continuar con su defensa de los derechos humanos cuando volvió la democracia. Relató parte de su historia en el libro *Misionera durante la dictadura* y en 2016 participó del documental *Yvonne*, de Marina Rubino.

–Estuvimos en contacto hasta el día de su muerte, éramos amigas. Le decían «la hermana guazú», que en guaraní significa

«grande». Todas ellas eran monjas que trabajaban con los pobres de verdad, hacían misión de campo, ellas eran los verdaderos párrocos. ¿Estaban infiltradas con gente del ERP? Había algunos, es verdad, pero no eran mayoría ni eran las religiosas.

–Como rectora de un colegio católico usted estaría bastante protegida en esos años.

–No fue así. No olvidemos que el arzobispo era monseñor Devoto, que como le había prohibido al ejército que pusiera las armas arriba del altar, trajo mucha persecución. Por mi parte, hice muchos cambios que resultaban sospechosos. Por ejemplo, barrí del colegio a todas las alumnas pupilas. Eran chicas de campo al cuidado de monjas de otra época, tremendamente rígidas, que habían convertido la escuela en un reformatorio. Me pareció que era mejor que estuvieran en casas de familia. Nosotros las seleccionábamos con mucho cuidado y la familia recibía un aporte económico. Al obispo le costó entender, pero al final lo hicimos. Después, donde estaban los dormitorios dije «hagamos un salón de actos», y más tarde agregamos un gimnasio.

–¿Y los fondos?

–Todo a pulmón. Por ejemplo, el locro del 25 de mayo que sigue haciendo la Unión de Padres es famoso, se arman cuadras de cola para comprarlo. Además, todos los años hacíamos concurso de teatro, se representaba una obra por mes y cada escuela se llevaba su recaudación. La entrada servía para el viaje de egresados o para montar la próxima obra. Nos asociamos con el teatro vocacional Candilejas, y nos daban funciones y también talleres de interpretación.

Cada vez que en su relato llega a una escena en la que corrió peligro, se le escapa una risa loca de chica traviesa que ha logrado burlar el castigo con un pase de magia o de ingenio. Ahora se ríe recordando que fue pionera en impulsar un centro de estudiantes donde enseñaban a votar, dirimir conflictos, reclamar derechos.

–Imaginate cómo sería leído ese caldo de cultivo democrático por los militares. Llegamos a hacer asambleas donde los estudiantes votaban cuando nadie podía votar en el país.

Se diría que ese es el combustible que la mantiene tan viva y tan

fuerte: la revancha de haber batido al enemigo con armas de juguete.

–A mí me allanaron el colegio –dice, y le agarra otro ataque de risa–. Vino un militar a revisar la biblioteca. Yo, haciéndome la tranquila, le digo «ningún problema, yo lo acompaño», le digo que revise tranquilo, que acá no hay nada raro. Cuando se está yendo, le regalo la *Populorum Progressio.* –Más risas–. Pero además me di el gusto de hacerle sacar la casaca militar. Le dije: «Usted va a pasar por todas las aulas para llegar a la biblioteca, no quiero que los chicos piensen que acá hay guerrilla, porque acá no hay guerrilla, acá hay gente que piensa, gente que estudia y religiosas que promovemos la paz». Yo sabía que el tipo era dentista en el ejército, así que le dije: «Mejor que le vean esa chaqueta blanca». Y así fue. Pero ahí no terminó la cosa. A la semana viene un subteniente, que hoy está preso, a invitar a los alumnos al cuartel para ver un ciclo de películas del nazismo. Yo le dije: «Disculpe pero para sacar los chicos tengo que explicárselo a los padres. Le recomiendo que invite por afuera y el que quiera ir irá».

–Nunca frontal.

–Frontal sí, nunca hiriente. Él contestó: «Aténgase a las consecuencias», se dio media vuelta y se fue. Te podrás imaginar que me quedé temblando.

–¿Hubo consecuencias?

–Sí. Vinieron dos militares, me hicieron salir de la dirección y hablar por teléfono con otro. Ese otro me dijo que me buscara un abogado. Me habían denunciado. Era yo una subversiva.

De pronto recuerda algo más, se mata de risa antes de contármelo.

–También hacíamos concursos de oratoria donde dos equipos se presentaban en contra y a favor de algo que fuera de interés de las estudiantes. En el concurso sobre el aborto, qué te parece que ganó el aborto.

La risa ya se ha vuelto contagiosa. Nos reímos las dos.

–Hubo que felicitar a la oradora porque el argumento, la postura, la convicción fueron superiores.

–No puedo imaginar a una monja rectora de un colegio católico

aplaudiendo un argumento a favor del aborto. Tampoco puedo olvidar que cuando se discutía en el Congreso la salida de esa ley, usted salió en los medios a pronunciarse en contra.

–La felicitamos porque había sido muchísimo mejor. Yo, por supuesto, después tuve que dar un cierre y lo hice tratando de presentar dos o tres aspectos fundamentales de nuestros valores, pero breve, tratando de no menoscabar a la alumna, porque ella había ganado.

–¿Cómo terminó aquella acusación? ¿De qué la acusaban?

–Lo que pasó fue que en plena guerra de Malvinas yo había pegado un cartel en el pizarrón que decía: CON LO QUE CUESTAN LOS AVIONES PUCARÁ PODEMOS CURAR A TODOS LOS ENFERMOS DE LEPRA QUE TENEMOS EN CORRIENTES. En Corrientes había entonces un leprosario. Además, había estado yendo curso por curso haciendo razonar a las alumnas, preguntándoles: «¿Qué país piensan ustedes que nos va a vender mejores armas que a los ingleses? Tenemos perdida esta guerra, chicas, ¿quién nos va a apoyar?». Las alumnas quedaban convencidas y después seguramente lo comentaban en sus casas. Y en esas casas había de todo. A las diez de la noche suena el timbre. Imaginate el susto que me pegué. Uno de los dos que habían estado en el colegio más temprano me traía un sobre: «Mire, hermana, aquí le traigo los nombres de las que la denunciaron. Cuídese de mi compañero porque es servicio de inteligencia en el área educación. Hago esto porque tengo un hijo que no hizo nada y me lo llevaron, está preso». Casi me caigo redonda.

–¿Quién la había denunciado?

–Cuando vi quiénes eran, se me vino el alma al piso. No voy a dar los nombres porque me los guardé siempre. Lo que te puedo decir es que fueron dos alumnas buenísimas de una familia buenísima. Lo que yo deduzco es que este tipo se había infiltrado en las reuniones de la casa, pensemos que era un pueblo chico, con relaciones fuertes entre gente de un mismo estrato social, y aprovechándose de esa familiaridad les había sacado información a las nenas, que eran muy inocentes.

–¿Cómo terminó la denuncia?

–El hermano Septimio me puso un abogado, me fui a Buenos Aires

y cuando faltaban quince días para presentarme, perdimos la guerra. Se terminó la denuncia. Todo el mundo se enteró de lo que era Galtieri, un borracho y todo lo que ya sabemos.

Le cuento lo que dijo el general Balza sobre el sapucai y los jóvenes correntinos, y ya no ríe. Hasta que termine la entrevista no va a reírse más; me pide que, por favor, ponga a esos soldados en el libro que voy a escribir.

–Nosotros perdimos cuatrocientos chicos en Corrientes. Me acuerdo ahora de uno, muy alto y muy flaco, un gringo, muy de campo, hijo de gente rica, que lo llevaron porque le había tocado la conscripción. Allá lo pusieron como encargado de manejar una moto Honda sobre la nieve para ir desde el cuartel hasta la línea de fuego llevando la olla gigante con comida. Cada dos por tres la moto se le hundía y él se quedaba solo en el medio de la nada, tratando de salir. Supimos por la familia que en la guerra los chicos comían las vísceras de los pájaros que lograban matar con las armas que les habían dado. Ponelo esto, porque es verdad y yo lo viví. Recuerdo a toda la gente del pueblo en la calle aplaudiendo el desfile militar cuando despedían a los chicos que se iban a esa guerra. Y yo, persiana baja, llorando. Luego, llego a Buenos Aires y me encuentro con las hermanas que aplaudían cada vez que se caía un avión inglés. Yo buscando abogado sin poder contarle nada a nadie, sin poder tragar la comida y pensando en la plata que me iba a costar eso, de dónde la iba a sacar. Me acuerdo y me duele.

La segunda pregunta que le había encargado a mi corresponsal en los Esteros era la siguiente: «¿Conoce usted a la hermana Martha Pelloni?».

Los muy jóvenes dicen que no. Los más grandes, hombres y mujeres, responden como si se tratara de un pájaro o una flor autóctona... «La Pelloni, claro que sí, la monja sapucai.»

«Nadie sabe qué es un sapucai hasta que lo grita», respondió un

tarefero que no quiso decir más. Quizás sea esta la definición más ajustada.

18

Año 2015. Ciudad de Concordia, provincia de Entre Ríos. Mediodía. Congreso Binacional de Sensibilización y Fortalecimiento Institucional frente a la Trata, Tráfico, Violencia de Género, Abuso, Explotación Sexual de Niños/as y Adolescentes. La hermana Pelloni es una de las oradoras. Para luego de su charla ha reservado una sorpresa. Una bomba. Sabe que el público está formado por docentes, abogadas y periodistas de todo el país. Agradece los aplausos e invita a una mujer a que suba al escenario. «Preséntate, decí quien sos y contá todo tal cual ocurrió», indicó la monja a la mujer que unas horas atrás le había contado su historia.

«Soy Cristina Escobar, mamá de Sofía. Mi hija salía a bailar al boliche los fines de semana. Por la rebeldía propia de la edad, se quedaba en casa de las amigas. El domingo a las 6 de la mañana, si veía que ella no regresaba, yo siempre empezaba a averiguar dónde estaba y la encontraba. [...] Empiezo a averiguar, averiguar, y me dicen que no sabían.»

No es el testimonio de una mujer que busca a su hija víctima de la trata. Es el relato detallado de cómo logró recuperarla. La señora ya había recorrido radios y redacciones contando la persecución que estaba sufriendo sin lograr ningún interés en la audiencia ni gran repercusión en los medios locales. Un caso que había terminado bien. ¿Cuál era la noticia?

«Mi hija me comentó que yendo al boliche conoció a un señor, de apellido Alfonzo, y que le ofreció para ser promotora del boliche. Yo le digo "Sofi, tené cuidado, no quiero que trabajes en eso", porque ella tiene un bebé de un año y seis meses que ahora está a cargo mío. Tenemos necesidades. Yo estoy separada. [...] Me decían que no me meta a buscar a mi hija porque estaba en un lugar muy pesado. Pasó una semana y yo me desesperaba. Investigo, hasta que llega una persona y me dice: "Yo sé que vos estás buscando a

tu hija. Es muy feo adonde vos te vas a meter. ¿Estás dispuesta?". "Es mi hija, yo necesito buscarla", le dije. "¿Adónde te puedo ubicar?", me pregunta. Le digo: "En mi trabajo (soy ordenanza en una escuela), en la parada de colectivo donde lo tomo todos los días o en mi casa". Yo pensé que nunca más sabría de esta persona. Pasan dos días, tres días, tomo el colectivo y viene una persona y me dice: "¿Vos sos Cristina Escobar? Tengo los datos para tu hija. Pero ya movete. Te quedan dos días. A tu hija te la matan o te la venden".»

La madre se presenta en la Comisaría del Menor y los policías acceden a acompañarla al lugar que ella señala previa denuncia y luego de que un juez avale la acción.

«Toca el portero eléctrico el policía, sale el hombre. Cuando lo veo –porque el instinto de madre es algo inexplicable– a mí me pegó en el pecho algo, yo lo vi como un monstruo. El oficial le dice que estaba buscando a una menor, Sofía Siandra. "Sí, está aquí", contesta. Yo pensé: "Gracias a Dios que mi hija está viva".

»Vuelve, cierra la puerta, no tardó ni dos segundos, abre la puerta, sale él y ella venía detrás. Cuando veo a mi hija, la veo teñida, el semblante totalmente horrible, las ojeras todas negras, de un tono marrón oscuro, por efecto de las drogas. Con un pantaloncito. Tenía de la ingle hasta la rodilla todo negro, un hematoma. Tengo fotos. Era un hematoma negro, negro, bien como un huevo, con algo redondo, amarillo. El oficial le pregunta por qué tenía a una menor. "Es mi empleada doméstica y yo le pago cien pesos por día", le dice. Mi hija gira y lo mira como reprochándole "qué estás diciendo". Me doy cuenta de que él está mintiendo. El oficial le dice que firme la notificación de que la menor estaba ahí. Firma y mi hija sube al auto. No sabía que yo estaba en el auto. Mi hija me mira, yo la miro, no le dije ni hola, nada, porque a mí me pareció que era lo correcto, porque uno no sabe cómo debe tratar a una persona en un momento así, si me quería como madre o no me quería. Por eso preferí el silencio.»

La señora habló durante veinte minutos. Al día siguiente los titulares de los diarios locales y nacionales se hicieron eco de lo que había pasado en esa sala: «Momentos de extrema tensión se

vivieron este viernes en el colmado salón de actos durante el Congreso Contra la Trata». Esa tensión había sido idea y obra de la hermana Pelloni. Ella se ocupó de que el discurso de la madre se transcribiera tal cual fue dicho y así, completo, es posible encontrarlo online, ya que cada oración recorre un circuito que va desde el reclutamiento hasta el encubrimiento a gran escala. Leyéndolo ahora, y escuchándolo entonces, es posible comenzar a comprender la complejidad de lo que se supone que es la trata. Luego del escándalo fue inevitable la intervención de la justicia, que pudo comprobar que en el momento del rescate en el departamento del locutor también había allí una enfermera, celadora de un hogar del Consejo Provincial del Niño, el Adolescente y la Familia (COPNAF). Esa mujer había conocido a Sofía durante su residencia en un hogar donde le habían dado refugio luego de un conflicto familiar.

La gran intervención de la hermana Pelloni es sacar a la luz un delito que iba a quedar encubierto, politizar y darle trascendencia nacional a un hecho que habría quedado en el marco de lo privado incluso si los delincuentes hubiesen decidido acallar a madre e hija con sus métodos. Producto de las investigaciones que siguieron, se comprobó que el que tenía en su casa a la chica era el encargado de organizar fiestas privadas donde se proveía de adolescentes a poderosos hombres del ámbito político y empresarial. Entre ellos resonaron varios apellidos reconocidos de la provincia de Entre Ríos. Sus nombres figuran en todas las notas periodísticas que salieron por aquellos días.

«Nos vamos hasta la Comisaría del Menor. Para eso ya estaba esperando una psicóloga de la comisaría, y le dice: "Sofía, ¿qué te pasó?". [...] Entonces se larga a llorar sobre mí y dice: "Me tenía encerrada, secuestrada, me drogaba y me pegaba". Le levantamos la remera y en toda una parte tenía hematomas, la parte de la cola, más el hematoma de la pierna, que fue producto de un día en que ella se quiso escapar y que el hombre este la atropella con la motocross, a ella y a otra chica. [...] Vienen dos psicólogas y la entrevistan a ella en privado. Vuelven y me dicen: "Su hija acaba de contar cosas, ¿usted sabe? [...] Ahora ella tiene amenaza de muerte: ella, usted y el bebé", me dicen. El fiscal me dice que le habían

hecho la cámara Gesell a las diez de la mañana y yo le digo que me acababa de enterar porque venía del COPNAF. "¿Por qué le hizo eso sin autorización mía?", le pregunté. "A nosotros nos corresponde." Y agrega: "Su hija nombra a personas muy poderosas acá en Concordia, está el hijo del gobernador, el senador y el jefe del COPNAF donde está ahora internada". Entonces yo le pregunto: "¿Qué me quiere decir con eso?". "Señora, no se da cuenta de contra quienes está queriendo luchar", me dice.»

Al relato del rescate le seguía el relato de la trama del encubrimiento. Una madre desesperada, una chica completamente vulnerable, ambas a merced de una maquinaria dispuesta para amedrentar y encubrir.

Lo que ocurrió el viernes 8 de junio de 2015 en aquel congreso poblado de periodistas y testigos representa una estrategia atípica en relación con los otros casos en los que intervino. Sobre todo, porque el caso estaba aparentemente resuelto cuando ella llega. Y, para terminar, quedó durante mucho tiempo sola, acusada, no solo por los culpables sino también por las mismas víctimas, de farsante.

Hubo juicio. La hermana declaró como testigo secundario y nombró a todos los personajes que la madre de la joven le había nombrado a ella la primera vez. Pero en noviembre de 2015, Cristina Escobar se despega de las denuncias que tocaban al poder político: «Es Martha Pelloni la que debe hacerse cargo de lo que dijo». Entonces Martha Pelloni denuncia públicamente que han comprado el silencio de la madre: «Lo que sí sé es que la compraron a la señora, la hicieron desdecirse, y la nena no está en el país». Por fin, en 2017, detienen al hombre que tenía en su casa a la menor y recibe una condena de diez años. El resto de los nombrados siguen su carrera política en ascenso. Un preso contra muchos responsables libres. La monja quedó sola. Al poco tiempo, la retiraron de Goya. Se despidió de Corrientes como se había despedido de Catamarca años atrás.

19

Mucho tiempo después, el 27 de noviembre de 2019, con veintiún años cumplidos y viviendo lejos de su país, Sofía contó en exclusiva para el programa *Cuestión de Fondo* (Canal 9 Litoral) su versión de la historia: «A los trece años comencé a trabajar con Alfonzo en el boliche que él tenía en Concordia. Después de unos meses, cuando cumplí los catorce, quedo embarazada de un novio. Durante esos meses estuve tranquila, como quien dice, hasta que nace mi hijo. Me separo del padre cuando cumplió dos meses y comienzo a salir de nuevo con mis amigas. Ya tenía quince años. [...] Volví a trabajar de nuevo. A los dos meses de estar trabajando con él, resulta que me ofrece ir al departamento. Y ahí comienza. Durante un tiempo todo fue muy bien, pero luego se trastornó en un infierno. [...] Ellos sabían que yo era menor porque ellos mismos me preguntaban la edad y les decía que tenía quince años. Nos obligaban a tener sexo con ellos, por dinero, y nos hacían tomar cocaína y alcohol con ellos en cada encuentro», dijo en el reportaje.

En esa ocasión pronunció los nombres que hasta el momento solo había pronunciado la monja ante el Tribunal Oral Federal de Paraná. Confirmó que políticos y empresarios de Concordia que ella conocía eran consumidores sexuales de niñas con la complicidad de funcionarios de Minoridad. También mencionó las presiones que siguió recibiendo de los altos funcionarios del Gobierno a los que ella había acusado hasta que decidió exiliarse. Su declaración sigue disponible en la red. Su relato da cuenta de la vulnerabilidad que los depredadores detectan en sus posibles víctimas y de la sensación de voluntad propia con la que entran engañadas.

«El Estado no me brindó ninguna ayuda. Para mí, el único psicólogo en ese momento fue mi abogado; una persona que me trajo el abogado y que era psicóloga social, que trabajaba en la cárcel. Si hoy estoy, es gracias a ella. Durante esos dos meses de

toda la locura del juicio salíamos a caminar, iba todos los días a mi casa, conversaba conmigo.»

El periodista le pregunta si ha seguido en contacto con la hermana y ella responde que sí, que le escribió hace unos días, que le contó que siempre la estuvo buscando.

«Me dejó su número para que me comunique y por WhatsApp le contesté dándole las gracias por haberse ocupado y defendido en su momento. Pienso que, gracias a ella y a parte de la prensa, la causa se dio a conocer; y caso contrario hubiera estado todo muy tapado hasta el día de hoy. Y la hermana Martha Pelloni es un amor de persona, siempre está mandándome mensajitos y preguntando cómo estoy y cómo está mi hijo y mi familia; me dice que me quiere mucho.»

20

«Sapucai es una mujer valiente y cazadora que cierto día se perdió por los esteros o por las selvas pobladas de fieras y nunca más se supo de ella. Desde entonces, y especialmente cuando amenaza con largarse una tormenta, los viajeros que cruzan la noche suelen oír con toda claridad el grito desesperado de una mujer. Parece que es el espíritu errante de la cazadora perdida. *Sapucai* es gritar, pedir socorro o auxilio. Pero también es resistir, esperando el momento preciso para dar el grito.» Eso dice la leyenda guaraní. Y yo le creo.

2
Génesis: el caso María Soledad

21

–¿Y alguna vez Dios le respondió?

Esta pregunta suena más impertinente que las anteriores, sobre todo viniendo de un ateísmo recién confeso. Sinceramente, no sé qué me pasa, en los primeros minutos de nuestro encuentro he hecho comentarios que me había prometido no hacer o que reservaba para cuando se produjera una mínima confianza. Nunca llegaremos a esa confianza, y comienzo a sospechar que mi entrevistada esconde un raro poder: logra sacarte lo que estás pensando, lo que no estás dispuesta a decir. Sin embargo, mi pregunta funciona como una contraseña correcta y ahora ella se dispone a revelarme el big bang –o génesis– de toda esta historia.

–Jesús me respondió, claro que sí. Un día, era verano, y me acuerdo porque era uno de esos días con un calor tremendo. De la noche a la mañana, me aparece un bulto acá. Era un tumor. Cáncer de mama. El médico un poco que me retó... ¿Cómo no me había dado cuenta antes? Al tacto se notaba...

¿Las monjas no se palpan, no se tocan aunque más no sea por prevención? ¿Creerán que como no hay pecado no puede haber enfermedad que ataque aquello que la sexología de su época clasificaba como «zonas erógenas»? En la investigación de Sonia Budassi, una exmonja responde a esta misma pregunta: «Es que yo no tenía ni idea de qué era que me tocaran la espalda. En la comunidad había mucha represión sobre eso. Aunque había mucha exposición no se hablaba. Una vez fui a plantear que había soñado algo..., qué sé yo. Era muy ingenua, yo no sabía qué era la masturbación ni que las mujeres pudieran masturbarse».

¿Las monjas se tocan entre ellas? ¿Las monjas se masturban y se confiesan? El papa Francisco les ha dicho a los sacerdotes que deben perdonarlo todo en la confesión. En estas cosas voy pensando mientras ella va recordando el momento en que le dan la noticia.

Pero no lo digo en voz alta. Y ella no adivina mis pensamientos. Me alivia saber que, si tiene poderes, no son para tanto.

–El médico me dijo que había que operar de urgencia. Y ahí me quedé internada en un hospital de una zona muy humilde. Es el hospital Diego Thompson de San Martín, provincia de Buenos Aires. Ahí atendían mis hermanitas y yo era una enferma más en la sala. Eso me encantaba, poder estar en contacto con las enfermeras, con las otras operadas y después, cuando salí, pedir los turnos como cualquier vecino.

–Y entonces ¿fue ahí que Dios le contestó?

–Estando internada me puse a rezar. Recuerdo que mirando el crucifijo que había en la pared del hospital le dije a Cristo: «No quiero morirme ahora. Por favor, quiero vivir. Mirá, hagamos así: si vos me regalás la vida, yo te prometo que no la voy a desperdiciar, la voy a hacer valer, voy a luchar por la justicia cada minuto que me des». A los ocho meses de la cirugía, ya completamente recuperada, mi congregación me destina a la provincia de Catamarca como rectora del colegio del Carmen y San José. ¿Te das cuenta? Es la escuela donde estudiaba María Soledad. A los cuatro meses la mataron. Es así, yo hice un canje con Dios, y él se cobró enseguida lo que me había dado.

Acá se produce un silencio. Por mi parte, no sé qué agregar. Y ella, por la suya, comprende que es el momento de cerrar lo que había quedado abierto:

–Y no. No tuve miedo de que me mataran. ¿Sabes por qué? Porque cuando una decide lo que tiene que hacer, hay que hacerlo.

22

El 10 de septiembre de 1990 el cadáver de María Soledad Morales fue arrojado en una zanja al costado de un camino muy transitado, la ruta provincial 38, zona conocida como Parque Daza, muy cerca de los puentes que cruzan Río del Valle, a siete kilómetros del centro. Este lugar, que también aparece en las crónicas de la época nombrado como «chiquero», quedaba a solo novecientos metros de la casa de la familia Morales.

Dejarlo allí tenía como propósito que lo encontraran rápido y que «el cuerpo hablara» –como dicen los forenses– y contara una historia capaz de encubrir a los mismos que lo habían dejado allí. Que el cuerpo mintiera.

Lo encontraron tres obreros de vialidad en la mañana del mismo día. La desfiguración del rostro y la brutalidad de aquel cuerpo destrozado iban a permitir encuadrar el crimen en la figura del ajuste de cuentas entre narcotraficantes, o en la consecuencia monstruosa de algún rito satánico. También se habló de un crimen pasional. Le habían destrozado la cara con una piedra que seguía tirada al lado del cuerpo y que nadie se ocupó de retirar ni siquiera pasados unos días. La mandíbula fracturada en tres partes, faltaba un ojo, no tenía dientes y habían diseccionado la piel de uno de los brazos posiblemente con el fin de ocultar que había recibido tratamiento intravenoso para inyectarle más droga. Fue apenas una pequeña cicatriz en la muñeca izquierda lo que permitió que su papá la reconociera en la morgue. Las pericias comprobaron que todas las heridas fueron *post mortem*.

El alegato final del fiscal Gustavo Taranto en el segundo juicio –que se llevó a cabo ocho años después del día del crimen y un año luego de que el anterior quedara anulado por fraudulento– comenzaba haciendo una alusión al concepto forense del cuerpo

parlante: «María Soledad nos dice "me drogaron y yo no quería"... Y yo le creo».

Para entonces, la audiencia que miraba todo en sus televisores estaba instruida en jerga judicial gracias a esas series americanas protagonizadas por policías de la sección de homicidios y abogados expertos en cuestiones de género –como *La ley y el orden*–, donde el cadáver se respeta como a un colaborador esencial, una prueba que puede ser utilizada en el juicio. Pero, además, la opinión pública tenía presente el trabajo de la patología forense en el análisis de los restos de las víctimas del terrorismo de Estado durante la última dictadura. Había ingresado en nuestras conciencias el potencial científico para determinar las identidades de personas desaparecidas y de los más de cuatrocientos niños y niñas nacidos en cautiverio y apropiados por extraños.

Todo esto está latiendo en las palabras del fiscal, pero, además, cuando hace expresa su confianza en la víctima, lo hace hablando un lenguaje que llega desde el futuro, una sensibilidad de género que treinta años después las luchas y movilizaciones feministas condensarán en el lema: «Yo te creo, hermana» en la Argentina y «Hermana, yo sí te creo» en España. El fiscal no solo tiene pruebas suficientes, sino que elige escuchar. Y escuchar, aquí, es una forma de creer. Este voto de confianza hacia la probable víctima, que muchos hoy pretenden traducir como prepotencia militante, es una expresión de la perspectiva de género que la misma Iglesia ha querido aviesamente confundir con ese invento conceptual que denomina, junto con las extremas derechas, «ideología de género».

Como señala Laura Redondo, psicóloga jurídica y forense de la Universidad de Vigo: «La traducción de ese sentir social al lenguaje legal no habla de credibilidad sino de perspectiva de género. "Hermana, yo te creo" es la exigencia de una mejora en el sistema legal para evitar, por un lado, la tendencia a culpabilizar a la víctima de haber sufrido la agresión, y por otro, facilitar el proceso de investigación, ya que un testimonio recabado bajo presiones psicológicas, como lo es realizando preguntas de contenido acusatorio, merma la longitud y riqueza del relato. De la misma manera que una persona acusada es inocente hasta que se

demuestre lo contrario, una persona que dice ser víctima también ha de ser tratada como tal. La probabilidad de que un delito quede impune porque no puede probarse la veracidad de un testimonio es mucho mayor que la probabilidad de que un inocente sea condenado por un testimonio falso. Porque toda acusación ha de probarse y se ha de preservar toda garantía legal».

Dijo el fiscal: «María Soledad nos dice "me drogaron, y yo no quería"... Y yo le creo. Nos dice "me violaron, y yo no quería"... Y yo le creo. Nos dice "esa persona me golpeó y tragué mi propia sangre"... Y yo le creo. Porque María Soledad no tiene razones para mentir».

El fiscal «cree» a partir de una lectura de pruebas. No «cree» como tantas personas creen en Dios. El verbo *creer* en esta escena hace referencia a todas las situaciones en las que, frente a la evidencia empírica, la justicia decidió no escuchar.

Entre los principales sospechosos estaban Guillermo Luque (hijo del diputado nacional Ángel Luque), Pablo y Diego Jalil (sobrinos del intendente de la capital José Jalil) y Miguel Ángel Ferreyra (hijo del jefe de la policía local). La prensa los llamó «los hijos del poder», y el suceso pasó a considerarse el primer caso notorio de sumisión química y sumisión sexual en la Argentina.

23

–¿Usted la llegó a conocer? Imagino que una rectora de un colegio tan grande, con apenas cuatro meses en su escritorio y en una provincia nueva, difícil que conociera a todo el alumnado. Y me da curiosidad. ¿Qué clase de directora era usted?

–Te lo digo en correntino: yo siempre fui una directora muy *enchamigada* con la juventud. Jamás en la vida tuve un problema de disciplina. Mi oreja siempre estaba dispuesta a escuchar.

–¿Tuvo algún otro momento difícil antes del crimen de María Soledad?

–Recuerdo un año en que quedaron embarazadas cinco niñas de quinto curso. Yo no sabía qué hacer, y mucho menos cómo hablarles a los padres. Pensemos que era una época en la que un embarazo era un escándalo y mucho más en el contexto nuestro, un colegio religioso. Pero lo pudimos llevar adelante. Los dramas de los adolescentes siempre han sido el motor de mi lucha. Me gusta escucharlas, me resulta sencillo conectar con ellas. Con los años fui cambiando el foco, que pasó al tema de las drogas. Y ahora es el cambio de sexo. Nada me sorprende, y estoy convencida de que todo puede tratarse desde la escuela si lo apuntalamos con un buen gabinete. O si es un problema más complejo, con una red.

–¿Cambio de sexo?

–El otro día, en un foro, levantó la mano una muchacha que estaba con una nena más chiquita, pidió hablar y dijo: «Yo soy transexual». Y contó la discriminación que sufría. Cuando terminó fui a felicitarla por el valor de compartir su historia más allá de lo que los que estaban ahí pudieran decir o pensar. Me contó que la nena era su hermanita; «Ella nació mujer», me dijo. Cuántos padres son egoístas y no dejan a sus hijos relacionarse con otros, según con quién o discriminando, y los frustran. Quiero abrir la cabeza de los padres, de los educadores, porque en el aula podemos cometer

errores fuertes cuando no tenemos en cuenta a todos. Tener en cuenta al otro es muy importante, yo soy con el otro y en el otro.

–¿A toda esta experiencia como docente atribuye su rol en Catamarca?

–No. Lo de María Soledad tuvo otra dimensión, porque antes, por más graves que fueran los problemas, eran una influencia de puertas adentro.

–¿Descubrió algo nuevo de usted misma en aquellos días?

–Sí. Mi facilidad para hablar con los medios y mi comunicación con la gente que me traía información. Tuve un careo con mucha gente poderosa que denuncié y la verdad es que allí descubrí que nunca perdía la calma para expresar lo que era necesario comunicar. No habría existido el caso María Soledad sin los medios que vinieron a cubrirlo y que apoyaron la búsqueda de la verdad. Y eso que me trataron de mentirosa, de farsante, de comprada. Fue un descubrimiento para mí. No sabía que tenía esa facilidad.

–Le preguntaba antes si al recibir la noticia de la desaparición, usted recordaba quién era ella.

–Fijate que sí porque tengo presente el día de un cierre de ciclo. Yo saludé por micrófono al alumnado y noté que de golpe ingresó una chica corriendo, atravesó el salón como una laucha, era ella, que se había hecho la rabona para ir a decorar el boliche donde se haría la fiesta. La reconocí porque días antes habíamos ido a hacer un retiro espiritual y como me quedaba de paso la zona de Las Chacras, que es donde ella vivía, la alcancé en mi auto. Hablamos mucho por el camino, cuando ocurrió su muerte no lo podía creer.

–Ella estaba enamorada de Luis Tula, ese tipo doce años mayor que ella, el que finalmente fue condenado a nueve años por haberla entregado. Usted muchas veces ha puesto en duda esa relación. Pero según he leído en una nota de *Clarín*, una de sus amigas, Marilyn Varela, cuando se cumplieron treinta y tres años del crimen, contó que Soledad esa misma noche les había confesado que estaba enamorada, que sufría por esa relación. Él estaba casado y lo había ocultado.

–Lo que pasa es que en aquel momento se dijo «enamorada» muy livianamente, y con eso se quería decir mucho más.

–¿Mucho más?

–No te olvides de que pasaron por todas partes el diario íntimo de la nena. Se dijeron cosas tendientes a mostrar a una mujer fatal, cuando era una nena que no había tenido novios antes. Se había llevado una sola materia en tercer año y la había rendido. Una inocencia increíble. Las mismas compañeritas tuvieron que salir a defenderla ante fiscales y jueces en el juicio donde ellos las presionaban.

La crónica que publica el diario *Página/12* cuando se cumplen diez años del femicidio retoma escenas del juicio y confirma lo que la monja me está diciendo: «"María Soledad no subiría jamás al coche de un desconocido", sostuvieron en forma inequívoca las testigos Marisa Tula, María Eugenia Carrizo, Andrea Falcón y Mónica Vildoza. Las cuatro jóvenes rechazaron una y otra vez los embates de la defensa de Luque y del fiscal, ávidos por saber si la víctima era promiscua, tomaba alcohol o consumía drogas. "Sole habría sido incapaz de hacer esas cosas", repitieron hasta el hartazgo».

A eso de las tres y media de la mañana María Soledad sale del local Le Feu Rouge, donde había terminado la fiesta destinada a recolectar fondos para cinco chicas que no podían costearse el viaje de egresadas, entre ellas la misma María Soledad. La escena, reconstruida en el juicio, la ubica parada en una esquina –ese lugar donde el imaginario ubica la perdición y a las perdidas– cuando de pronto aparece el auto de Luis Tula.

La hermana declaró en el juicio armando un rompecabezas con los testimonios de todas las personas que se habían acercado a contarle lo que sabían: María Soledad murió en una fiesta en la casa de Ángel Luque, organizada por Guillermo, su hijo. Alguien vio el auto de Tula escoltado por otros más que se dirigían a una disco, entre ellos el de Arnaldito Saadi, sobrino del gobernador. Cinco testigos declararon haberlo visto entrando con la joven a la *discoteque* Clivus, donde la presentó a un grupo de hijos de funcionarios y de jefes policiales. Luego salieron de allí con la muchacha, que parecía mareada.

Luis Tula pretendió negar su participación en la escena con el siguiente argumento: No iba a subir a su auto a alguien que oliera a pescado. Dijo haberse sentido asqueado por el olor que emanaba la

chica. El acusado confía en que la alusión a lo hediondo del deseo femenino lo exculpe de haberla ofrecido como botín. El olor de una sexualidad desatada y sucia será más poderoso que el testimonio de los testigos.

En diversos trabajos que analizaron el caso desde el punto de vista lingüístico se observa que Martha Pelloni, cuando habla con los medios, se refiere a la víctima como «la nena», y que sus compañeras la nombran como «la Sole», como un modo de revertir esa imagen de adulta ninfómana. Sigue llamándola así en el transcurso de nuestra conversación, del mismo modo que seguiremos nombrando a las monjas asesinadas por la dictadura como «las monjas francesas», no por error ni por mendigar empatía.

Algo de este orden afirman Marcelo Bergman y Mónica Szurmuk en su trabajo «Memoria, cuerpo y silencio: el caso María Soledad y la demanda de ciudadanía en la Argentina de los noventa»: «La paradoja intrínseca en la notoriedad de María Soledad –ella quería ser una modelo rica y famosa, y adquirió la fama después de un asesinato brutal– es el germen mismo de la práctica de la resistencia que siguió después de su muerte. La difusión del diario íntimo presentaba a una adolescente preocupada por la belleza y el éxito financiero. Sus ejemplos a seguir eran las modelos de Buenos Aires a quienes ella veía en televisión, no la monja tenaz que dirigió la lucha para aclarar su asesinato, o su madre criando siete hijos en una situación de carencia. María Soledad se volvió una mártir no porque fuera virgen, o porque fuera una adolescente excepcional, sino porque su homicidio simbolizaba un tipo de violencia e impunidad que las Madres de Plaza de Mayo ya habían enseñado a reconocer. Y en su crítica sobre la élite política, los manifestantes también peleaban contra la pobreza, la corrupción política, el narcotráfico y contra esa brecha cada vez mayor entre ricos y pobres».

–¿Encandilada con Tula? ¡Por favor! Tenía diecisiete años.

–Es la misma edad en la que leí que usted dijo haber sentido el primer llamado de Dios...

24

–¿Votos?

–El basamento de mi vida tiene cuatro pilares: fe, sensibilidad, austeridad y disciplina.

–¿Esos son los votos?

–Castidad. Obediencia. Pobreza.

–¿Cuál le cuesta más?

–¡Obediencia!

–¿Y el de pobreza?

–Ese es buenísimo porque te hace desnudarte y tomar conciencia real de que hoy estás aquí y mañana allá. Fueron años muy duros. Durante Catamarca y después, lloré mucho mi destino. Fijate que a lo largo de dos años enteros no había hecho otra cosa que hablar de María Soledad. Y de golpe, a Goya. Pero siempre tuve la conciencia de que Dios me había puesto en ese lugar, aunque yo no lo pudiera entender. El voto de la obediencia me guía, sé que tengo que aceptar lo que Dios permite, no lo que yo quiero. De todas maneras, te confieso que esto de María Soledad me pasó cuando yo tenía cincuenta años, si me hubiera pasado a los veinticinco capaz que me mando a mudar.

–¿Cuándo decidió salir y explicarle a la prensa todo lo que los testigos le habían confiado y no se atrevían a decir?

–Eso empezó con un problema de conciencia. Una tarde vino a verme un muchacho de la comisaría, todo asustado. Quería decirme que Luis Tula, que estaba detenido como sospechoso, esa misma noche «se iba a suicidar». Había escuchado que iban a darle veneno para ratas. Vino para sacarse ese peso de encima. Yo creo que lo más seguro es que quisieran presionar a Tula para que se declarara único culpable y como no accedió, lo iban a suicidar y cerrar el caso así. Entonces salí y lo dije todo. No iba a callarme sabiendo que iban a asesinar a alguien.

–Estamos diciendo que se empezaban a planificar más muertes.

–Y así fue. Mataban a los testigos. Murieron por lo menos tres personas.

Encontré otra palabra para describirla: *amiguera*. ¿La encontré o me la dijo ella hace un rato? Te tira de la lengua y ella suelta la suya. Pero hasta ahí, que es muchísimo más de lo que cualquiera suele soltar. Dan ganas de confiarle secretos, transmite la seguridad de que va a saber qué hacer con ellos y, además, muy lejos de la clásica confesión en el reclinatorio del cura que escucha, juzga, absuelve y manda a rezar avemarías, es una escucha femenina, se diría maternal y un poco chusma también. No hay reclinatorio. Una mesa de por medio, una silla antigua de madera bastante incómoda, un vaso de agua, café caliente y un par de caramelos.

–Pero es que no te podés imaginar: me venían a contar de todo. Una vez vinieron dos hermanas que trabajaban en casa de gobierno que me contaron que, para ascender en el escalafón, las hacían ir los fines de semana a la famosa residencia del gobernador en Las Pirquitas, hoy en ruinas y abandonada después del escándalo, para acostarse con funcionarios. Dijeron basta cuando las quisieron hacer participar de camas redondas.

–¿Podríamos decir que desde los primeros días usted supo que iban a intentar un encubrimiento?

–Por todos lados había rumores de que lo que estaba pasando no era la primera vez que pasaba. Las nenas lo decían, la gente lo dejaba entrever. Yo escuchaba y no decía nada. Me costaba entender. Todo me parecía muy raro. La gente pasaba, tomaba un mate, se acercaba con alguna excusa y en algún momento contaba alguna barbaridad que sabía. Incluso algunos muy allegados a los Saadi, que nunca se iban a animar a ir a la justicia, venían y limpiaban su conciencia conmigo.

Mientras tanto, la maquinaria de encubrimiento redoblaba sus fuerzas: la familia Vargas, vecina de los Morales, se volvió sospechosa de un día para el otro. Tuvieron la mala suerte de que su auto era idéntico al de Guillermo Luque, uno de los principales acusados. Por su parte, Luque aseguraba que no había estado en Catamarca la noche del crimen, y como muchos testigos habían visto

el auto pero no podían asegurar quién estaba dentro, el vehículo de los Vargas apareció con sangre coincidente con el ADN de María Soledad. Luego se comprobó que era la misma sangre que, sin fundamento y compulsivamente, les habían sacado a los padres de la víctima días antes. Después de muchas penurias y de muchos esfuerzos del abogado defensor, se logró comprobar la inocencia de los Vargas.

–Un hombrecito de esos que vigilan autos vio cuando esa noche estaban entrando al sanatorio con el auto de Luque. Vino a verme y me lo contó. Pero además se atrevió a declararlo. Entre el primer juicio y el segundo tuvimos que mantenerlo escondido porque de otra manera lo habrían matado. También está la enfermera que dijo haber visto el cadáver de la joven en el freezer de una clínica propiedad de amigos de los Saadi dos días antes de que el cuerpo fuera encontrado en una zanja.

–Pero ¿está comprobado que mataban a los testigos?

–Así como lo escuchás. Compraban, asustaban o directamente mataban. El caso que seguro debés recordar es el del colectivero Ponce.

–No lo recuerdo.

–El colectivero Ponce era un testigo clave porque cuando hace su primer recorrido a la madrugada, le llaman la atención unas luces y varias personas paradas al costado de la ruta. Son policías que le dicen «Andá nomás que acá no hay nada. Fue un accidente». Cuando el colectivero, en otra vuelta, pasa por el mismo lugar, los tipos siguen ahí. Este dato fue crucial para demostrar el encubrimiento de las fuerzas que se habían ocupado de plantar el cadáver.

En una entrevista para el diario *Clarín* a raíz del aniversario número treinta, la madre de María Soledad también destaca la importancia del colectivero: «Ese hombre ha sufrido las mil y una porque lo perseguían. Tenía que cambiar de casa. De un lugar a otro andaba, le ofrecían el oro y el moro, que le iban a dar trabajo en España, que cambiara la declaración de lo que había visto y se fuera. Nunca se fue».

–¿Lo mataron?

–No. Mataron a otro colectivero que confundieron con Ponce. ¿Sabés que mandaron a los bomberos a lavar el cadáver antes de arrojarlo en la zanja? Esto se supo, y el bombero que dio testimonio diciendo que había recibido la orden de la policía al tiempo sufrió el incendio intencional de la cortina del dormitorio de su hija.

Jesús Muro, exbarman de Clivus, recuerda en una nota para *Clarín* que la gente le gritaba «mentiroso» porque no iba a declarar, y que por eso no consiguió trabajo durante los seis años previos al primer juicio. Cuando finalmente declaró en el segundo, se le asignó escolta permanente hasta el año 2000, porque los jueces consideraron que podía ser víctima de una represalia por haber incriminado a Guillermo Luque y a Luis Tula. «Gracias a Dios me siento bien, con la conciencia tranquila, porque creo haber cumplido con una sociedad que me condenó durante seis años por mi silencio.» La experiencia de la encargada del guardarropa, que en su momento declaró haber visto a Guillermo Luque con María Soledad, habla de hasta qué punto han cambiado las cosas en Catamarca. Entrevistada por el mismo diario para uno de los últimos aniversarios, cuenta que no consiguió trabajo porque cuando todo pasó «para mucha gente era conveniente estar bien con la política y no con los testigos, yo no les iba a dar nada. O sea, yo no era importante, solo lo fui en la parte del juicio».

–Y después están las viejitas del famoso té canasta...

La hermana se refiere a una escena que resultó decisiva para acusar a Guillermo Luque. Alicia Cubas, viuda de Vicente Saadi y madre del gobernador de entonces, Ramón Saadi, había organizado como tantas tardes una reunión de amigas en su casa. Estaban jugando a las cartas cuando ella deslizó un comentario al paso: «Parece que al hijo de Luque se le murió una chinita». En otras versiones la frase es: «Parece que el hijo de Luque mató a una chinita».

–¿Chinita?

–Es la manera que tienen allá de decir «una negrita», una muchacha de clase trabajadora, una cualquiera. Yo la verdad no sé si es que esta mujer había pensado que se le había muerto la nena al pisarla con un auto o en algún tipo de accidente, la cosa es que lo

dijo así, como si hubiera matado a una hormiga. Pero resulta que, al día siguiente, cuando el asesinato de «la chinita» amenazaba con volverse una cuestión pública, esta señora tuvo que llamar a todas las amigas para «sugerirles» que no repitieran sus palabras. Para comprar su silencio le regaló a cada una un viaje con todo pago a Chile. Pero hubo dos que no quisieron viajar...

La última estrofa de *Paisaje de Catamarca* también contiene la palabra «chinita». El paisaje, como todo paisaje de reminiscencia gaucha, incluye su china, que se esmera en las tareas domésticas, y su gaucho, que, como Martín Fierro, siempre será un gaucho cantor. «Con una escoba de pichanilla / una chinita barriendo el patio / y sobre el nogal centenario ya / se oye un chalchalero que ensaya su canto.»

–La cosa es que hubo dos señoras que no aceptaron los pasajes. Y bueno, al poco tiempo entraron ladrones en la casa y las asesinaron. Yo incluiría en esta lista al padre Carrizo, que sabía muchas cosas, algunas de las cuales me confidenció. También se puede decir que a él lo mataron. Estaba enfermo, tenía una úlcera sangrante muy grave y cuando debían internarlo para hacerle una transfusión, nunca se supo quién dio la orden de llevarlo al aeropuerto para trasladarlo a Buenos Aires. Lo del traslado era mentira y el padre se fue en sangre. Esa noche murió en el sanatorio de los Jalil, parientes de los Saadi, que era adonde debían haberlo llevado en primera instancia. Cuando llegó al sanatorio, ya medio muerto, tampoco le hicieron la transfusión. Esta muerte fue denunciada pero nunca investigada.

La escena de las señoras jugando a la canasta, que el país tuvo la oportunidad de conocer gracias a las crónicas del juicio, da cuenta del lugar de las mujeres como guardianas y engranajes de la maquinaria del poder masculino.

–En las capacitaciones que hacemos en Infancia Robada, las llamamos «mujeres con bigote», que replican el patriarcado en la

enseñanza a los varones. Y es ahí donde hay que apuntar para que las cosas cambien. Educando a los más chiquitos y diciéndoles a las nenas que hay cosas que no tenemos que permitir más.

25

–Yo no inventé las marchas. Las chicas fueron las que quisieron salir a marchar. Hubo una asamblea donde participaron padres, madres y profesoras. Las familias habían pedido una reunión luego del entierro para saber cómo seguir, qué íbamos a hacer.

Hubo quinientos padres presentes, y allí mismo se organizó una comisión de esclarecimiento. Quisieron que la presidiera la rectora del colegio, pero ella dijo que no, que debía ser Elías Morales, el padre de la nena. «En gran medida lo hice para evitarme problemas con la congregación», reconoce ahora. La comisión se reunía en la parroquia de los padres claretianos.

«La primera marcha fue el viernes 14, lo decidimos las delegadas de cuarto y de quinto curso. Vino el jefe de policía a presionar al colegio para que no la hiciéramos, pero la hermana Martha Pelloni nos apoyó y la marcha se hizo igual», cuenta a *Página/12* Silvia Vizcarra, por entonces alumna delegada de cuarto curso. A la semana siguiente recibieron el apoyo de los centros de estudiantes de otras escuelas.

La rectora, a medida que va tratando de procesar la tragedia en la que está convirtiéndose en personaje central, intenta mantener la disciplina institucional. Por eso exige que los adultos den el permiso firmado y que, además, las acompañen. Hay cuatro padres que se ofrecen.

–Pero... ¿quién te parece que estaba ese día en la puerta del colegio impidiendo que las chicas salieran? El jefe de policía, Miguel Ángel Ferreyra.

–¿Y cómo había llegado justo en ese momento?

–Bueno, ahí tenés, había infiltrados por todas partes. Se presentó, pidió pasar a la dirección y me tuvo ahí retenida unas tres horas mientras las chicas esperaban ansiosas para salir. El tipo lo primero que me dijo fue que era muy peligroso que las alumnas salieran a la

calle ya que aparentemente todo había sido obra de «una secta que no se sabe de dónde vino», que las chicas corrían «mucho riesgo» y que la responsabilidad de lo que pudiera sucederles iba a ser totalmente mía. Era evidente que intentaba asustarme, pero a su vez buscaba dejarme tranquila con las hipótesis que según él estaban manejando. Me planteó tres escenarios, cada uno más disparatado que el otro. Creo que tenían más de uno para ver cuál pegaba. La primera hipótesis era el crimen pasional. La había matado Luis Tula, que ya era nombrado en todas partes como el novio de Sole, o tal vez la había matado la esposa porque resulta que Luis Tula, aunque casado en secreto, casado estaba. La idea era que la esposa, al enterarse de que Tula salía con esta chica, la había asesinado dominada por los celos. La segunda hipótesis era que había actuado una secta satánica, de ahí el descuartizamiento del cuerpo. Y la tercera, un ajuste de cuentas entre narcos. Cuanto más hablaba él, más entendía yo que estábamos en una trama muy oscura con un gran interés en esconder a toda costa la verdad. En un momento dado le dije que me permitiera salir un instante, que ya volvía. Y entonces aproveché...

«Salgan ahora, pero salgan en silencio» es hoy una frase histórica. Cuando el policía se dio cuenta de que las chicas estaban en la calle, ya era tarde. La hermana Martha rompe aquí un mito fundante cuando asegura que el signo más efectivo de la gesta de Catamarca, el silencio de las marchas, fue obra de la necesidad. Viveza criolla de la rectora que trató de evitar que el policía se enterara de lo que iba a suceder mientras ella lo entretenía en la dirección. El silencio fue un recurso de supervivencia. Sin cantos, sin consignas, sin banderas. Los zapatos pisando pavimento y polvo resultaban más amenazantes que cualquier otro sonido. La voz del paso firme, no el paso militar: la caminata.

–Pero en las siguientes marchas el silencio se mantuvo.

–Claro. Nos dimos cuenta de que era importante para que nadie de la política se colgara del reclamo. En una marcha con cantos y consignas te puede aparecer cualquier cosa.

–Le dio protagonismo a la Iglesia también, porque una monja en esta suerte de procesión encabezaba todas las marchas.

–Bueno, sí. La Iglesia estaba como un marco, también iba a contribuir al «control de daños». Pero fue algo no pensado en un principio. Nada se pensaba mucho. Todo era emoción y sorpresa. Fijate que el día del sepelio no pude encontrar una docente que escribiera algo para dar un discurso a las chicas. Estaba todo el mundo en shock. Yo quería que escribiera alguien que la conociera más que yo, que pudiera decir algo más preciso, más íntimo, pero no hubo caso. Entonces al final escribí el discurso donde decía: «Esta muerte tiene que significar algo. Soledad, a partir de hoy te convertís en el ángel tutelar de la juventud de Catamarca».

–¿Cambiar el horario de las marchas para las seis de la tarde no fue una estrategia para que asistiera gente a la salida de su trabajo?

–Tampoco. Lo que pasó fue que aparecieron inspectores en el colegio diciendo que no se podía salir en horario de clases. Por eso decidimos marchar los jueves a las 18:30. Y ahí, claro, se empezó a sumar más y más gente. Además, como los centros de estudiantes trabajaban juntos desde una radio comunitaria porque era la semana de los estudiantes, pronto se sumaron alumnos y alumnas de todas las escuelas y enseguida madres, padres, docentes, hasta que un día se apareció el pueblo entero. No solo en Catamarca, se empezaron a hacer marchas iguales en todas partes.

»Sobre el silencio hay que agregar otro factor importante que también pesó mucho: estábamos en una situación de duelo.

El comisario debió salir del colegio convencido de que iba a ser muy sencillo engañar a la monjita, porque se paseó por los medios locales impartiendo consejos para que «cosas como esta no vuelvan a ocurrir» e intentando responsabilizar a los padres de la chica por haberla descuidado: «Les pido que tengan un mayor control sobre sus hijos. Deben saber quiénes son sus amigos y compañeros. Conocer los lugares a los que concurren y no dejarlos a la deriva es fundamental para su seguridad». Después se supo que su mano derecha había ordenado a los bomberos lavar el cuerpo en una batea de la morgue para borrar pruebas que nunca pudieron recuperarse. Pero, además, el nombre del hijo de Ferreyra circuló y seguirá circulando como el de uno de los sospechosos presentes en la escena del crimen.

Los diarios habilitaron columnas de opinión, y el campo intelectual consideró que debía intervenir. Simultáneamente al transcurso de los hechos, en 1991 aparecieron dos libros, *Catamarca* de Norma Morandini y *No llores por mí, Catamarca* de Luis Pazos y Alejandra Rey. En 1993, el director Héctor Olivera –autor de *La Patagonia rebelde* y *La noche de los lápices*– filmó *El caso María Soledad*.

La escritora Aída Bortnik –guionista de *La historia oficial*, ganadora del Óscar a la mejor película de habla no inglesa en 1986 con una trama que exponía la apropiación de bebés por parte de civiles relacionados con la dictadura– escribió una irónica reconstrucción de la reacción de las autoridades ante las primeras marchas, el grano de la voz de la impunidad: «"Parece que desconfiaran de la justicia y de las autoridades", dicen que dijo el jefe de policía, sin ruborizarse. No me parece prudente –insistió–, se presta para los incitadores del caos. Quince días después, el gobernador Saadi le gritaba al jefe: "No soporto una marcha más". Veinte días después, el jefe Ferreyra anunciaba su "renuncia irrevocable" para alguna fecha imprecisa "antes de fin de año", aclamando: "Cuando más los necesité, el partido y los funcionarios me dejaron solo. Como Nerón, quiero tocar la lira mirando a Catamarca arder en llamas". El reproche a ese preciso dueto –el partido y los funcionarios– por una solidaridad/complicidad insuficiente apuntaba demasiado directamente al poder. Veintidós días después Miguel Ángel Ferreyra presentaba su renuncia. Cinco meses después su abogado defensor solicitaba la excarcelación explicando que el comisario había sido director de la cárcel y podía correr serios riesgos como residente».

En una de las crónicas que aparecieron al cumplirse los diez años del caso, un testigo recuerda que el entonces gobernador hizo saber a las compañeras de la víctima que, si no permitían que él se pusiera a la cabeza de las caminatas, las iba a prohibir. Como no le hicieron caso, organizó con unos pocos colaboradores rentados las llamadas «Marchas de la Verdad», que lo único que lograron fue repudio.

Dicen que fueron noventa marchas de silencio, hay quien contabiliza ochenta y dos. En general hay coincidencia en que las primeras llegaron a juntar a siete mil personas y que la más concurrida convocó a treinta y tres mil catamarqueños, un tercio de

la población de la provincia. Otros hablan de diez mil máximo. La contundencia del número no se ve menoscabada por la precisión de un recurso de contabilidad, como tampoco el número de treinta mil desaparecidos por la dictadura sufre merma cuando alguien pretende que fueron –¿apenas?– ocho mil.

He subrayado algunas frases que le escuché decir más de una vez. «Fueron años de lucha para sostener a los testigos, sostener la verdad. Y en silencio, o sea, en calma, sin violencia; eso es fundamental.» «Ya no me parece algo importante luchar para que las monjas podamos dar misa.» «Yo no inventé las marchas.»

Dudo entre ubicar estas afirmaciones del lado de la modestia o de la estrategia. Desde que, en 1982, la crítica argentina Josefina Ludmer dio su conferencia titulada «Tretas del débil», donde analizaba el discurso de otra monja –sor Juana Inés de la Cruz (México, 1651-1695)–, dejó instaurado un modo desviado de leer la relación de poder entre superior e inferiora. Un modo que se aparta hábilmente del reclamo o de la victimización de la segunda ante el primero.

Ludmer analiza la carta que sor Juana envía como respuesta a la que firma sor Filotea de la Cruz, escrita en realidad por el obispo de Puebla. El obispo le recriminaba que no destinase su talento al entero servicio y obediencia a Dios. En la contestación, titulada «Respuesta de la poetisa a la muy ilustre sor Filotea de la Cruz», sor Juana comienza excusándose por no haber respondido enseguida. La causa: no sabía muy bien qué decir.

Ludmer nos propone interpretar las relaciones de poder evitando refrendar las dicotomías que la cultura ya revela: mujer débil, hombre fuerte. Romper el círculo de las ya consabidas diferencias e imaginar otras, porque ya se sabe «que en la distribución histórica de afectos, funciones y facultades (transformada en mitología, fijada en la lengua) tocó a la mujer dolor y pasión contra razón; concreto contra abstracto; adentro contra mundo; reproducción contra producción».

Ludmer invita a buscar en los resquicios de lo conocido, de lo

doméstico, las «tretas del débil». ¿Por qué tardó sor Juana en responder? ¿Por qué dice que no sabe? ¿Qué no sabe?

«Josefina Ludmer daba su conferencia en 1982 ante un público latinoamericano que seguramente miraba con atención el proceso político de salida de la dictadura en la Argentina, donde las Madres de Plaza de Mayo constituían el colectivo incuestionable que estaba asumiendo una forma de lucha inédita», señala la profesora Nora Domínguez. En este contexto, las tretas de sor Juana se vuelven genealogía de otras débiles. Aquí el silencio ha dejado de ser ignorancia para volverse un secreto que se guarda frente a la autoridad y que se rompe a conveniencia, para el propio beneficio. «Las mujeres hacen lo que quieren aun cuando hacen lo que no quieren», dice Ludmer.

Sor Juana –igual que la Pelloni– admite que las mujeres no hablen en los púlpitos y en las lecturas públicas, pero defiende la enseñanza y el estudio privado, toda una educación sexual. Aceptar la esfera privada como el campo «propio» de la palabra de la mujer, acatar la división dominante, pero a la vez, al erigir esa esfera en espacio de ciencia y literatura, negar desde allí la división sexual. La treta consiste en cambiar, desde el lugar asignado y aceptado, no solo el sentido de ese lugar sino el sentido mismo de lo que se instaura en él. Como si una madre o ama de casa dijera: acepto mi lugar, pero hago política o ciencia en tanto que madre o ama de casa. Como si una monja actuara como monja pero saliera con sus alumnas a marchar pidiendo justicia. «El silencio constituye su espacio de resistencia ante el poder de los otros», argumenta Ludmer, porque el saber público está ocupado por la autoridad.

Sor Juana, desde su lugar subalterno, no dice que sabe. Guarda silencio. Y cuando se atreve a decir, dice que no sabe. Y pese a ello, queda explícito su saber. Ella, en realidad, sabe. Y sabe que sabe, pero prefiere aparentar que no mientras avanza. Esa es su treta.

El feudalismo, ese sistema político corrupto, se ve entonces enfrentado a un nuevo movimiento social que se caracteriza porque «sabe» y marcha en silencio y porque confiesa todos sus saberes ante una monja que escucha. El caso María Soledad representa el

surgimiento de un movimiento subalterno que conoce y reclama derechos que le han sido negados.

No puedo asegurar una influencia directa de sor Juana o de Josefina Ludmer en la hermana Pelloni. La congregación a la que ella pertenece se inspira en otra monja –santa Teresa de Jesús– que decía: «Nada te turbe, nada te espante. Todo se pasa, Dios no se muda. La paciencia todo lo alcanza. Quien a Dios tiene, nada le falta. Solo Dios basta».

–¿Usted piensa que su hábito da poder?

–Sin dudas. El hábito es una forma de poder. Te da la seguridad y eso es muy triste. La seguridad que me da el ser religiosa es muy triste. En muchos lugares no la he tenido y esas situaciones me hicieron bajar muchísimo y me hicieron llorar. Ha sido duro enfrentarme con el «acá la hermana Martha Pelloni no vale».

Las chicas que salieron a la calle sabían que las cicatrices del poder son mucho más profundas que las del cuerpo de María Soledad: ser víctima de un abuso o tener una hija abusada es un motivo de vergüenza, una mancha en el honor que es necesario ocultar. De esta vergüenza se vale la máquina productora de sumisión.

Años después, cuando la lucha feminista se nutre de bibliografía específica, se empieza a escuchar con atención, entre otras, la voz de la antropóloga Rita Segato, quien ha acuñado el concepto «pedagogía de la crueldad»: «La violación es un crimen expresivo porque, por medio de este acto, se quiere decir algo, el violador no manifiesta un deseo sexual como usualmente se cree, sino que, bajo el mandato de la masculinidad, necesita exhibir la capacidad de dominación de un cuerpo. El sujeto no viola porque tiene poder o para demostrar que lo tiene, sino para obtenerlo».

El caso María Soledad instauró una forma de lucha donde la vergüenza se corrió de lugar. La élite política se enfrentó con una idea de mujer que no admitía. Como argumentan Bergman y

Szurmuk en su trabajo: «Si se confiaron en poder presentar a una María Soledad como una víctima de sus propias decisiones, Catamarca la entendió como una víctima de un sistema corrupto y hasta comparó su muerte con la de Jesucristo en la cruz. Desde entonces, otros casos de homicidio donde se involucran mujeres jóvenes en Argentina han producido respuestas colectivas entre ciudadanos que han aprendido a "leer entre líneas" las versiones oficiales de los hechos y a desafiar a las mismas instituciones que presuntamente los protegen».

A pesar de todos los intentos de encubrimiento y del traslado de la hermana a otra provincia, las marchas que no cesaron consiguieron que se llevara a cabo un segundo juicio.

El 25 de septiembre de 1997, una crónica en el diario *Clarín* consignaba: «La monja Martha Pelloni se convirtió ayer en la testigo número 88 del juicio por el crimen de María Soledad. Fue la primera de las tres mujeres que declararon en la jornada y lo hizo durante cinco horas. Aportó veinte pistas sobre el crimen, algunas conocidas y otras nuevas, que comprometen al principal acusado, Guillermo Luque. Habló también de maniobras de encubrimiento, incluso desde el Gobierno nacional, y se refirió muy poco a Luis Tula, el otro acusado».

Era una testigo que no sabía o no podía saber porque no había estado en ningún lugar dentro de la secuencia del crimen, sin embargo, *sabía* en el sentido en que nos habla Josefina Ludmer. En un momento dado pidió al juez sacar un papel de su bolsillo. Y entonces, como una maestra que pasa lista a sus alumnos, comenzó a dar todos los nombres de los implicados en el crimen que había podido recopilar según lo conversado con otros testigos que no se atrevían a hablar. La crónica de *Clarín* continuaba diciendo: «Pelloni denunció, por primera vez, al exjuez Víctor María Vélez, integrante de la Corte Provincial en 1991 durante la intervención federal. Dijo que intentó negociar con ella que los Morales aceptaran una acusación excarcelable para Luque y Tula (homicidio involuntario) a cambio de una pensión vitalicia para la familia. Este diario habló telefónicamente ayer con Vélez, quien solo contestó que la acusación de Pelloni es una barbaridad».

Entre las tretas del débil que ella pone en juego se encuentra la determinación de seguir sosteniendo hasta el día de hoy que el crimen –más allá de aquellos dos culpables que recibieron condena, de la caída ocasional de un Gobierno cómplice y del escándalo sin precedentes que puso en evidencia los vicios de los poderosos– quedó impune.

«Yo tengo pistas, indicios, no pruebas. Lástima que la mayoría no se investigaron bien», aseguraba y sigue asegurando hoy cuando recuerda todos los personajes que circularon con una clara intención de encubrimiento, enviados por el presidente de la nación. Por un lado, el comisario Patti y, por otro, la abogada defensora de la familia Morales, Lila Zafe.

Aun los periodistas que más se jugaron en el caso María Soledad debían callar cuando tocaba llegar hasta el mismísimo Menem, que hizo todo lo posible para encubrir al saadismo primero –por eso mandó al comisario Patti–, y para inculpar después con el fin de quedarse con la gobernación –por eso mandó a la abogada Lila Zafe.

Efectivamente, a comienzos de 1991 el presidente envió al subcomisario de la policía bonaerense y conocido represor Luis Abelardo Patti como garantía de transparencia. Al principio fue recibido entre los y las catamarqueños como una gran esperanza, pero pronto se reveló que había llegado con el cometido de sembrar pistas falsas. Según las investigaciones que llevo a cabo el CELS (Centro de Estudios Legales y Sociales), en realidad se dedicó a investigar a los manifestantes y, además, regresó a Buenos Aires con una nueva causa por aplicación de tormentos. Un testigo lo acusó de haberlo sometido al «submarino seco» con una bolsa de nailon en la cabeza hasta provocarle un principio de asfixia. El objetivo de Patti era instalar la hipótesis del «crimen pasional».

–Me cuesta ver a la abogada defensora como una suerte de doble agente. Hoy mismo cualquiera puede encontrar en las redes los videos donde aparece litigando de un modo muy fuerte y locuaz a favor de esclarecer la verdad. Fue muy dura contra los dos acusados.

–Claro que sí. ¿Pero por qué crees que actuaba así? Porque venía a encubrir al resto. La lucha nuestra era para que cayeran todos los

que tenían que caer, no solo esos dos. Te voy a dar un ejemplo. Me preguntabas al principio si yo he tenido miedo de que me mataran. Y es justo eso mismo, el miedo ante mi posible asesinato, que estaba en el aire, lo que ella puso en juego con el único objetivo de quitarme del medio, que es lo que le había encomendado Menem.

–¿Cómo es eso?

–Lo que hacía Lila era esparcir entre las monjas del colegio el rumor de que a mí me iban a matar. Una de ellas me contó que, cuando yo no estaba, ella iba, llevaba masitas, tomaba mate y se ponía a decirle a todas que yo estaba amenazada de muerte. Ahí me avivé. ¿Qué lograba con eso? Que las monjas, asustadas, llamaran a Buenos Aires, y allá, para protegerme, me sacaran de Catamarca. Cuando me di cuenta, llamé a una monja amiga de allá que me dijo «No te preocupes, voy ya mismo para Catamarca». Efectivamente, vino. ¿Y sabés lo que pasó? ¡Lila Zafe la convenció a ella también! Era muy hábil. Así fue que un día de golpe me dicen que esa noche yo tenía que irme a dormir al obispado porque se habían enterado de que esa misma noche me iban a matar. Me llamó el obispo personalmente y yo le respondí «No voy, muchas gracias, si me van a matar prefiero que sea en casa». Entendí que me tenía que quedar, porque si me iba, ya no volvía más al colegio, me trasladaban a Buenos Aires. Esa era la tan temida muerte que tanto anunciaba Lila Zafe. Yo era un estorbo, les costó, pero al final me sacaron.

–Corren rumores de que a usted le hicieron más de una oferta desde diversos espacios políticos por esos mismos días.

–Es cierto. Muchas ofertas y de todos lados. Graciela Fernández Meijide, de la Alianza, me convocó para que fuera candidata a diputada. Me llamaron de otros partidos también, es cierto.

–Y se dice que el mismo presidente Carlos Menem le ofreció un cargo menor.

–¿Un cargo menor? Me ofreció la vicegobernación.

Tuvo ofertas para vivir mil vidas. Sin duda la de Menem se encuentra entre las más insólitas y las menos tentadoras para ella. Porque además, si alguna vez fue peronista, ya no lo es. Basta con escucharla hablar de las provincias donde el peronismo gobierna y

compararlas con las que no para afirmar que es todo lo contrario. Tal vez este encono capaz de nublar por momentos la imparcialidad –lo que en la Argentina se resume como *gorilismo*, término acuñado en los años de Perón– sea su punto débil. La llevó, por ejemplo, a acusar públicamente a un sector del kirchnerismo de ser el brazo armado del narcotráfico, algo de lo que tuvo que retractarse por falta de pruebas.

–Luego de una década de Gobierno kirchnerista, hizo público su apoyo a Mauricio Macri. ¿Un empresario en el poder no era una alarma para quienes como usted creen y luchan por la justicia social?

–Así como lo voté, luego dije que me arrepentía de haberlo votado. La pobreza siguió igual o peor.

A lo largo de todos estos años, quienes han querido desacreditarla, y no es difícil suponer que han sido muchos, no encontraron nada más que esa falta de ecuanimidad. Quienes aluden a una familia militar, amparándose en la connotación negativa de esa filiación a partir de la dictadura, pasan por alto que su padre era un militar veterinario, y que el marido de su hermana Leticia, si bien es hijo de un comandante del II Cuerpo de Ejército, ministro del dictador Jorge Rafael Videla y condenado por sus crímenes, no sostiene las ideas de su padre y es reconocido como un militar democrático, incluso por el arco opositor.

27

Es cierto, no inventó las marchas. Los noventa fue la década de las transformaciones económicas, pero también de un nuevo rumbo para las movilizaciones populares. La desregulación de la economía, la privatización de la mayoría de las empresas públicas y la remisión de la red de seguridad laboral provocaron un nuevo formato de protesta social. Donde antes había una huelga surgieron cortes de ruta, piquetes, tomas de edificios públicos, ollas populares organizadas por vecinas, centros comunitarios, asambleas, gente sin trabajo en estado de alerta.

Para Matías Cambiaggi, autor del libro *Generación 2001*, la aparición del movimiento piquetero fue «una marea insondable, horizonte infinito, y con una particularidad importante: la participación protagónica de las mujeres. Ellas fueron la columna vertebral del precariado insurgente y las "encargadas de sostener el trabajo social diario, reuniones organizativas o de convocar las marchas"».

En la década de los noventa, las poblaciones más relegadas, que históricamente dependieron de un sueldo del Estado, empezaron a salir a la calle. Marchas de silencio y ollas populares están en el origen del feminismo contemporáneo. Como lo están las rondas de las Madres de Plaza de Mayo y las patas en la fuente de los cabecitas negras que, en 1945, habían salido a manifestarse en la misma plaza. Bastaría con revisar las fotos que aparecieron en todos los diarios desde la primera marcha en Catamarca para entender que ese levantamiento monumental fue «cosa de mujeres».

Y cosa de los medios, porque por primera vez, luego de la escuela trunca que abrió Rodolfo Walsh en los años setenta, se desplegaba un periodismo de investigación. El escándalo de Catamarca coincidió con un momento de cambio y esplendor de la televisión, con canales que se privatizaban, empresas que conseguían el monopolio de la

comunicación y un avance tecnológico inédito que permitió y alentó las transmisiones en vivo y en directo. Este caso, por espectacular y truculento, resultó ideal para desplegar las nuevas máquinas. Los periodistas que estuvieron allí coinciden en que trabajaban con un compañerismo inédito, compartiendo datos y pasándose información con la conciencia de que el enemigo estaba en otra parte.

El Ancasti, diario local de Catamarca, fue el primero en sacar la noticia. En Buenos Aires, el diario *Clarín*. Estas coberturas del primer día fueron las que provocaron que el crimen truculento ocupara horas de televisión, ya no en la sección de policiales sino como periodismo de guerra. Los hoteles de la zona se convirtieron en improvisadas redacciones. Decenas de cronistas se trasladaron «a la calurosa Catamarca, a la que le calzaba la descripción de Galeano del feudo: "La ciudad vivía con el aliento cortado, el aire estaba amenazado por la desconfianza, se hablaba en voz baja, las voces no coincidían con las caras"», como escribía Luis Bazán en una de aquellas notas.

En esos primeros días, en el mayor de los desconciertos, a la hermana Pelloni le cae del cielo una aliada. Otra mujer casi de su misma edad, con una hija de la edad de la víctima. Llega a Catamarca una periodista a quien hasta el momento nadie le conocía el rostro, ya que trabajaba en ese tipo de notas en las que apenas se ve el micrófono de quien formula la pregunta en la calle. Su superior la envía a cubrir el caso, que haga lo que le parezca, le dice, y ella comienza a salir al aire todos los días por uno de los canales más importantes del país.

Las dos mujeres tenían mucho en común: la misma inexperiencia en los roles que estaban estrenando y la gran oportunidad que se les presentaba de hacer algo grande. Decidieron hacerlo juntas, una le enseñó como hablar ante la prensa y la otra le abrió las puertas de la provincia, la dejó entrar a las aulas, hablar con las estudiantes, le señaló testigos. Cada transmisión terminaba con la imagen de la periodista mirando a cámara y diciendo: «Desde Catamarca, para Telefe Noticias, Fanny Mandelbaum». La amiga judía de la monja católica cubrió la investigación hasta que terminó el segundo juicio. Marchó junto con la gente, volvió en los aniversarios y, sobre todo,

fue el micrófono siempre listo para que la monja denunciara lo que no se podía decir en su provincia.

Una de las muestras de la importancia que tuvo el periodismo en esta historia es lo que ocurrió el 4 de abril de 1991, cuando el diputado Ángel Luque concedió una entrevista al diario *Clarín* con el objetivo de exculpar a su hijo. En un momento de la conversación le dijo al periodista, como en un entre nos, la frase que al día siguiente salió publicada: «Un padre siempre va a proteger y a encubrir a su hijo, cualquiera sea su condición social. Y yo tengo el suficiente poder y la estructura como para que ese cadáver, si la hubiera matado mi hijo, no apareciera nunca más».

Por estas declaraciones, el 18 de abril Luque fue apartado de la Cámara de Diputados casi por unanimidad bajo la acusación de «indignidad moral». El grado de impunidad de lo que se atrevió a decirle al periodista es comparable con lo que su propio hijo hizo el mismo día del crimen y que gracias a la declaración de un testigo tuvo un efecto demoledor en el juicio: «Yo lavé las ropas ensangrentadas de Guillermo: un jean, un slip y una camisa floreada. Me lo ordenó su padre, el exdiputado Ángel Luque. Fue el sábado 8 de septiembre de 1990, unas quince horas después de que la chica fuera vista por última vez». Ese mismo empleado de los Luque también aseguró que vio a un compañero suyo limpiando el Falcon verde de la familia: «[...] chorreaba sangre por la parte de atrás».

Pero la más espectacular intervención de un periodismo devenido fiscal ocurrió durante la televisación del primer juicio, que tuvo que ser anulado debido a unos segundos que escandalizaron al público. Los periodistas de Canal 13 recuerdan que un televidente llamó al canal porque había detectado un gesto inequívoco entre los jueces Juan Carlos Sampayo y Alejandra Azar justo cuando debían pronunciarse sobre el supuesto falso testimonio de una mujer que cambiaba su primera declaración por una versión favorable al principal sospechoso. Fue un claro gesto de complicidad a espaldas del presidente del tribunal. Fue apenas un segundo que se convirtió en escándalo nacional. Los mismos técnicos y periodistas se filman

mientras emprenden la búsqueda, mientras retroceden y vuelven a pasar la secuencia, conscientes de que serían unos segundos épicos.

La justicia de Catamarca, ante la evidencia, no tuvo otra respuesta que prohibir la transmisión del día siguiente. El comunicado que emitió a una población que ya había decidido no creer más en ella decía lo siguiente: «Las desviaciones y excesos de público conocimiento en que incurrieron ciertos medios de prensa en pretensión de erigirse en juzgadores del orden jurisdiccional con expresiones atentatorias al decoro y respeto debido, tanto así también la irreverencia plasmada en cuanto se publicitan imágenes con denominación de "investigación televisiva" en infundado desmedro a la magistratura como de los profesionales de participación de la causa, concluyendo en brindar una información distorsionada en perjuicio de la comunidad, única y legítima destinataria de la administración de Justicia».

–El segundo juicio se inició recién el 15 de agosto de 1997.

–Sí. Fueron ocho años de lucha en los que se aprendió mucho sobre lo que puede el pueblo cuando se pone de pie. Ellos postergaron el juicio para debilitar y para construir olvido, pero el pueblo se mantuvo indignado.

–Finalmente el fallo fue por violación y homicidio.

–Sí, aunque fue incompleto, porque el encubrimiento realizado por la Justicia, el Gobierno y la Policía no se esclareció. La nena intentó defenderse de la violación. Fueron cinco los que la violaron. Tula, para que se quedara quieta mientras la violaban sus amigos, le dio una cachetada que le provocó un vómito de sangre que la ahogó. Cuando se dan cuenta de que está muriendo la llevan al sanatorio Pasteur, de los Jalil, pero ya no hay nada que hacer. En 1998 se condena a Luis Tula a nueve años de prisión, y a Guillermo Luque, a veintiún años. Ambos cumplieron su condena, hoy están en libertad.

28

Una estudiante pocos años menor que María Soledad quiso hacer algo por aquella chica que no había llegado a conocer. Un ritual solitario, secreto, pero efectivo. Se dirigió al convento de San Francisco e ingresó a la sala del presbiterio. Había estado en la tercera marcha y siguió asistiendo a las que vinieron con el mismo fervor con el que peregrinaba cada vez que las monjas organizaban fechas para honrar a la Virgen del Valle. Fue a pedirle a fray Mamerto Esquiú por la paz de la chica muerta. Que su dolor sirviera para que ninguna chica muriese como ella. Fue a rezarle, más precisamente, a un corazón, al órgano «incorrupto» que desde el primer día –el último de su dueño– se mantiene en buen estado aunque haya pasado más de un siglo lejos del cuerpo del fraile. La Iglesia católica sigue, desde la Edad Media, con su fascinación por las vísceras, partes del cuerpo humano, cabellera o algún objeto que haya pertenecido a un santo o a alguien que mereciera serlo.

La chica, hoy adulta, cuenta que la costumbre de ir a rezarle al corazón se la transmitió su madre, quien al menos una vez al año iba con ella a agradecerle y a pedirle algo nuevo. «Puede parecer una tontería para un no creyente o un porteño, pero yo se lo he transmitido a mis hijas, es un modo de comunicarse con algo superior. Lo mismo con la Virgen del Valle, por supuesto.»

Estampas, fotos de novias, de hijos, fotos familiares, cuadernitos, placas de agradecimiento, recortes de diario, poesías, promesas y fechas memorables se pueden encontrar entre las peticiones a la Virgen del Valle. Se podría contar con todo esto la historia de todo lo que fue menester rogar, lo personal y lo político, durante todos aquellos años.

Allí estaba. El nicho recubierto de piedra ónix en cuyo centro se destaca la urna de vidrio con puerta de bronce custodiada por unas pequeñas tallas que representan a un par de frailes sentados a cada

lado. Mejor dicho, allí debía estar el órgano de tamaño vacuno y apariencia similar a lo que hoy podría reproducir una impresora 3D, con sus venas y sus arterias bien visibles, sin señales de putrefacción. Allí no estaba. Lo habían robado.

El 30 de octubre de 1990, cuando la provincia ardía en pedidos de justicia y se poblaba de periodistas ávidos de noticias frescas, alguien robó la reliquia máxima de los catamarqueños.

Ocho de cada diez consultados por *El Ancasti* opinaban que se trataba de una burda estrategia para desviar la atención.

La chica que fue a rezar, hoy madre de tres hijas, recuerda haber pensado que el corazón se habría pulverizado como respuesta a lo imposible de su ruego. Solicita que no se consigne su nombre, que «lo de María Soledad es algo de lo que aquí en Catamarca no se habla más». La dinastía que entonces fue arrancada del poder, con los años, ha ido instalándose de nuevo en el mismo lugar donde estaba. Muchos jóvenes creen las nuevas narrativas. Todos los culpables fueron inocentes. Hay fantasmas, dice. Mejor no despertarlos.

Fray Mamerto Esquiú murió repentinamente el 10 de enero de 1883 a los cincuenta y siete años durante un viaje de Córdoba a Catamarca. Quisieron darle sepultura de inmediato, pero el cuerpo se había hinchado de tal modo que no entraba en el cajón, por eso lo enterraron directamente en la tierra, apenas cubierto por su sotana. Enseguida corrió la sospecha de que había sido envenenado, por eso fue exhumado días más tarde y enviado a un forense, que determinó que no había envenenamiento, pero advirtió –¡milagro!– que su corazón se hallaba intacto, como si hubiera permanecido en un cuerpo vivo. Lo colocó en un frasco con alcohol para enviarlo al Museo de Ciencias Naturales de Buenos Aires, pero el hermano del fraile lo solicitó, según dijo, para guardarlo «como recuerdo de familia». Se lo dieron. Lo acomodó en un cesto de mimbre dispuesto a llevarlo a su casa, pero cuando paró en el convento de San

Francisco, en Catamarca, los sacerdotes lo convencieron de que lo dejara allí, el lugar donde el fraile había ingresado a la orden y en el que había vivido tantos años.

La historia nacional, la construcción de la Argentina en el siglo XIX que descansa, no se sabe si en paz, cerca de Santos Lugares, vuelve con la figura del fraile Mamerto Esquiú, presencia obligada en las estampas escolares como aquel «orador sagrado» que se levantó contra una política derramadora de sangre y hambre en su célebre sermón del 9 de julio de 1853, *Laetamur de gloria vestra* [Nos regocijamos en tu gloria], en el que recorría la historia nacional desde 1810 hasta su presente, repudiando la grieta entre unitarios y federales y llamando a respetar la ley. Figura en las estampas escolares como primer diputado por Catamarca: «Me inmiscuyo en la Sala de Representantes porque el pueblo me llamó y obedecí su voz».

Finalmente, el 7 de diciembre de ese mismo año 1991, los albañiles que reparaban el techo del convento franciscano encontraron en la canaleta el corazón del fraile. La investigación policial determinó que habían sido dos alumnos de cuarto curso de ese mismo colegio. Una travesura, dijeron.

29

Se levantó un nuevo santuario en el lugar donde la habían encontrado. El lugar más concurrido por el turismo que visitaba Catamarca. Se volvió un lugar sagrado donde a fin de año cientos de estudiantes iban a dejar sus útiles y a pedir suerte en los exámenes. Se levantó una estatua de la joven con una balanza en la mano. Una placa decía: MARÍA SOLEDAD, QUE DIOS TE DÉ EL DON PARA QUE AYUDES Y SANES A LOS QUE CREEN EN TI Y EN DIOS. En la tumba de Ramoncito también hay caramelos, galletas, ofrendas. En el lugar donde se encontró el cuerpo de la nena hay un altar. Durante los primeros años acuden familiares y amigos, estudiantes, funcionarios y periodistas, y el periodista radial que apoyó las demandas de justicia ejerce como maestro de ceremonias. Al final de cada discurso los presentes sueltan lágrimas de la emoción y aplauden a los oradores al grito de «Viva Catamarca, viva la justicia y viva la hermana Martha Pelloni».

En 2010, el periodista Eduardo Videla registró un cambio significativo en el humor catamarqueño: «Además de los Morales, son pocos en la provincia los que aceptan hablar del caso. "Es una historia cerrada", define en cuatro palabras un hombre de veintiocho años que vivió el caso durante su niñez. Si hasta en el colegio del Carmen y San José solo se habla del tema cuando alguno de los estudiantes pregunta, lo que tampoco es muy frecuente, admite el representante legal de la escuela, Raúl Goitea».

En 2020 colocaron un banco rojo en la plaza de Las Chacras, donde vivió María Soledad. La hermana asistió a la ceremonia. Cuando se cumplieron treinta años, la Honorable Cámara de Diputados de la Nación declaró de interés nacional «la semana de María Soledad en Catamarca», actividades organizadas por Infancia Robada.

A treinta y cinco años, dicen que nadie, salvo la familia, un grupo muy reducido y las compañeras de colegio que participaron del

documental *El fin del silencio*, que dirigió Lorena Muñoz para Netflix, tienen ánimo de recordar el caso. «Es una historia cerrada.» Dicen que el miedo nunca se fue. Persigue a quien vuelve sobre esas calles y pretende seguir levantando polvo. Hoy mismo, asegura la hermana Pelloni, aun quien lo intente con todas las buenas intenciones, no se puede decir toda la verdad. El aula donde cursó María Soledad, donde una placa la declaraba ÁNGEL TUTELAR DE LA JUVENTUD, fue convertida en la dirección de la escuela. Y donde estaba la monja, ahora hay una dirección laica.

La estudiante que había ido a rezarle al corazón del fraile revive hoy, cada vez que le llega la noticia de una niña asesinada, lo que sintió cuando se encontró con el vacío: «Me pasó con el doble crimen de la Dársena en Santiago del Estero. Con Paulina Lebbos, de Tucumán. El caso de Puerto Rico, Misiones, cuando una joven, ahora no recuerdo el nombre, tenía, creo, también diecisiete años, fue violada y degollada en 2012».

Todos esos casos fueron noticia. Espanto, indignación y olvido. La muchacha cuyo nombre ella no recuerda se llamaba Itatí. También encontraron su cuerpo tirado al costado de un camino y después culparon a su novio, aunque todos sabían que había sido un sobrino del intendente. Al novio «lo suicidaron» en la celda.

La monja fue para allá. Antes de que llegara, el intendente la hizo llamar a su despacho. No fue, le respondió al mensajero: «Si quiere verme, que venga a la marcha».

30

Hace unos cuantos días que le voy preguntando a cada persona con la que me cruzo qué sabe de la hermana Martha Pelloni. Es una encuesta casera en la que no he encontrado a nadie mayor de veinte años que no responda «es la monja del caso María Soledad». Las mujeres que tenían la edad de María Soledad en el momento del crimen recuerdan a ambas como las dos caras de un miedo que se instaló en todas las aulas, pero también como un ímpetu de rebeldía frente a un destino cantado. Un porcentaje nada menor admite haberla visto en las noticias más de una vez denunciando siempre algo tremendo pero que ya no recuerda bien: ¿robo de bebes?, ¿trata de jóvenes?, ¿niños que traen desde Bolivia para obligarlos a trabajar en los campos? Todos dramas demasiado oscuros y demasiado lejanos como para llevar en la conciencia.

La respuesta que me da la escritora Camila Sosa Villada se sale de ese registro que mira y olvida, por eso me dispongo a conservarla aquí. Su libro de cuentos *Soy una tonta por quererte* abre con un relato autobiográfico donde una joven Camila emprende una de sus megagiras presentando por todo el país *Carnes tolendas*, la pieza teatral que la consagra desde la primera función frente al público, e intuyo que ante sí misma, como la gran artista que es. Madre y padre acompañan a su hija, y al pasar por la provincia de San Juan se desvían para agradecerle a la Difunta Correa –la santa pagana que cruzó el desierto huyendo de las tropas de Juan Manuel de Rosas y que aun muerta siguió amamantando a su recién nacido– que el destino fatal augurado para su hija por ser travesti hubiera quedado lejos. En ese viaje, cuenta Camila, ocurrió otro episodio que no aparece en el relato: «Después de agradecerle a la Difunta, mi mamá se había empecinado con que al llegar a Catamarca fuéramos a ver a la madre de María Soledad, quería conocerla... No me preguntes qué asociación había hecho entre la Difunta Correa, el

caso María Soledad y la hija travesti, pero lo cierto es que hasta le había comprado unos regalitos. Estando allí nos enteramos de que la familia Morales no vivía en el centro, así que nos pusimos a caminar con los obsequios de aquí para allá, preguntando por la dirección. Lo primero que encontramos fue un silencio de muerte. Nadie quería hablar del tema. Los pocos que hablaron nos dijeron que todo había sido mentira. Alguien llegó a decirnos que había sido un invento para que el padre de la chica se comprara un auto nuevo. Se respiraba un ambiente rarísimo, de miedo, de conspiraciones... Mi mamá se volvió a casa con los regalos diciendo "No piso Catamarca nunca más"».

El humor social que describe Camila coincide con un panorama político que a más de diez años del crimen había vuelto a cambiar para no cambiar. Lucía Corpacci, prima hermana del exgobernador Ramón Saadi, gana las elecciones en 2011, dos años antes de esta escena que recuerda mi amiga. En su primera aparición pública, la flamante gobernadora declara que el caso no había sido como lo habían mostrado los medios y hasta llega a sugerir la vetusta figura del «crimen pasional». Los diarios de ese año también consignan: «En declaraciones a Radio Mitre, Pelloni salió al cruce de las expresiones de Corpacci». Transcurridos veinte años desde el asesinato que supuestamente había desmantelado una trama de poder, había que comenzar a asumir que la familia Saadi nunca se había dado por vencida.

Camila recuerda otra escena, muy anterior a la de aquel viaje familiar. Una escena mucho más feliz y no menos poderosa. Estamos en 1997, han transcurrido apenas cinco años del caso. En pleno esplendor del underground porteño, Humberto Tortonese y Alejandro Urdapilleta estrenan *La moribunda*, una ya legendaria obra de humor negro y disparate queer donde dos hermanas, Kara y Karen, velan a una tercera que nunca aparece en escena, probable alusión a Batato Barea, el tercero de un trío genial, que había muerto en 1991 a causa del sida. Entre un humor violento y la más densa melancolía, el primer acto terminaba cuando el personaje de Alejandro Urdapilleta le decía al cielo: «Hermana, ¿estás muerta? Si estás muerta, ¿él está con vos? ¿Podés hablar el idioma que él entiende?

¿Le podés hablar a ese Dios? Si es así, escuchá bien, decile que nosotras siempre estuvimos de parte de la hermana Pelloni».

La invocación a la monja era un modo hilarante y poético de reconocer que su nombre tenía más chances que ningún otro de abrir las puertas del cielo. Estar del bando de la Pelloni era, en un sentido, burlarse de un nombre propio que aparecía a cada rato y hasta en la sopa, y por el otro y al mismo tiempo, a volver a ubicar la justicia de su lado.

3
Santos Lugares

31

Enero de 2025. No he vuelto a comunicarme con la hermana desde aquella primera conversación en 2019. Dejé pasar mucho tiempo, y ahora que estoy buscando un final para esta historia, aparecen nuevas preguntas y algunos cabos sueltos. Por ejemplo, en las crónicas sobre el caso Loan, el niño de cinco años que desapareció en Corrientes y que la sociedad comienza a sospechar que no aparecerá nunca, circulan hombres y mujeres que aseguran poder determinar el lugar exacto donde se encuentra el niño mediante sus poderes paranormales. Son las famosas videntes que tanto exasperan a la hermana. Las crónicas en los diarios las presentan así: «Un chaqueño de 49 años, identificado como L. J. F., dice haber "visto" que el niño se encontraba desorientado en el monte y llorando desconsoladamente en una zona muy boscosa. Luego lo vio muerto y advirtió sobre las aves que andan por ahí. [...] Avisó al cuerpo de bomberos y recomendó la búsqueda por esa zona.»

Cada quien lo ubica en un sitio diferente y el niño no aparece. Por la misma fecha, cerca de donde ocurrieron los hechos, se presentó otra vidente que pudo «visualizar» a Loan viajando en un auto gris. En Radio Mitre consultan a otra mujer que ofrece predicciones según los signos del zodíaco: «Mhoni Vidente aseguró que "el niño sigue con vida" y está en Paraguay o en la frontera de Paraguay y Argentina».

La hermana me había advertido sobre la trama de las videntes aquella vez que nos vimos. Quería hablar de eso especialmente, dijo, y yo lo fui dejando para más tarde en la conversación. Tanto más tarde que olvidé tocar el tema, tal vez porque me pareció algo simpático pero intrascendente.

La llamo. No responde. La busco en las redes sociales. Tiene una cuenta de Instagram que es evidente que a poco de empezar a usar

abandonó. Consulto con otros periodistas que la han entrevistado en los últimos años. Me dan tres o cuatro o cinco números diferentes. «Alguno tiene que ser. Por alguna razón cambia muchas veces de celular», me aclaran mis compañeros. Atiende. «Me pescaste justo.» No me recuerda, pero me concede la segunda cita sin preguntarme nada ni ponerme condiciones, igual que la primera vez. «Pero tendrá que ser dentro de dos semanas porque el papa Francisco convoca una cumbre internacional sobre los derechos de los niños, y me acaba de invitar. Estaré concentrada escribiendo lo que voy a decir.»

Efectivamente, a los quince días el diario *La Nación* titula: «La monja Martha Pelloni estuvo en el Vaticano y habló del caso Loan y la hipótesis de la venta de órganos». La corresponsal en Italia, Elisabetta Piqué, cuenta que el diagnóstico sobre la situación de la niñez en la Argentina, donde la monja señaló la conexión entre el alquiler de vientres y la venta de recién nacidos, que ahora se tramita por internet, ha dejado «asombrados a los líderes que participaron de la cumbre –que fueron desde la reina Rania de Jordania al exvicepresidente estadounidense Al Gore–, sentados junto al papa Francisco en una mesa circular montada en la Sala Clementina del Palacio Apostólico». La monja, además, expuso la realidad de los niños que desde Bolivia cruzan la frontera para trabajar en nuestros campos.

Me ha dado cita para el 11 de febrero y en la basílica de Lourdes, en Santos Lugares. Una hora de viaje saliendo desde el Obelisco y tomando primero un bus y luego un tren. «No podremos hablar mucho, ni muy tranquilas, porque va a ser un mundo de gente, es el día de la Virgen de Lourdes... Pero vas a poder ver... y eso es muy importante...», dice en un mensaje de voz cuyo sentido no termino de descifrar. ¿Qué es lo que debería ver?

En fin. No puedo imaginar un panorama más difícil para mí: el viaje, la gente, la hermana rodeada de colaboradoras –«unas personas muy lindas, las tenés que conocer»– que trabajan en el foro local de Infancia Robada. Entre desertar y buscar un atenuante, me decido por la opción de llegar bien temprano y encontrarla antes de que salga desde su residencia hacia la iglesia.

Nueve de la mañana. Las calles que desembocan en la basílica

están cortadas. El buscador del teléfono no encuentra el «convento de las Carmelitas Teresianas». Pregunto a los agentes que luchan sin suerte por ordenar el tránsito. Miles y miles de personas avanzan por estas calles para encontrarse con la Virgen, y yo estoy preguntando por una monja de carne y hueso. No saben, no la conocen. En la parada de un colectivo hay una religiosa vestida de negro, no es de su congregación, pero considero que es la persona indicada para recabar información. Bien pensado. Me dice que no tiene noticias de ese convento –luego supe que debí buscar «Instituto Santa Teresita del Padre Palau», la hermana vive en un edificio que alberga un colegio y una residencia para religiosas–, pero que acaba de verla en la basílica: «Ahí nomás en uno de los pasillos la vas a encontrar, cerca de la puerta del templo...».

La basílica de Lourdes es una construcción faraónica. La Virgen que se hizo célebre por aparecerse dieciocho veces ante una niña famélica, asmática y francesa aquí también se aparece más de una vez. En la entrada hay una santería que vende virgencitas de todos los tamaños, pero la gran aparición está en la gruta construida a semejanza de la original, en los Altos Pirineos, donde el santoral católico y una decena de películas cuentan que la pequeña Bernadette Soubirous, en 1858, conversó con ella. Esta virgen es de hierro, pesa unos cuatrocientos kilos y llegó a la Argentina luego de un largo viaje desde Lyon. Hay otra de madera en el templo de la planta baja, y otra en el templo superior, también traída de Francia, donada por peregrinos. Los dos templos tienen capacidad para recibir a más de mil fieles, pero hoy es nada menos que 11 de febrero, día de la Virgen, y ese número se está multiplicando hasta el infinito. Un cartel gigante advierte a lo lejos: BAÑOS PÚBLICOS EXCLUSIVOS PARA PEREGRINOS. La gente llega desde todas partes rogando por un milagro a la señora de Lourdes, que ostenta uno de los mejores currículos de sanadora.

La veo de espaldas conversando con dos mujeres mayores, luego con un joven, luego con un matrimonio que le transmite algo aparentemente complicado. La hermana estará de pie y disponible hasta las nueve de la noche. Sus colaboradoras le acercarán una silla, un vaso de agua o un mate que ella, la mayoría de las veces,

rechazará con un gesto seco. Es mucho más pequeña de lo que recuerdo y su rostro tiene la misma lozanía que se le ve en las fotos de las primeras marchas. Quien pasa y la reconoce, le pide una selfi. Ella accede y sonríe. La abrazan, miran a cámara. Le dicen gracias por todo lo que hizo y por todo lo que sigue haciendo. Los que no la conocen preguntan quién es esa monja y, cuando alguien responde que es «Martha Pelloni, la del caso María Soledad», se acercan emocionados y también piden foto. Le dicen gracias.

La mesa de Infancia Robada está custodiada por seis o siete mujeres y un cura. Hay folletos, banderas y carteles. QUE APAREZCA LOAN CON VIDA YA; MADRES POR LA VERDAD; PROHIBIDO OLVIDAR. JUSTICIA POR NATALIA SABAN; NO A LA DROGA; HIJOS POR LA IDENTIDAD BIOLÓGICA. Un instructivo para detectar grados de violencia doméstica que va *in crescendo* desde la desvalorización, el insulto, la persecución pseudoamorosa hasta el femicidio; y más...

Me presento. Ha llegado la escritora que va a contar la historia de la hermana, se corre la voz. Las colaboradoras nos acercan dos sillas. Martha Pelloni por fin accede a sentarse y me señala una por una, como quien cuenta un secreto, quiénes son esas mujeres.

–Aquella es la abogada que nos asesora en todo, porque lo que hacemos con la Red es mediar entre las víctimas y las instituciones. La de pelo blanco es una médica que se ocupa de concientizar a las chicas sobre violencia obstétrica y sobre sus derechos sexuales. Esa muchacha es de Hijos por la Identidad, hace poco encontró a su familia biológica; aquella es una voluntaria que nos lleva las redes; el cura es de acá pero me conoce desde Catamarca; a la señora de pelo corto le robaron a su hijo, le dijeron que había nacido muerto y era mentira, ahora se ocupa de asesorar a otras víctimas. Y aquella que ves ahí, la que tiene chaleco, la más grandota de todas, esa conoce bien a la policía buena y a la mala, es mi patovica de confianza.

Estoy por encender el grabador cuando una anciana que parece a punto de romperse se detiene frente a nosotras, pide disculpas, va a interrumpir. La hermana le sostiene las dos manos y la mujer llora como una niña. «¿Qué te pasa?», le pregunta. Vino a rogarle a la Virgen por su hermano, que está internado en terapia intensiva, los

médicos dijeron que ahora no hay nada que hacer, está en manos de Dios. Es claro que el caso de un anciano enfermo terminal es para la Virgen y no para la hermana Pelloni. Ella lo sabe y responde con lógica implacable: «Los hermanos, los hijos, no son nuestros... son de la vida... hay que entender y aceptar eso...». La anciana, sin interrumpir el llanto, nombra a otra mujer que también está muy mal. Sigue luchando por su hijo, dice. «Susana está muy triste y no quiere venir, no quiere entrar a la iglesia.» De pronto algo se modifica en el rostro de la monja. «Ustedes vinieron a verme el año pasado, ¿no es cierto?» Es evidente que acaba de recordar quién es esta mujer y cuál es la historia de la otra. «Decile a Susana que venga.» No quiere. La hermana me pide disculpas por la interrupción y se levanta. «Vamos a buscarla», dice.

Luego de un buen rato regresan las tres. Me hace una seña que yo entiendo como una invitación a que ponga a funcionar el grabador y le dice a la mujer que cuente en voz alta su historia. Susana se hace escuchar ante una multitud que va de un templo a otro: «Mi exmarido, que es un psiquiatra con consultorio en la capital y mucho poder como para manipular a jueces y asistentes sociales, ha conseguido quitarme la custodia de mi hijo. Hace años que ni siquiera puedo comunicarme con él». La mujer no pide ayuda, invita a las personas que estén viviendo algo similar a que la consulten, porque ha logrado formar una red de contención. La mujer reparte unas tarjetas con su dirección. La gente aplaude. Susana y su madre, la anciana que lloraba al comienzo, se despiden de la monja visiblemente aliviadas. Volvemos a sentarnos. Le pregunto por su visita al Vaticano. Es la primera vez que se encuentra con Bergoglio en su condición de papa Francisco. Me extraña que nunca la haya llamado antes. Como toda respuesta a mi comentario me cuenta que ahora el papa le dio una audiencia, a solas, de una hora. ¿De qué hablaron? Está preocupado, me dice. Aparece otra mujer. Se abrazan, festejan. Ahora hace las presentaciones del caso. Yo soy una periodista y «esta chica hace un mes que logró encontrar al hermano mellizo que buscaba hacía años, habían sido apropiados en esas adopciones por fuera de la ley». La invita a que me cuente su historia mientras ella vuelve a irse

porque alguien con un problema urgente la reclama en el patio central. La felicidad de la muchacha ocupa el espacio que dejó libre la monja. Buscaba a su hermano hacía años y cuando se encontraron descubrieron que se habían hecho la prueba de ADN el mismo día, con apenas veinte horas de diferencia. «¿Te das cuenta? Descubrimos que vivíamos relativamente cerca. Tantas veces yo había puesto en Facebook: "Tal vez nos cruzamos en un recital, en un supermercado, en la calle...", y seguro que fue así. Las coincidencias son todas increíbles, tenemos un lunar en el mismo lugar, pero también cicatrices, nos gustan las mismas canciones. Pero lo más asombroso, nos pasaron las mismas anécdotas de chicos.»

Le pregunto cómo fue que la hermana intervino en esta historia, cómo la ayudó a encontrarlo. Y me dice que no hubo intervención directa. Entonces ¿por qué celebran como si el logro fuera de las dos? «Porque es de las dos. Yo vine muchas veces a hablar con ella. Y ella me dio fuerzas para seguir buscando. Sin esa fuerza no habría podido llegar a esto.»

32

Cuando llega el mediodía, el equipo de Infancia Robada se toma un descanso en un bar cercano. Me invitan a unirme. Vuelvo a prender el grabador. Pregunto cuál es la historia con final feliz que recuerdan todas. Hablan juntas, enumeran muchísimos finales felices, parecen niñas intercambiando figuritas, peleando por cuál tiene la más difícil. Finalmente acuerdan que la más espectacular fue la del «abrazo de los gorditos». El hijo buscaba a su madre biológica. La señora ni siquiera sabía que su hijo estaba con vida, en su momento le habían dicho que había muerto al nacer. Cuando se encontraron, no sabés lo que fue ese abrazo, cuentan todas. La señora, que era muy bajita y muy gordita, con él, que era muy grandote. No sabes lo que fue el abrazo de ese chico. De ese abrazo no nos olvidamos más.

La hermana termina su café y sale nuevamente para la iglesia. Me quedo conversando con algunas de las voluntarias que, como yo, no tienen tanta resistencia física. Me van a explicar cómo es el mecanismo de los hospitales que dan por muerto a un bebé recién nacido para luego comercializarlo. «La mayoría de las veces la madre, cuando recibe la noticia de que su hijo nació muerto, no pide el cuerpito. Y ahí se pierde toda posibilidad de reclamo», dice la médica. «Por eso asesoramos para que sepan que tienen el derecho de sacarlo del hospital y darle sepultura.»

«El caso mío se pudo judicializar porque yo lo pedí e inmediatamente sentí que no era mi hijo», dice una de las fundadoras de Madres por la Verdad. «Mi hijo había nacido hacía varias horas y el bebé que me dieron tenía la manito caliente. Te imaginás que lo primero que pasó es que me trataron de desequilibrada. Fueron muchos años en que me trataron como a una loca. Pero tiempo después, cuando hicimos la prueba de ADN, se comprobó que yo tenía razón, desde entonces lo estoy buscando. La

doctora me explica que hay toda una organización que incluye el tráfico de bebés muertos para mostrárselos a las mujeres que piden ver su hijo. Además de una cadena de complicidades. La clínica donde ocurrió esta historia fue clausurada luego de que se comprobaron ocho casos similares.»

Desde una mesa vecina una chica muy joven pide disculpas, dice que le resultó imposible no escuchar nuestra conversación. Se acerca, les cuenta a estas dos mujeres en las que ha comenzado a confiar cómo fue que perdió a su bebé recién nacido en un claro episodio de violencia obstétrica. Ellas la escuchan, intercambian datos y recursos legales y también se confían la experiencia del miedo de volver a quedar embarazadas.

Estamos por retirarnos cuando otra mujer también pide disculpas. No pudo evitar escuchar todo. Ella está buscando sus orígenes biológicos desde que supo que su madre la había adoptado. «¿Pueden creer que todo el mundo en mi casa y en mi barrio lo sabía menos yo? Cuando mamá estaba internada, me lo contó una tía. Yo esperé a que estuviera un poco mejor y finalmente se lo pregunté. Se puso a llorar, me dijo que no podía hablar en ese momento. Al día siguiente murió de una embolia. Hice la prueba de ADN y logré encontrar a un primo hermano, que vive en Estados Unidos. Pero resultó que él también había sido apropiado. Estamos los dos en cero.» Las voluntarias de Infancia Robada le acercan información, le cuentan otros casos, intercambian nombres de instituciones. La mujer se está enterando en este momento de que en Argentina desde hace muy poco hay una ley que obliga a los centros médicos a abrir sus archivos sobre los nacimientos si alguien lo requiere. Está conteniendo el llanto, sonríe nerviosa, le alcanzan agua, acaba de recibir un dato que puede darle un nuevo rumbo a su búsqueda. Intercambian teléfonos. Nos despedimos.

Ninguna de estas dos mujeres vino a Santos Lugares en busca de la hermana Pelloni. Tampoco sabían de la existencia de Infancia Robada. Vinieron a pedirle un milagro a la Virgen de Lourdes. Miro a mi alrededor y pienso en los miles de personas que están aquí ahora mismo, o que no van a venir nunca, y que cargan el peso de un silencio general.

33

–Lo de las videntes, sí, me enoja muchísimo, es un tema aparte. Podés hacer todo un libro con ese tema. Son tremendas. Las contrata la misma policía. En el caso María Soledad las vi actuar por primera vez. En ese momento se presentaban como las que podían traer a la luz alguna verdad, porque habían visto una imagen en sueños, o porque al ver una fotografía podían dar un detalle de lo que había sucedido... Me pareció algo insólito, pero en ese momento todo me resultaba muy difícil de procesar. Después descubrí que es lo más común en las comisarías de provincia.

En realidad, las videntes y esta gente que se dedica a las investigaciones psíquicas no solo aparecen en las películas, en las novelas policiales y en las comisarías de las provincias argentinas. Inglaterra, por ejemplo, tiene una larga tradición en recurrir a detectives psíquicos. Le cuento a la hermana el caso del holandés Gerard Croiset, quien, durante casi treinta, años ayudó a la policía en la investigación de crímenes, secuestros y muertes demostrando especial capacidad para solucionar casos de niños desaparecidos. «Croiset llegó a identificar el lugar, y la hora exacta, en la que sería hallado el menor, la mayoría de las veces sin vida», se puede leer en varias notas periodísticas.

–Yo te digo mi experiencia, te cuento lo que vi. Son personas contratadas para embarrar la cancha.

La hermana describe el procedimiento, que, según ella, siempre es el mismo. En el caso de una desaparición, de pronto, el jefe de policía anuncia que unas videntes perciben que el cuerpo puede estar en tal parte. Entonces, allá van los efectivos y hacen un rastrillaje. Y tras ellos van las cámaras de televisión. Y tras las cámaras, toda una sociedad que sigue la saga, confundida, aturdida y finalmente sin fuerzas para reclamar. Resulta que no había nada. La investigación vuelve a cero. Luego aparece otra vidente. Con las

esperanzas derrochadas, los que están en la búsqueda –profesionales y familiares– se desconciertan primero y se desalientan después. Quienes lo miramos por televisión o desde las redes terminamos con la sensibilidad completamente adormecida, como cuando deslizamos con el dedo en la pantalla imágenes de la guerra una y otra y otra vez. A veces se contratan videntes diferentes de cada bando y las hipótesis se chocan en el plano de las conjeturas.

Tiene razón, podría escribir un libro. Y tiene razón, el protagonismo de las videntes es particularmente enorme en las comisarías provinciales. En una publicación especializada, *Confilegal*, se consigna que un juez de instrucción argentino llegó a ordenar el arresto de varios sospechosos basándose en el relato de una vidente de catorce años que aseguraba que la víctima se le había aparecido en sueños para revelarle el nombre de los asesinos. La pista resultó correcta.

Estoy a punto de desviarme de mi investigación para perderme en el misterio de las videntes. Mientras busco en las redes si el libro que yo podría escribir ya está escrito, encuentro un documental de 2005, *Detectives psíquicos*, donde diversos videntes relatan sus intervenciones en los casos policiales más resonantes de Argentina y Uruguay. Ahí mismo aparece un dato revelador: según cuenta el psíquico Jorge Calleiro Flamant, «en países como Inglaterra, los videntes mejor conceptuados pueden tener setenta u ochenta aciertos de cada cuatro mil casos en los que participan».

–Son charlatanes. Algunos probablemente crean que ven lo que dicen que ven... Otros directamente trabajan a conciencia para el encubrimiento. Y no es nada difícil. Imaginate una madre desesperada, ¿cómo no va a creer cuando le dicen que su hijo está vivo y que la está llamando desde quién sabe dónde?

34

Pienso en las visiones de la pequeña Bernadette, en el corazón incorrupto de fray Mamerto Esquiú, en los huesos de la batalla de Caseros, en las vísceras de pájaros en la guerra de Malvinas, en las videntes y el pomberito... Ahora que la Argentina está gobernada por un presidente que asegura que existen las «fuerzas del cielo» y que él mismo es el elegido de Dios para una cruzada que no merece piedad con el enemigo, al que señala como «el maligno», comprendo más que nunca hasta qué punto las cuestiones de la fe merecen un análisis más profundo. Pensar sin prejuicios hasta qué punto influyen en las vidas de quienes la sienten, la buscan, la pierden o no la tuvieron nunca.

–¿Ha soñado alguna vez con que la Iglesia la declare «santa Pelloni»?

Pocos segundos entre mi pregunta y su respuesta bastan para imaginarme las escenas que le han de estar pasando por la mente, tal como dicen que pasan las instantáneas de toda una vida en el momento de la muerte: la increíble historia de la combi que llegó de Paraguay a Misiones con cuarenta órganos humanos congelados en un freezer enorme. El caso del docente de Curuzú Cuatiá que estuvo veinticinco años canjeando calificaciones por sexo a chicos y chicas en la escuela secundaria: «No tenía pruebas para denunciarlo, pero un día me crucé con un productor que vivía con una jovencita de veinte años y me cuenta que ella había sido violada por ese profesor. Y ahí moví todo para hacerle una cámara oculta». Los niños bien de provincia que drogan a chicas noche a noche, en mínimas dosis, sin que ellas lo noten, como un siniestro modo de reclutamiento para la

trata. Cuando se encontró con una catequista que trabajaba en la capilla del padre Napoleón Sasso López y le confió sus sospechas de que era uno de tantos curas pedófilos. Cuando consiguió las pruebas y se puso a juntar las firmas de ciento cincuenta sacerdotes y de cientos de laicos para pedirle a la Santa Sede que interviniera. Cuando el cura fue condenado en 2007 a diecisiete años de prisión por abusar de cinco nenas de siete a catorce años. El caso Oriana, la nena de catorce años capturada por una red de trata que gracias a la pegatina de carteles y la insistencia de los vecinos pudo ser recuperada. Y una y otra vez volviendo como un eco: el caso Carlitos González, el niño de dos años que desapareció en medio de una fiesta a la que había ido con su tía en la provincia de Corrientes en 1993. Fue uno de los primeros en los que trabajó y le dedicó años de pesquisas, muchas marchas y denuncias en los juzgados: «Yo en ese momento tuve las pruebas en las manos y no tuve respuestas para esos padres. Fui la intermediaria de acompañar al chico que vio quién se lo llevaba. Las pruebas estaban en las manos, se tapó y se encubrió». Es un caso que jamás se pudo resolver.

–No.

–Si no es la santidad, ¿con qué otra imagen se siente identificada?

–Soy como los médicos, me parece. Porque cuando los médicos se encuentran con un diagnóstico difícil, como un cáncer avanzado, por ejemplo, tienen que infundir esperanza. Y no es solo alentar: hay que tener adentro esa esperanza para seguir buscando soluciones, tratamientos. Y también me identifico con esa distancia necesaria ante la herida que están tratando de coser, no es momento de impresionarse. No es indiferencia, pero han sido tantos los casos, que te digo la verdad, muchos se me mezclan, muchos me olvido.

–He notado en las fotos que usted siempre sonríe...

–Es verdad, en las fotos sonrío, sí, porque si no salgo muy bocona.

–¿Y cuando no hay fotos?

–También intento sonreír.

–¿Por qué?

–Porque es algo que aprendí de santa Teresa de Ávila, la mentora de mi congregación. Ella tiene esta frase: «Monja triste es triste monja».

No es una pose, me aclara, es el resultado de una lucha interna diaria contra la resignación.

–Y porque, te soy sincera, de verdad pienso que no todo está perdido.

Edición en formato digital: septiembre de 2025

Ilustración: izquierda: marcha del silencio por María Soledad Morales, agosto de 1992 / centro: la hermana Martha Pelloni, directora del colegio al que asistía María Soledad Morales / derecha: retrato de María Soledad Morales a los diecisiete años, Catamarca (Argentina).

© Liliana Viola, 2025

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A.U., 2025
Pau Claris 172, Principal 2ª
08037 Barcelona

ISBN: 978-84-339-4818-2

Composición digital: www.acatia.es

anagrama@anagrama-ed.es
www.anagrama-ed.es